
HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
Cómo cazar a un marido
Barbara McMahon
340 ptas.

Como cazar a un marido

Barbara McMahon

Como cazar a un marido (1997)
Título Original: Cowboy's bride (1995)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 675
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Trace Longford y Kalli Bonotelli

Argumento:

Kalli Bonotelli había soñado siempre con compartir la silla de montar con su príncipe azul y poseer un rancho. Ahora que tenía el rancho sólo necesitaba el marido… así que puso los ojos en su atractivo vecino Trace Longford. El problema era que aquel malhumorado vaquero no tenía interés en ella, sino en sus tierras…

Capítulo Uno

Trace Longford levantó la cabeza mientras procuraba mantener el equilibrio en la estrecha plataforma del alto molino de viento. Había oído la camioneta antes de verla. Escudriñando el área, su mirada se deslizó por las colinas cubiertas de hierba a su izquierda. Más allá, en la distancia hacia el oeste, los picos de granito cubiertos de nieve de los montes Teton brillaban con el sol de la tarde. La camioneta alcanzó la cima de la colina más cercana, con su motor zumbando mientras se acercaba lentamente. Sentado en cuclillas con los brazos apoyados en las rodillas, observó como la reluciente camioneta azul y blanca se aproximaba y se detenía.

Con los ojos semicerrados para protegerse del sol, la expresión impasible, observó a una mujer pequeña y de pelo oscuro bajarse de la cabina. Echó para atrás la larga trenza que sujetaba su pelo y tranquilamente se colocó un sombrero Stetson en la lustrosa cabellera. El ala del sombrero la protegía del despiadado sol de Wyoming. Trace la observó mirar a su alrededor, descubrirle en la alta y estrecha plataforma del molino. Levantando la barbilla con determinación, la mujer se acercó a su base. Los ojos de Trace no se separaron de ella en ningún momento.

—¿Es usted Trace Longford? —gritó ella.

—Sí.

Lo asaltó una súbita premonición, poniéndolo tenso. No era dado a las premoniciones, ya fueran buenas o malas, pero de repente sintió una presión en el estómago que presagiaba problemas. En un segundo estuvo seguro de la identidad de ella. Pero no tenía ni idea de por qué demonios estaba allí. ¿No había recibido la carta de Richard?

—Uno de los hombres del establo me dijo que podría encontrarlo a usted aquí

—siguió gritando la chica—. ¿Puede bajar a hablar conmigo?

—Cuando haya terminado.

Kalli Bonotelli observó con impaciencia como el hombre se volvía a su tarea, ignorándola. Sus labios se tensaron en una rabia momentánea, después se encogió de hombros y se dirigió a su camioneta, se apoyó en uno de los guardabarros calientes por el sol

y contempló los acres de verde hierba que se extendían ante ella.

Probablemente aquel hombre no tenía ni idea de quién era ella. Tenía un trabajo que hacer y lo estaba haciendo. Esperaría. Levantando los ojos, bebió la belleza de las montañas, apenas capaz de creer que finalmente había regresado. El aire suave y cálido acariciaba sus mejillas, hinchando ligeramente su camisa. Olía tan bien, limpio y seco, llevando la insinuación de los pinos lejanos y de la hierba que se secaba en los campos. Totalmente diferente de los humos de los coches y del aire contaminado de Boston.

Al mirar a su alrededor, casi se sintió abrumada por la sensación de placer que la recorría. ¡Había vuelto! ¡Estaba realmente en Wyoming! Pisando sus propias tierras. ¡Poseía un rancho de ganado! Apenas podía creerlo, aunque tenía todos los documentos para probarlo. Había parado en la oficina del abogado de camino al rancho Las Tres Tes. Era oficial. El rancho que había visitado de niña era ahora suyo, el tío Philip se había ocupado de ello.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

Kalli se volvió y sus ojos se abrieron con asombro. El hombre había bajado de la plataforma y avanzaba hacia ella con soltura a grandes zancadas.

—Soy Trace Longford y sospecho que usted es Kalli Bonotelli —dijo él, todavía observándola con cautela con sus inquietantes ojos oscuros. Se quitó el sombrero cubierto de polvo y, con los dedos de una mano, peinó su enmarañado pelo negro, luego se colocó de nuevo el sombrero, sin dejar de mirarla en ningún momento. No hubo bienvenida. Kalli sonrió insegura.

—Sí es verdad. Soy la nueva dueña de Las Tres Tes —dijo con orgullo, tendiéndole la mano.

Él la tomó y la soltó rápidamente, pues no le gustó la sensación que le causó su tacto.

—No es mucho más grande que mi hija —dijo, mirándole de nuevo a los ojos.

Pero había que admitir que rellenaba la ropa mucho mejor que Becky.

—Sé que parezco pequeña, pero mi determinación es de gigante. El hombre en el establo me dijo que usted está haciendo de capataz en el rancho. Quisiera instalarme en la casa hoy mismo y me dijo que usted tenía las llaves.

Fascinada por aquella cruda esencia de masculinidad, no pudo evitar echar otra ojeada más allá de sus hombros para robar otro vistazo de su pecho. El sudor brillaba bajo el sol caliente, cubriendo su piel cobriza con un lustrado cálido y brillante.

—Tengo las llaves. No sabía que venía. Philip murió en febrero. Es mayo y creía que ya habría usted vendido.

Trace sabía que había habido una buena oferta por el rancho… la había hecho él mismo.

—Qué va. Es que tenía que arreglar algunas cosas en Boston antes de poder venir. Pero estoy aquí para quedarme.

Recorrió con lo ojos las ondulantes colinas, absorbiendo el cielo de azul profundo y los majestuosos montes Tetón en la distancia.

—¿Para quedarse?

Él arqueó una ceja y echó una rápida ojeada a la camioneta de Kalli.

Obviamente era nueva y estaba llena hasta los bordes de cajas y muebles. Frunció el ceño. No quería que se quedara.

—Sí, para quedarme.

—¿Qué sabe usted de llevar un rancho? Creía que era de Boston —dijo él.

—Si lo soy, pero sé suficiente para empezar. Solía pasar aquí los veranos.

Aprendí algunas cosas de mi tío. Y supongo que usted podrá enseñarme, ¿no?

—Yo no trabajo aquí.

—Pero el hombre del establo dijo que usted hacía de capataz.

—Es cierto. Philip estuvo siete meses enfermo antes de morir, así que lo ayudé.

Después de su muerte, cuando no había nadie que llevara el rancho, tomé las funciones de capataz. Pero si usted está ahora aquí ya no hace falta, ¿verdad? Usted es la dueña, usted lo llevará —la desafió, mirándola intensamente.

No quería tener nada que ver con una mujer de ciudad que pensaba que podía presentarse y tomar posesión del rancho por haber pasado en él algunos veranos de niña. Maldita sea, debió haber sido hacía años. La habría visto si hubiera estado allí en los últimos diez. Dejaría que se estrellara con su cara bonita contra un muro.

Entonces quizá entraría en razón respecto a vender. No podía tener ni idea de cómo llevar un rancho ganadero.

—Estoy dispuesta a darle un puesto fijo —ofreció ella, con una pizca de inseguridad.

—No necesito un trabajo —dijo él quitándose de nuevo el sombrero y calándoselo después hasta los ojos.

Trace se alejó lentamente hacia su propia camioneta.

—Pagaré el mejor sueldo — Kalli sonrió. Siempre había deseado decir aquello

—. Por favor, considérelo al menos. Nada más que hasta que esté segura de saber lo suficiente para llevar yo misma el rancho. He venido desde Boston y no conozco a nadie por aquí cualificado para llevarlo. El hombre del establo…

—Probablemente Joshua —dijo Trace apoyándose en su camioneta y mirando de nuevo a Kalli—. ¿Alto y flaco, con el pelo gris?

Ella asintió y comenzó:

—Me dijo…

—Le dijo que yo hacía de capataz, está usted repitiéndose. Era así, pero ahora que está usted aquí puede hacer de su propio capataz. Tengo un rancho propio.

—Por favor —exclamó ella sintiendo un ligero pánico—. Ayúdeme hasta que haya podido aprender algo sobre este lugar. Si quiere puedo empezar a buscar otro capataz ahora mismo. Usted me podría ayudar con las entrevistas. Sólo será por unas semanas.

Kalli tragó saliva, temerosa de quedarse sola con aquel asunto. No sabía apenas nada sobre ganadería. Había pensado que encontraría el rancho funcionando según

las líneas establecidas por su tío. Había proyectado montar a caballo, ver como trabajaban los vaqueros e ir aprendiendo sobre la marcha.

—No puedo ni siquiera fingir saber lo suficiente para llevar este sitio ahora mismo.

—Pues venda. Hace falta mucho trabajo y conocimiento para llevar un rancho ganadero rentable. No es que uno se quede sentado en el porche y vea como llega el dinero.

Se puso tensa, sintiéndose un poco culpable porque aquello se aproximaba a lo que había esperado encontrar.

—Lo sé.

—Wyoming es una tierra dura. Un calor de infierno en verano, nieve hasta las orejas, o más, en invierno.

—En Boston hay nieve —dijo ella, estirada.

—Seguro, ¿pero ha trabajado en ella durante horas intentando salvar su rebaño?

¿Ha roto el hielo en los abrevaderos o en las orillas de los ríos para que el ganado pueda beber, sólo para ver como se hielan de nuevo antes de que más de una docena haya podido beber una gota ? ¿Ha luchado por la vida de las terneras nacidas demasiado temprano durante una tormenta de nieve inesperada? ¿Temiendo a los depredadores, a los ladrones y a otras amenazas para el ganado que pueden arruinarla económicamente en un instante?

«Maldita sea» pensó, era una vida dura, una vida para la que se nacía y en la que no se podía entrar pavoneándose como si fuera un paseo por el parque.

—No, no he hecho nada de eso. Pero no crea que desanimándome me hará cambiar de idea. Siempre he querido vivir aquí en el rancho y ahora que estoy aquí nada hará que me vaya. Si quiere el trabajo, temporalmente, es suyo. Si no, le agradezco su ayuda hasta aquí y le digo adiós.

Kalli levantó la barbilla mientras la rabia brillaba en sus ojos. Sabía que tenía poca experiencia, pero podía aprender, maldita sea, y lo haría.

Él dudó un momento, luego sacudió la cabeza por su propia insensatez.

—Lo haré durante un par de semanas —se oyó decir.

¡Maldición! No quería que consiguiera otro capataz. Quería que se fuera. Pensó que debería estar en su camioneta dirigiéndose a su propio rancho. No tenía por qué enredarse con la nueva dueña de Las Tres Tes. Quería el rancho para él, no llevarlo para una pequeña urbanita de Boston. Apartó la mirada, disgustado por su reacción ante ella. La forma en que rellenaba esos vaqueros era decididamente indecente. No deberían dejarla salir. Se restregó los ojos, parpadeando. Aquella mujer era del tamaño de Becky y tan morena como él. A él le gustaban las rubias altas de largas piernas. «Ya, como Alyssa» pensó sarcásticamente.

—Gracias. Ahora cuanto antes me ayude a instalarme, antes

podré comenzar a aprender a ser una ranchera.

—Sí, señorita —tocó el ala de su sombrero y montó en su camioneta—. La veré en la casa —le gritó por la ventanilla mientras arrancaba y se lanzó furioso por la pista, levantando la tierra bajo las ruedas, nubes de polvo flotando en el aire quieto.

Kalli lo vio alejarse, sintiéndose vacía por el encuentro. Había pensado que sería más fácil conseguir su ayuda. Por el contrario sabía que él había aceptado bajo presión. Y sólo por un par de semanas. Se volvió rápidamente hacia su camioneta, montó y siguió la huella polvorienta que él había dejado, con sus pensamientos en ebullición.

Cuando llegó a la casa, Trace ya había movilizado a otros dos hombres, Josh, con el cual ella ya había hablado, y José. Los tres le echaron una mano descargando el camión. En menos de media hora estaba instalada. Aún había que guardarlo todo, pero eso ya lo haría después ella misma.

—Gracias, caballeros —dijo Kalli cuando la última caja estuvo colocada en el recibidor.

—Un placer, señorita —José se tocó el sombrero con la punta de los dedos y salió a escape.

Joshua asintió, después miró a Trace.

—¿Entonces esto es todo?

—Sí, de momento yo voy a mantener en marcha este lugar. Hasta que la señorita Bonotelli se adapte o venda. Díselo a los demás, ¿quieres?

Sus ojos brillaron con diversión contenida mirando a su nuevo jefe. Kalli los sonrió a él y a Joshua con inquietud.

—Apreciaré también cualquier ayuda que puedas proporcionarme tú, Joshua —dijo, no haciendo caso del comentario respecto a vender de Trace.

—Sí, señorita, lo va a necesitar. Se necesitan años para aprender a llevar un rancho de este tamaño —dijo Joshua, adusto.

Kalli parpadeó. ¿Años? tendría que aprender más rápido. Miró a Trace, descorazonada. No podía estar con aquel hombre inquietante que ya estaba causándole problemas en su equilibrio durante años. Había esperado que sólo fuera cuestión de días, semanas como mucho. Asintió volviéndose hacia Joshua, esperando que sus pensamientos no se le reflejaran en la cara. ¿Se había servido más

de lo que podría digerir?

—Bueno, entonces más vale que empiece ya, ¿no? —dijo, bruscamente.

—Mañana, empezaremos mañana —dijo Trace, dirigiéndose a la puerta.

—¿Por qué no ahora?

Joshua salió por la puerta mientras Trace se volvía.

—Porque tengo cosas que hacer. No contaba con que apareciera hoy. Usted instálese en la casa. Mañana vendré a primera hora y podremos decidir lo que quiere hacer.

Kalli hubiera querido discutir, dejar claro que ella era el jefe y daría las órdenes.

Pero aquello tenía sentido. Podría instalarse, dormir bien aquella noche y estar fresca al día siguiente cuando empezaran. Estaba cansada de conducir. Y una parte de la excitación inicial estaba desapareciendo según se iba imponiendo la realidad.

Necesitaba recargar y recuperar su entusiasmo.

—Muy bien.

—Estaré aquí a primera hora, tenga preparado el desayuno.

Con esto él abrió la puerta mosquitera y cruzó el porche de madera, sus botas resonando en el aire quieto de la tarde. Sus pasos fueron alejándose según avanzaba por el camino de gravilla, hasta que desapareció.

Kalli se quedó mirando por donde él se había marchado. ¿Tener preparado el desayuno? ¿Era eso parte de las atenciones debidas a un capataz? ¿Esperaba que ella cocinara? ¿Para él? ¿Para todos los empleados?

Se volvió entrecerrando los ojos. Si pensaba que sólo porque era una mujer iba a cocinar para él, para todos, estaba listo. Era una gran cocinera, pero no había abandonado Boston para convertirse en una cocinera en su propio rancho.

Contrataría a alguien si no tenían cocinero. Si podía pagarlo, claro. Suspiró, deseando saber más de todo el asunto. Tenía montones de papeles que le había dado el abogado. Después de guardar las cosas empezaría con ellos.

Deseando haber sido más enérgica al tratar a su nuevo capataz, se volvió hacia la sala, viéndola en realidad en aquel momento por primera vez después de tantos años. Las ventanas estaban

sombreadas por el porche, pero sin embargo la habitación era luminosa y aireada y al menos cinco grados más fresca que el exterior. Los muebles eran pesados, de madera oscura y tapizados a cuadros. Ella y el tío Philip habían pasado allí las veladas. De alguna forma parecía más pequeño que cuando lo había visitado siendo una adolescente. Tendría que hacer algo para alegrarlo un poco, era demasiado serio y masculino para ella. Pero Trace si que encajaría. El pensamiento le vino involuntariamente.

Frunció el ceño. No pensaría más en Trace Longford aquel día. Ni en su extraña reacción hacia él. Tenía suficiente en que pensar instalándose en una casa nueva, en medio de un rancho ganadero, a kilómetros de cualquier tienda, teatro o del tráfico.

No necesitaba pensar en el atractivo Trace Longford.

Unos fuertes golpes en la puerta de su dormitorio despertaron a Kalli instantáneamente a la mañana siguiente. Se levantó, súbitamente asustada. ¿Había un fuego? ¿Una emergencia? Arrojando la sábana se precipitó a la puerta y la abrió

con violencia. Estupefacta, se quedó mirando a Trace Longford. Estaba completamente vestido, con el sombrero en la mano. Afeitado y peinado, obviamente estaba preparado para el trabajo. Con el antebrazo apoyado en la jamba, se alzaba sobre ella, mirándola de arriba abajo mientras ella se agarraba al picaporte, con el corazón palpitando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kalli sin aliento.

—Nada, sólo la buscaba, eso es todo. Son casi las seis. He venido a primera hora, como dije. ¿Dónde está el desayuno?

Ella se lo quedó mirando, después se volvió para mirar por la ventana.

Empezaba a amanecer. Una mirada al reloj le dijo que efectivamente no eran más de las seis. Se volvió de nuevo, incrédula.

Los ojos de él recorrían sus piernas desnudas. De repente ella fue consciente de lo ligero de su ropa para dormir. La camiseta era de uno de sus hermanos.

Descolorida después de incontables lavados, moldeaba su figura como una segunda piel, terminando a la mitad del muslo. Cayendo en la cuenta de que su pelo debía estar hecho un lío, de que probablemente aún estuviera colorada de dormir y de que sólo

había aquella fina capa de algodón entre ella y aquel hombre, retrocedió un paso y tragó saliva.

—Estaré lista en un minuto —dijo y le cerró la puerta en las narices, ruborizada.

Respirando fuerte intentó infundir algo de vigor a sus rodillas flojas. Se sentía como si la hubiera tocado con sus manos, no sólo con sus ojos. Su corazón latía con rapidez y su respiración era agitada. En su interior se acumulaba el calor. ¿Cómo se sentiría si él la tocara de verdad? ¿Si recorriera sus muslos con sus manos, apretara sus caderas contra las de él? ¿Cómo sería sentir esa piel cobriza, cálida y suave, en la suya?

—¡Oh, Dios mío, no dejes que me enamore de este hombre!

Buscó sus vaqueros para vestirse. Consciente de que sólo los separaba la puerta, corrió al cuarto de baño y se encerró con llave. Como si aquello pudiera alejar las imágenes de ellos dos abrazados que jugaban en su mente. Realmente deseaba poder tocarlo aunque fuera tan sólo un momento, descubrir si realmente era tan musculoso como parecía. Ver si su piel era tan cálida y tensa como le había parecido el día anterior en el brillante sol de la tarde. Echándose agua fría en la cara intentó alejar las imágenes que revoloteaban en su mente.

Cuando estuvo vestida con los vaqueros y una camiseta amarilla de algodón, con el cabello cepillado en ondas sedosas y oscuras sujetas con una pinza y dejadas caer por su espalda, se atrevió a entrar en la cocina. Trace estaba apoyado en el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho, los tobillos cruzados también, esperando, mientras la máquina de café filtraba el agua caliente. La fragancia del café

impregnaba la cocina. El sol comenzaba a llenar la estancia, motas de polvo danzando en sus rayos.

La miró al entrar, sus ojos oscuros y misteriosos mientras la observaba, no sintiéndose en absoluto violento por haberse apropiado de la cocina. Su sombrero estaba sobre el mostrador. Sus cabellos eran tan negros como los de ella, pero lisos, no ondulados y sin los reflejos rojizos que brillaban en los de Kalli.

—Siéntase como en casa —dijo Kalli con sarcasmo.

Una sonrisa afloró a los labios de él, luego desapareció.

—Creí que estaba impaciente por aprender a llevar un rancho —

dijo tranquilamente, sin dejar que aquel sarcasmo lo afectara.

—Lo estoy ¿pero a las seis de la mañana? —protestó ella.

—Hay mucho trabajo en un rancho que funciona y en verano la mañana es el momento más fresco. Los hombres están ya todos despiertos y desayunando. Pensé que podríamos desayunar juntos y ver lo que quiere hacer hoy, lo que quiere aprender. Planear el día y luego empezar. Eso es lo que hacíamos Philip y yo cuando estaba enfermo.

—¿Quién se encarga de dar de comer a los hombres?

—Charlie Pearson. Tiene usted cuatro empleados. Charlie cocina para todos, además de sus otras tareas. Joshua cuida de los caballos. José y Tim se ocupan sobre todo del ganado, de las alambradas, los abrevaderos.

—¿Por qué no come usted con ellos?

—Creía que le gustaría discutir algunas cosas en privado —dijo él, encogiéndose de hombros—. Si no podemos ir para allá y unirnos a ellos.

Ella negó con la cabeza. Fue a la nevera y sacó los huevos y el beicon que había comprado el día anterior en Jackson. Por una vez cocinaría.

A pesar de lo que había dicho, Trace no habló con ella del rancho en el desayuno. En vez de eso le hizo preguntas sobre Boston.

—¿Por qué quiere saber tanto sobre mí? —preguntó Kalli con fastidio, después de haberle hablado de su familia y deseando que él contara algo de sí mismo. Quería saber más de él, es decir, del rancho.

—Supongo que si sé que experiencia tiene, podré saber mejor cómo enseñarle a llevar un rancho. ¿Qué hacía antes de heredar este sitio?

—Era enfermera.

—¿Enfermera? —exclamó él, sorprendido.

—¿Le sorprende? —repuso ella sonriendo divertida—. He sido enfermera en urgencias durante casi ocho años.

Él la miró fijamente. Era delicada, bonita. Y estaba acostumbrada a las horripilantes experiencias en la sala de urgencias de una gran ciudad. Sacudió la cabeza. Philip la había mencionado de vez en cuando. Incluso había dicho que le dejaría el

rancho, pero que estaba seguro de que se lo vendería a Trace. Sólo que ella había rechazado su primera oferta y había aparecido el día anterior, dispuesta a quedarse. Maldita sea, él había estado trabajando en aquel rancho desde hacía años, ayudando de vez en cuando a Philip, organizándolo todo desde las últimas navidades y ahora todo pasaría a una pequeña enfermera de Boston que probablemente no sabría distinguir un choto de una novilla.

—¿Sabe montar?

—Sí, ya se lo dije —repuso Kalli asintiendo sonriente—. Pasaba aquí los veranos cuando era niña.

—Eso debió ser hace muchísimos años.

No sabía por qué quería molestarla, pero así era. Ella dejó el tenedor en el plato para no tirárselo a aquel vaquero arrogante.

—He estado montando de nuevo en Boston desde que supe que venía aquí.

Puedo cabalgar muy bien, señor Longford.

—Ya veremos. Y por cierto, mi nombre es Trace. Sólo Trace.

Se terminó el café y se levantó. Llevó sus cosas al fregadero y cuando volvió se la encontró mirándolo con sorpresa.

—¿Lista, señorita Bonotelli?

—Mi nombre es Kalli, sólo Kalli —contentó ella desafiante.

Recogió su sombrero y lo siguió de cerca mientras abandonaba la casa. Echaba chispas por la manera que tenía él de sacarla de quicio. Sus largas piernas avanzaban deprisa hacia el establo y ella casi tenía que correr para mantener su paso. Lo hacía adrede, estaba segura.

—¿Tenemos prisa? —preguntó sin aliento.

Él se paró y la miró, sin inclinar la cabeza, sus ojos negros entrecerrados mientras captaba la situación.

—¿Cuánto mide?

—Un poco más de un metro cincuenta y cinco —repuso ella, aprovechando el momento para tomar aliento—. No un metro ochenta como usted. Mi paso es más corto.

—Sí, señorita —murmuró él, volviéndose para caminar lentamente hacia el establo.

—Y no hace falta que me trates con condescendencia, vaquero —murmuró ella para sí. Pero agradeció el paso más lento.

No podía con la silla de montar. Era demasiado pesada y el

caballo demasiado alto para ponérsela. Trace la observó luchar con la silla durante bastante rato.

Cuando ella lo miró, se adelantó, tomó la silla de sus manos y la colocó sin esfuerzo en el lomo del caballo. Lo cinchó, controló los estribos y se volvió hacia Kalli.

—Normalmente cada uno ensilla su montura. Pero como usted es la jefa, señorita, lo haré por usted. ¿Necesita una mano para subir?

Odiaba su aire condescendiente. Maldita sea, no podía remediar su estatura. No había tenido que ensillar su propio caballo en la academia de equitación. Dudó, mirándolo. No quería que la tocara. Tenía miedo de su propia reacción. Los sentimientos que despertaba en ella eran diferentes de todo lo que había experimentado antes. Pero sabía que no podría montar sin ayuda. El caballo era enorme y el estribo estaba casi a la altura de sus hombros. Buscó con la mirada algo a que subirse, un taburete, una escalerilla… Tío Philip había tenido una plataforma para ella. Hacía mucho que había desaparecido. No había ninguna otra cosa. ¿Qué elección tenía?

—Muy bien, gracias.

Trace enlazó sus manos y se inclinó. Kalli apoyó su pie y se agarró a la silla con una mano. Con la otra se apoyó en su hombro, sintiendo la fuerza de acero de sus músculos, el calor de su piel quemando su mano. Perdió la concentración cuando su mirada se encontró con la de él, mientras Trace se alzaba lentamente y la levantaba, sin esfuerzo alguno, del suelo del establo. Sus ojos negros sostenían la mirada de Kalli. Las sensaciones que flotaban entre ellos, a su alrededor, amenazaban con anegarla. Estaba perdida y sentía la mayor urgencia por inclinarse unos centímetros y tocar suavemente los labios de él con los suyos. ¿Sería su boca cálida y dura o moderaría su fuerza masculina para estimular una respuesta femenina?

—Kalli, monta.

Kalli montó con dificultad, se acomodó en la silla. Los estribos estaban demasiado bajos para ella. ¡Maldición ¡

—Los ajustaré.

Trace no quería pensar en el muslo de ella, tan cerca que podría haber apoyado su mejilla en él, no quería pensar en sus caderas de mujer a la altura de sus ojos o en el dulce olor a flores y fresas que

parecía emanar de su cuerpo. Tiró de la correa y ajustó la hebilla. Tomando el tobillo de ella, colocó su pie en el estribo. Recorriendo suavemente su pierna con la mano, comprobó si estaba bien sentada. Su mano ardió cuando sintió los tirantes músculos de su muslo, imaginándolo abrazado a él en el calor del amor. Sintió la suave curva de sus caderas cuando comprobó una vez más si su posición era estable. Deseó sentirlas bajo él, sus manos agarradas a ella.

Oyó como Kalli inspiraba, pero no se atrevió a mirarla. Como si no pasara nada, cruzó por debajo de la cabeza del caballo y ajustó el estribo derecho, su mano posada en su muslo, su cadera.

Ella intentó apartar la mano de él, pero sus dedos se enredaron. Trace levantó la mirada y quedó sorprendido al notar un ligero rubor en sus mejillas, una chispa en sus ojos negros. Jadeaba ligeramente en el quieto aire de la mañana.

—Podía haber hecho eso yo misma —dijo bruscamente, azorada por la reacción con que su cuerpo la traicionaba.

Lentamente él separó sus dedos y le tendió las riendas. Se giró sobre sus talones y se dirigió hacia su propia montura.

—Parte del trabajo, señorita.

Demonios, estaba jugando con fuego al enredarse con aquella dama. Había aprendido la lección hacía mucho tiempo. Y la había aprendido bien. No dejaría que su deseo sexual, largo tiempo dormido, le volviera ciego a la sensatez. Aquella mujer no era más que un problema. Alguien de quien deshacerse lo antes posible. El quería sus tierras. Nada más.

«Y quizá un par de noches en la cama con ella». El insidioso pensamiento le vino sin que él lo quisiera. Todo su cuerpo se tensó con expectación ante la idea.

Apretando los dientes montó a caballo. Se colocó el sombrero y le indicó a ella con la cabeza que se pusiera en marcha.

—¿Hacia dónde vamos? Quiero verlo todo.

Él indicó la derecha y comenzaron a cabalgar.

—Por poco no vengo ¿sabe? —dijo ella, tratándolo deliberadamente de usted.

Miraba ávidamente en todas direcciones. De vez en cuando se volvía para echar un vistazo atrás, queriendo verlo todo.

—¿Y eso?

—Me hicieron una oferta, un vecino, del rancho Nube Veloz. Mis padres me presionaron para que aceptara. Hace diez años o más que no había vuelto aquí. Pero me acordaba de cómo lo adoraba. Siempre quise vivir aquí con tío Philip, pero empecé a trabajar y nunca encontré tiempo para volver. He leído todas las novelas de vaqueros que jamás se hayan escrito, desde Zane Grey hasta Louis L'Amour y Larry McMurty. Y tengo más de setenta cintas de vídeo de películas del Oeste, desde Sháne a Silverado y Lonesome Dove… Dios mío, después de heredar esto sencillamente no podía quedarme en Boston.

Era aún peor de lo que Trace había esperado. Era una romántica ilusa que creía que llevar un rancho era como en los libros.

—No es como en las películas —le advirtió—. Haría mejor en aceptar mi oferta, quedarse un tiempo y después volver a Boston.

Kalli se quedó callada un momento. ¿Le había oído bien?

—¿Su oferta? ¿Es suyo Nube Veloz? ¿Es usted el que quiere comprar mi rancho? —preguntó, incrédula—. ¡Pues tiene mucha caradura viniendo aquí y simular que me ayuda, cuando en realidad todo el tiempo está intentando quedarse con mi propiedad!

—Usted me pidió que me quedara —le recordó él.

—No me extraña que me dijera que no pertenezco a este lugar…

—Y no pertenece a este lugar —le interrumpió él—. Es usted una ilusa y romántica chica de ciudad, que se cree que el Lejano Oeste aún está vivo y esperando para cumplir sus fantasías. En cuanto se haya pasado la novedad, se marchará tan rápido que le dará vueltas la cabeza. Intentaré evitar que arruine este rancho antes de marcharse.

Sabía que le costaría mucho trabajo convencerla para renunciar al rancho.

Parecía una niña en una tienda de caramelos, excitada, feliz, fascinada. Le correspondería a él mostrarle qué dura era realmente la vida en un rancho, convencerla para que vendiera. A él.

Por un momento no le gustó la idea. Estaba tan contenta… casi se sintió un miserable por planear echarla. Pero tenía que convencerla de que se marchara.

Renunciar, vender y regresar a Boston. Quería las tierras, necesitaba este rancho para expandir sus propiedades.

—No se quedará—dijo, sabiendo que él se ocuparía de ello por

mucho que el cuerpo de ella llamara al suyo. Cuando le llegara el momento de casarse de nuevo, sería con alguien de su propia clase, una mujer nacida y criada en Wyoming, con una herencia cultural similar, puntos de vista similares y un futuro común.

¡Por Dios, no estaba pensando en casarse de nuevo! Ya había probado aquello una vez, con resultados desastrosos. Debía ser que había estado demasiado tiempo sin sexo, si el sólo hecho de estar alrededor de esta mujer le despertaba pensamientos como éste.

—Me quedaré, Trace Longford. He deseado esto toda mi vida. Este rancho me ha sido dado como un regalo y lo guardaré como un tesoro. No quiero su ayuda.

Encontraré otro capataz. Pero nada me echará de aquí.

Con esto Kalli se caló firmemente el sombrero, espoleó su caballo y se alejó a galope por el rancho.

Capítulo Dos

Trace espoleó su caballo hasta alcanzar a Kalli y ponerse a su lado mientras volaban a través de los pastos. Enfadada, Kalli hizo andar al paso su caballo. Trace frenó y la miró.

—Me quedaré como capataz hasta que usted decida lo que va a hacer.

—Ya sé lo que voy a hacer. No necesito que esté usted minando mi autoestima intentando hacerme vender.

—No lo haré. Le enseñaré todo lo que sé. Nos interesa a los dos mantener el rancho funcionando al máximo.

Kalli miró hacia otro lado, considerando su oferta. Si era el dueño de Nube Veloz debía de saber lo que hacía. Tenía dinero suficiente para comprar su rancho si es que ella se decidía a vender. ¿Podría fiarse de él no obstante? Súbitamente tuvo un pensamiento inquietante.

—Ayer mencionó usted una hija. ¿Está casado?

—No, divorciado —su mirada se posó en ella por un momento, después recorrió los acres ante ellos—. Supongo que usted también está soltera —dijo sin mirarla.

—Sí, hábleme de su hija.

—Tiene doce años. Es tan alta como usted, pero no tan bien formada.

—¿Vive con usted?

—Sí. Su madre no la quiso.

Kalli lo miró con sorpresa, pero él estaba estudiando el lejano horizonte.

—¿Cómo puede una mujer no querer a su propia hija? —exclamó.

—Hay muchas mujeres que no son maternales. Alyssa quería coches veloces y hombres veloces. No tenía sitio para sentimientos hogareños. No tenía sitio para una niña. Fue ella quien nos dejó, no nosotros. Becky está muy bien sin ella.

—¿Escribe o viene a verlos?

—No se nada de ella desde hace once años. No es que sea asunto suyo —dijo él sin rodeos.

Kalli se sintió enrojecer. Tenía razón. Estaba siendo una cotilla.

Pero aquello le interesaba. ¡No podía entender que alguien no hiciera caso alguno a su hija durante once años! ¡Eso significaba que aquel hombre había criado a su hija desde que era un bebé!

—Habrá sido duro para usted criarla todo este tiempo solo.

—Me las he arreglado.

No quería admitir ante ella ni ante nadie los malos ratos que había pasado. Los había superado y Becky estaba bien, aunque él no supiera muy bien qué hacer con una niña. Dentro de poco tendría que encontrar a alguien que lo ayudara. No sabía nada de vestidos ni fiestas. Becky era ya casi una adolescente… pronto se interesaría por esas cosas.

Kalli deseaba ardientemente preguntarle cómo había hecho exactamente para arreglárselas, pero su último comentario había sido lo bastante frío como para silenciar la cuestión. Pero se preguntó si habría alguna forma en que ella pudiera ayudarles a él y a su hija, a cambio de las lecciones que él le estaba dando de cómo llevar un rancho. Era una idea. Si es que ella lo dejaba quedarse.

—Allí, parte de su ganado —dijo él, señalando con la cabeza el campo que se abría ante sus ojos. Ante ellos se extendían unas doscientas reses de color rojizo con caras blancas, cubiertas hasta la rodilla por la alta hierba primaveral.

—¿Qué clase de ganado es? —preguntó Kalli, deteniendo su caballo y mirando el rebaño, con una sensación de asombro y alegría despertándose en su interior. ¡Su propio ganado! Estaba efectivamente en su rancho. Por un momento pensó en su tío.

No habían tenido mucho contacto a parte de los veranos que ella había pasado en el rancho. Pero lo echaba de menos. Agradeciéndole en silencio el haberle dejado aquel lugar, escuchó a Trace.

—Polled Hereford. El otoño pasado el rebaño contaba con más de dos mil cabezas. Tendrá que hacer pronto una cuenta de los nuevos terneros. Es tiempo de marcarlos y castrarlos.

—¿Tantos? —se mordió el labio y observó su ganado. No tenía ni idea de que hacer con él. ¿Qué sabía ella de marcar, criar y vender ganado como negocio? Nada.

El recuento de primavera había acabado ya siempre que ella había visitado el rancho.

Era una enfermera, no una ranchera. ¿Podría aprender lo

suficiente para llevar aquel lugar? ¿O dependería siempre de hombres criados en aquella labor para hacer el trabajo y tomar las decisiones finales?

Trace se inclinó y observó a la mujer que tenía a su lado. Quizá empezara a tomar conciencia de lo poco que sabía. Parecía asustada. Se encogió de hombros.

Muy bien, tal vez se diera cuenta de que era demasiado para ella y se fuera.

—Es un rebaño pequeño. Hay que aumentarlo. ¿Tiene planes para eso?

—Claro que no —ella lo miró enfadada—. No sé lo que tengo. No sé cuanto se supone que es necesario para un rancho. ¿No le parece que debo saber todo eso antes de hacer planes para el futuro?

«Menudo genio tiene», pensó él, divertido por su reacción.

—Sí, señorita, reconozco que es así. Pero hay que decidir ahora. No puede esperar unos meses hasta haber aprendido. Sus terneros están listos para ser

clasificados, marcados y castrados. Hay que vacunar el rebaño, ver si hay garrapatas, hacer un recuento exacto para que pueda decidir cuántos vender y con cuántos quedarse. Hay que planear la cría, ver qué toros se usaran con qué novillas. Se debe planear la rotación de pastos para aprovechar su rancho al máximo y mover de un lado a otro el ganado de acuerdo con esto. Hay que controlar los abrevaderos y las alambradas. Tuvimos mucha nieve este invierno, se habrán caído algunas. Si no las arregla, podría perder su ganado, o podría causar daños en otra propiedad y usted tendría que pagarlos. Tiene que poner al día sus cuentas y asegurarse de que está en paz con Hacienda.

Calló. La cara de ella estaba de perfil, pero podía ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Miraba el rebaño escuchándole a él enumerar todas las cosas que había que hacer y de las que sabía que no tenía ni idea. Quizá ahora entrara en razón. Pero un pequeño rincón de él se sentía como si le hubieran dado una patada.

Carraspeó sin mirar a Trace para que no viera lo abrumada que estaba.

—¿Es esto todo el rebaño? —preguntó.

Él levantó las cejas sorprendido. Había esperado que ella

quisiera volver a casa, pensar en todo lo que le había dicho y cargara su camioneta. Comenzó a sentir por ella una chispa de respeto.

—No, algunas reses están cerca de la Nube Veloz. Venga.

Giró su caballo hacia el oeste y lo espoleó. Cuanto antes terminara allí, antes podría volver a su propio rancho.

Unos minutos después Trace se detuvo en la cima de un acantilado. Cruzó su pierna sobre la silla y apoyó su codo en ella, observando a Kalli acercarse. Ella sonrió involuntariamente al ver aquel cuadro. Sólo faltaba que sacara una bolsa de tabaco y se liara un cigarrillo…

—Eso es el resto del rebaño. Tan lejos de su casa como puede estar sin salirse de Las Tres Tes.

El ganado pastaba tranquilamente en la mañana que iba volviéndose más cálida. Detrás de él. Kalli podía ver la extensión sin fin de una alambrada.

—¿Es suya la propiedad vecina? —preguntó.

—Sí, por eso quiero la suya, para expandirme.

—Debo tener otros vecinos. Tengo que conocerlos.

—Con el tiempo —dijo él, mirándola con aquellos ojos oscuros —. Ahora mismo tiene demasiado que hacer. La vida social tendrá que esperar.

Alyssa nunca había querido trabajar, sólo ir a fiestas. Cuando Kalli se diera cuenta que primero estaba el trabajo, estaría feliz de vender sus tierras y volver a Boston.

Kalli montó de nuevo en cólera. ¿Cómo se atrevía a decirle con tanta arrogancia lo que podía hacer y lo que no? Ella era la que mandaba allí, no el Excelso y Poderoso Señor Capataz en Funciones Trace Longford y cuanto antes lo dejara claro mejor.

—Los conoceré si quiero y cuando quiera. Lo que haga con mi tiempo es cosa mía, ¿comprende señor Longford? Está usted trabajando como mi capataz, no mi guardián.

Él sintió ira a su vez, tanto por la tensión que le causaba estar con ella, como por la provocadora insolencia de sus palabras.

—Escúcheme, señorita Boston. Quiere que trabaje como su capataz. Si no le gustan las órdenes que le doy, despídame. Pero si quiere llevar este rancho, su primera responsabilidad es aprender lo más posible lo más rápido que pueda, para que me pueda marchar y

volver a mi propio rancho. Si tiene demasiados compromisos, me tomaré el día libre ahora mismo y la dejaré con ellos por hoy.

—Perdóneme —dijo de mala gana—. Si he visto suficiente por hoy, tal vez deberíamos volver y así usted puede hablarme de como castrar, marcar y llevar las cuentas.

«Es solo cuestión de tiempo», pensó él mientras volvían hacia la casa. Estaba empezando a darse cuenta de lo complejo y exigente que era el trabajo. No duraría mucho.

Cabalgaron en silencio a pesar de la petición de Kalli, haciendo correr a los caballos hasta que, ya sólo a un par de millas de la casa, los pusieron al paso para refrescarlos. Cuando llegaron a casa, Kalli estaba exhausta. Tenía calor, su pelo pegado a su espalda. Cansada, dolorida y descorazonada, deseaba poder ignorar la lista de decisiones que había enumerado Trace. Era más difícil llevar aquel rancho de lo que había pensado. Y estar con Trace la estaba volviendo loca. Nunca había deseado tanto que alguien la apreciara como lo deseaba con él. Nunca había deseado tanto que alguien la quisiera.

Lo primero que tendría que hacer, era encontrar un capataz que quisiera llevar el rancho y dejarla a ella sentarse en el porche tomando el té. Pero hasta entonces necesitaba a Trace. No sabía ni siquiera cómo hacer para contratar a un capataz.

Habría deseado poder tratarlo con desenvoltura, como a sus hermanos. Pero los sentimientos que la anegaban no eran en absoluto fraternales.

Cuando se dirigían al establo, Trace se paró junto al picadero. Desmontó con facilidad, echó despreocupadamente las riendas por encima de la barra superior y se acercó a Kalli. Ella seguía en su caballo, demasiado cansada incluso para desmontar.

Trace la agarró por la cintura.

—Venga, jefa. Bájese, entre en casa y prepárenos algo frío de beber. Tampoco estaría mal un sándwich.

Suavemente, la bajó del caballo y la dejó deslizarse al suelo delante de él. Lo miraba a los ojos mientras Kalli se agarraba a sus hombros para no caerse.

Sus sentidos estaban enloqueciendo por el contacto de él en su cintura y, ahora, por su cuerpo duro apretado contra el suyo. Su brazo la envolvía y sentía el olor de su sudor masculino mezclado

con el del polvo del picadero y el del heno del establo.

Sus manos se tensaron sobre los duros músculos de los hombros de Trace y sintieron cómo se contraían cuando la acercó aun más a su pecho.

—Eres muy poquita cosa, para ser una mujer adulta —dijo con voz ronca.

Kalli se apretó contra él, saboreando el calor que se extendía desde su vientre a sus extremidades. Si alzaba la vista, estaba perdida. Levantó la cabeza y cerró lentamente los ojos, mientras el rostro de Trace se acercaba más y más. Puso sus labios en los de él y los abrió cuando Trace buscó algo más. La lengua de él entró en la cálida caverna de su boca, juntándose con su lengua, invitándola a su boca.

Trace le quitó el sombrero y agarró con violencia las gruesas ondas que caían por su espalda. Su otra mano pasó rozando por su redondo trasero y levantó a Kalli, apretándola contra su excitación. Ella era blanda, dulce y cálida.

Aquello era una locura, pero a Kalli le daba igual. Sólo quería seguir para siempre en los brazos de Trace. El mundo se perdió de vista y sólo quedaron ellos dos en su creación particular. Un mundo salvaje y caliente, donde el tacto de él despertaba en ella necesidades, que no podían apagarse.

El encanto se rompió cuando el caballo de Kalli los golpeó suavemente.

Tambaleándose ligeramente, Trace la levantó y se volvió, dando la espalda a la yegua. Se separó de Kalli y miró sus ojos brillantes, mientras los suyos estaban opacos y confusos. Maldición, no había querido aquello.

Kalli se pasó la lengua por los labios, saboreándolo aún a él. Ladeó ligeramente la cabeza, sonriendo temblorosa y se sintió privada de algo cuando él la soltó al incorporarse.

—Creí que no te caía bien —dijo ingenuamente.

—Nena, si te fueras ahora mismo no derramaría ni una lágrima. ¡Pero mi maldito cuerpo te desea endemoniadamente! —recogió el sombrero de Kalli y se lo puso con violencia.

Kalli contuvo el aliento un momento, luego lo soltó. Su corazón palpitaba por sus palabras, por su beso. Sus dedos deseaban ardientemente recorrer el calor de su piel, aprender el paisaje de sus

músculos, conocer lo que a él le gustaba y lo que no.

Su mirada bajó hasta los labios de Trace. Deseaba ardientemente que la volviera a besar. Una vez más recorrió los suyos propios, saboreándolo a él, sintiendo una profunda impresión ante la intimidad que acaban de compartir. Parpadeó y se encaminó a la casa con las piernas temblando. Necesitaba un respiro. No podía creer que lo hubiera besado profundamente. ¡Por Dios, si lo había conocido sólo la tarde

anterior! Pero se había sentido atraída por él desde el primer momento. Si él se hubiera abalanzado sobre ella y la hubiera derribado sobre el heno, habría cedido con gusto.

Necesitaba controlar sus hormonas. Eso era. Estaba tan excitada por estar en Wyoming que estaba perdiendo la sensatez. Entró en la fresca cocina, tiró su sombrero sobre la mesa y se pasó los dedos temblorosos por el pelo. Sólo necesitaba algún tiempo para sí misma, para poner las cosas claras.

¡Si ella ni siquiera le caía bien! Pero sin embargo él la deseaba. ¿Qué clase de relación iba a salir de aquello? No sería una relación, sería sexo, puro y simple. O

bien caliente y complejo, pero sexo al fin. Y ella no quería aquello. Bueno, sí lo quería, pero con algo más detrás que el puro deseo animal. Quería afecto y amor.

¿Amor? ¿De ese vaquero arrogante y descarado que le daba órdenes cuando se suponía que trabajaba para ella? ¿Intentando todo el tiempo quedarse con su rancho?

¡Ni hablar!

Abrió la nevera y se quedó mirando sin ver el interior, hasta que el aire fresco la hizo volver en sí. La cerró de un golpe, luego abrió el congelador y sacó la limonada.

No había terminado de desempaquetar todavía, necesitaba comprar más comestibles.

Tenía un millón de cosas que hacer, y no había tiempo para estar pensando en Trace Longford.

Buscando una jarra, se puso a cerrar de golpe una puerta del armario tras otra, frustrada. ¿De qué servía haber heredado un rancho y todo, si luego no había nada con que hacer limonada? Finalmente encontró una gran fuente. Tendría que servir.

Estaba midiendo el agua, cuando oyó sus botas en la escalera de

atrás, y un momento después la puerta mosquitera se cerró de golpe tras él. Súbitamente el aire parecía formar un arco de tensión. Kalli tenía miedo de volverse y observaba el agua de la fuente. Pero tenía que enfrentarse a él. Y no sólo ahora, si no durante los siguientes días y semanas. Su corazón empezó a latir violentamente.

No se volvió cuando oyó su sombrero deslizarse por la mesa hasta parar junto al de ella. Sus ojos permanecieron clavados en la limonada. En dos segundos él estuvo a su lado, apoyando despreocupadamente la cadera en el mostrador, los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas cruzadas también, Observándola remover la bebida.

Ella lo veía por el rabillo del ojo, pero se negó a devolver su mirada. Feliz de que su piel oscura ocultaría el rubor, procuraba dar la impresión de estar muy concentrada en hacer la limonada.

—¿Vas a estar removiendo eso todo el día? —preguntó él en tono divertido.

—Si quiero, lo haré. Soy el jefe…

Él interrumpió su discurso alzando su mentón con sus cálidos dedos.

—Sólo ha sido un beso, Kalli. Anímate. Te habrán besado antes.

—Pero no así —murmuró ella. Después cerró sus ojos con ira. No había querido admitirlo.

Cuando él acarició sus labios con el pulgar, sus ojos se abrieron de golpe.

—No puedes quedarte aquí, Kalli. Es demasiado para ti. No sabes lo suficiente y no tendrás tiempo de aprender antes de arruinar este lugar. Déjalo y vuélvete a casa —dijo Trace con la mirada en su boca, en el movimiento de su pulgar sobre sus labios.

—Este es mi hogar —dijo ella sin aliento—. Aprenderé todo lo que necesite para llevar este sitio y mientras tanto puedo contratar a gente que sepa.

—Mientras te quedes… —continuó él, no haciendo caso de su voto de quedarse

—, te ayudaré. Y si quieres algo más que unos cuantos besos castos, estoy dispuesto.

Te deseo Kalli.

Dios mío, no sabía que hacer con un deseo tan ostentoso. Los hombres con los que había salido en Boston habían sido delicados,

sofisticados, circunspectos. Nunca habían sido tan directos y menos si acababan de conocerla.

Pero ninguno había excitado sus sentidos como hacía Trace. Tomó aliento y agarró su muñeca, queriendo apartarlo y sin embargo pidiendo que la tocara más.

Inconscientemente registró que su pulso era fuerte y regular, no acelerado como el de ella. Sus ojos se encontraron y él la miró largo rato. Kalli se sintió como si él pudiera ver su alma.

—Por favor, Trace. No puedo. No me conoces, es demasiado pronto.

El la recorrió con la mirada, intentando ganar tiempo mientras procuraba pensar. Sus pechos eran altos y firmes, un poco pequeños. Pero sus palmas se morían por tomarlos, sentir su peso, hacer que los pezones se endurecieran al contacto con su piel caliente. Su cintura era estrecha, sus caderas suavemente redondeadas, llenando los vaqueros que llevaba como un sueño para cualquier hombre. El estar con ella alimentaba en él un hambre que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Aquello no le gustaba a él más que a ella. ¡Maldición!

—Así que tienes la última palabra, jefa. ¿Vas a servir la limonada o no?

Se alejó y se sentó a la mesa con las piernas abiertas y estiradas, los pulgares en las trabillas vacías de sus pantalones, observándola.

—Sí —dijo ella, volviéndose, contenta por la actividad. Ella tendría la última palabra. Era la jefa y era mejor que lo recordara. Estaba acostumbrada a aconsejar qué hacer a los pacientes. Tal vez podría hacer como si Trace fuera un paciente. ¿Le importaría a él? De alguna forma le parecía más bien del tipo recalcitrante que contradecía cualquier recomendación y después hacía lo que le venía en gana.

Puso los dos vasos en la mesa, agarró una silla y se sentó lo más lejos de él que pudo.

—Tengo hambre —dijo él después de tomar un buen trago.

—No soy tu cocinera —respondió ella.

Él se encogió de hombros, se levantó y tomó su sombrero.

—Entonces volveré mañana. Hasta la vista.

—¡Espera! ¿Adonde vas, Trace?

—Tengo hambre. Si no me vas a dar de comer, me voy a comer

a casa. De todas formas, tengo que ver cómo está Becky. Pero está demasiado lejos para volver hoy.

Volveré mañana.

—¡Maldita sea, te haré algo de comer!

Kalli se levantó de un salto y se dirigió hacia la nevera furiosa. Aquel hombre estaba desafiando a la suerte. Que esperara a que ella supiera algo de ganadería.

Entonces le diría que se largara. No había venido desde Boston para acabar con un vaquero arrogante que creía que debía atenderlo todo el día. ¡Maldita sea, ella era la jefa, no él!

—¿Te importa que use tu teléfono mientras haces la comida? —preguntó él con los oscuros ojos brillando divertidos.

—No.

Sabía que estaba exagerando, pero estaba tan enfadada que no lo podía remediar. Todo lo que había querido hacer, había sido llegar y disfrutar de su rancho. Sin embargo, tenía que aguantar a un vaquero ardoroso, perturbándola hasta lo indecible. Uno, al que ni siquiera le caía bien y que todo el tiempo estaba resaltando sus defectos en lo que se refería a llevar un rancho. Todo lo que él quería era su rancho y ella estaba atendiendo todas sus necesidades. Primero el desayuno, ahora el almuerzo. ¿Esperaba también que le hiciera la cena?

Se distrajo un momento. La cena. Tranquila, con velas y quizá un fuego en la chimenea. Refrescaba por la noche aquí en las montañas. Incluso en mayo.

—¡Ay! —se había cortado el dedo. No más soñar despierta, y si soñaba, sería con el rancho, no con un atractivo vaquero. Ya había puesto la mesa cuando volvió Trace.

—¿Está bien tu hija?

—Está bien.

—¿Y tu rancho no te necesita mientras estás aquí? —preguntó ella mientras comenzaba a comer el sándwich de fiambre.

—Tengo un buen capataz.

—Quizá deberías llevar tú tu rancho y mandarlo a él aquí.

—Prefiero las cosas como están.

—Lo supongo. Cada vez que me veas hacer algo mal, puedes hacerme otra oferta de compra.

—Quizá.

Trace comía el ligero almuerzo, encantado con los apetitosos aperitivos que Kalli había servido.

—Eres muy hablador, desde luego, cuando se trata de decirme lo que no puedo hacer o lo que no sé. Pero cuando intento que me cuentes algo de ti, te vuelves totalmente hermético.

—¿Qué quieres saber, Kalli? —repuso él—. Te he dicho todo lo importante. No estoy casado, así que un romance entre nosotros no le hará daño a nadie. No creo que puedas arreglártelas con el rancho. Bueno, antes de que te enfades, déjame decirte que no será porque no lo estés intentando. Pero simplemente es demasiado, al menos que te hayas criado con ello. Philip estaba pasando una época muy dura y había estado haciéndolo durante años.

—Muchos rancheros tienen éxito —protestó ella.

—Sí, y muchos se arruinan. Quédate unos días y aprende todo lo que puedas, pero luego piénsatelo bien. Creo que deberías aceptar mi oferta.

Esquivó su mirada y se preguntó cuando le echaría de su propiedad. En cuanto se hiciera con un administrador competente, supuso. Tenía que asegurarse de que nadie se presentara para aquel trabajo. Tenía un interés personal por ver el lugar bien administrado. No quería que se arruinara antes de que pasara a ser suyo. Quizá haría falta algún tiempo para deshacerse de aquella mujer, pero no se quedaría. Lo sabía todo sobre las chicas de ciudad enamoradas de ranchos y vaqueros, pero la realidad era demasiado dura. Demasiado lejos de fiestas, tiendas y diversiones, tenían que marcharse. Él podía esperar.

Kalli mordisqueaba su sándwich, mientras los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Estaba extremadamente azorada porque Trace estaba sentado a sólo unos pasos de ella. Se preguntó durante cuanto tiempo podría mantener aquella conciencia exacerbada y recordó sus palabras anteriores. Te deseo.

—¿…ordenadores?—preguntó él.

Ella parpadeó y se quedó mirándolo.

—¿Cómo?

—He dicho, que si sabes mucho de ordenadores.

La miró. ¿En qué habría estado pensando?

—Un poco. En el hospital registrábamos todo en ellos. ¿Por qué?

—Todas las cuentas del rancho están en ordenador. Philip

instaló uno hace cuatro años. Podemos repasar los programas y puedes empezar a poner tus cuentas al día esta misma tarde. Te ayudaré a empezar, luego de verdad que tengo que irme a casa.

Ella asintió, dividida entre el deseo de que él se quedara y el alivio que sabía que iba a sentir cuando se hubiera marchado. Necesitaba tiempo para volver a organizarse. Decidir que haría exactamente con él. No podía creer que estuviera reaccionando con tanta fuerza, sólo porque él era la cosa más atractiva que había visto jamás.

—Empecemos. No quiero entretenerte —dijo ella, levantándose de un salto y dirigiéndose rápidamente al despacho que había descubierto en sus exploraciones la noche anterior.

Él estaba justo detrás de ella y cuando Kalli se sentó en la silla frente al escritorio, él lo hizo en el brazo, su cadera apretando contra ella, su cuerpo inclinándose sobre ella cuando alargó el brazo para encender la máquina.

Mirando el monitor como si fuera un talismán, Kalli se resistió a ceder a su deseo de apoyarse en Trace, de echar la cabeza hacia atrás para que la besar y de olvidar las cuentas, el ordenador y el rancho. En vez de eso, escuchó con la mayor atención que pudo cómo él le explicaba cómo arrancar y entrar en el programa y cómo seleccionar las distintas opciones para meter los datos y obtener información.

—Lo he entendido —dijo ella impaciente cuando Trace empezó a repasarlo todo por segunda vez—. ¿Cuánto hay que meter para que esté al día?

—Varios meses. Intenté llevarlo al día, pero con el mío, sencillamente fue demasiado. Aquí están los recibos, las nóminas, los registros de los partos y las facturas por pagar. Puedes empezar. Cuando hayas metido todo, dímelo y haremos un listado de prueba para asegurarnos de que está bien, luego podemos sacar el listado completo.

—Me las arreglaré —dijo ella, contando los minutos para que se fuera. Para que pudiera respirar con normalidad, recuperar su ritmo cardiaco habitual y relajar su estrecho control.

—Seguro. Te veo mañana entonces, Kalli —dijo él levantándose.

—¿Trace?

—¿Sí?

Él se detuvo en la puerta.

—Si necesito dar contigo antes de que vengas mañana ¿cómo hago para localizarte?

—Te daré mi número de teléfono. Puedes localizarme allí o si no, dejar un mensaje.

Se acercó al escritorio y garabateó su número de teléfono en un pedazo de papel.

—No llamaré a menos que sea importante, claro. No me gustaría que pensaras que no me las arreglo aquí —dijo ella, guardando el papel en el cajón de arriba.

—Muy bien —dijo él sonriendo.

Le acarició la mejilla con los nudillos y abandonó la habitación con aquel andar gracioso y fluido que ella había observado el día anterior. ¡Dios mío, qué sexy era!

Capítulo Tres

Determinada a enseñar a Trace que era capaz de llevar un rancho, que no era una inocente mujer de ciudad que había venido para que la mimaran, Kalli puso el despertador a las cinco de la mañana. Estaría levantada, vestida y con el desayuno listo cuando él llegara a las seis. No temía el trabajo duro. Ser enfermera a menudo era duro. El ritmo frenético de la sala de urgencias, dejaba poco tiempo para tomarse las cosas con calma. Si él pensaba que estaba acostumbrada a estar de brazos cruzados, le demostraría que sabía cumplir con su parte.

¡A pesar de sus buenas intenciones, no había creído que estaría tan dolorida y entumecida! Se dio la vuelta con un gruñido y apagó el despertador de un golpe. Le dolía cada pulgada de su cuerpo. Le dolían músculos de cuya existencia no había sabido hasta entonces. No había podido conciliar el sueño la noche anterior y se había pasado dando vueltas en la cama, intentando sentirse cómoda después de haberse dado un baño caliente. ¡No había servido de nada!

Y no había sido sólo su cuerpo dolorido lo que había alejado el sueño. Sus pensamientos habían girado en torno a Trace. Lo implacable que era en su idea de que ella no podía quedarse. Su imagen a caballo. Lo excitante de su cuerpo apretado contra el de ella cuando la había besado junto al picadero. Esto último había llevado a fantasías sobre besos futuros y éstas a su vez a sueños eróticos en los ratos en que había conseguido dormirse. En resumen, una noche inquieta.

Lentamente se arrastró fuera de la cama. Una rápida ducha la revivió lo suficiente como para vestirse. A sabiendas de lo caluroso que sería el día, se trenzó el pelo.

Después fue a la cocina. Brillaban los primeros rayos del amanecer. El cielo era más claro al este, los contornos de las montañas apenas discernibles en el oeste.

Midió el café, encendió la máquina y se volvió para buscar huevos. Tenía que ir a comprar aquel mismo día. Las pocas cosas que había comprado en el camino, sólo habían servido para arreglárselas mientras veía lo que había en el rancho y hacía una

lista de lo que necesitaba. Aquella compra desde luego no había sido suficiente para cubrir también el buen apetito de Trace.

A las seis en punto oyó llegar la camioneta y pararse el motor. Satisfecha, puso en la mesa los huevos y las salchichas y apiló las tostadas en un plato aparte.

—¡Buenos días! —dijo radiante cuando él entró, encantada con la mirada de incredulidad en su cara. Aquello hizo que todo el esfuerzo hubiera valido la pena.

—Buenas. ¿Has estado levantada toda la noche? —preguntó el, dejando su sombrero en el perchero y sentándose en la misma silla que el día anterior.

—No, me he levantado hace un rato. Venga. Tenemos mucho que hacer hoy.

Se sentó y rezó por que las actividades del día no incluyesen, montar a caballo.

Incluso la silla resultaba molesta.

—¿Hasta dónde has llegado con las cuentas? —preguntó él.

—Hasta mediados de febrero. Es un montón.

—Sí. Philip estuvo enfermo mucho tiempo antes de que me diera cuenta de lo mal que estaban las cosas. Se fueron dejando un montón de cosas. Al final, él ya no era capaz de hacer nada. Estaba ya retrasado cuando yo empecé y nunca logré ponerme al día.

—Bueno, algunas sesiones maratónicas como la de ayer más y estaré al día —dijo ella con confianza.

En cuanto le había pillado el tranquillo, la organización había sido rápida. Pero todavía había un montón de información que meter en el ordenador. Y no tenía ni idea de qué hacer con toda aquella información una vez que hubiera terminado.

Quizá Trace le explicaría qué tenía que buscar.

—He pensado que hoy salgamos con José y Tim. Podrás conocerlos, ver cómo trabajan. Podemos controlar al mismo tiempo las vallas y los abrevaderos. Te dará una mejor idea de tus tierras —dijo Trace tranquilamente. Levantó la mirada justo a tiempo para ver la mueca en la cara de Kalli.

—¿Algún problema? —preguntó suavemente.

—No, no hay problema —Kalli tragó saliva y pensó en las aspirinas y el Motrin que tendría que tomar antes de irse. Estaría entumecida al menos durante una parte del día.

—Se lo diré a los hombres. Saldremos en quince minutos. ¿Estarás lista?

—Claro.

El sonrió sardónicamente, sabiendo que ella nunca admitiría una debilidad.

Había observado su modo cuidadoso de andar, de sentarse. Era una batalladora, su Kalli.

¿Su Kalli? Maldición. Tomó rápidamente su sombrero y salió de la cocina como una exhalación. No era suya. Y no la quería, menos tal vez para un revolcón en el heno. Se marcharía pronto, él se aseguraría de ello.

Kalli recogió los platos y los metió en el fregadero lleno de agua. Tomó las aspirinas y su sombrero. Mientras caminaba lentamente hacia el establo, intentaba relajar sus músculos.

José y Tim ya habían ensillado sus caballos y Trace estaba acabando con el de Kalli. Ella sonrió a los hombres, sorprendida por el extraño ambiente. Ellos se tocaron el sombrero y la saludaron con calma, mirando de reojo a Trace. Él no les hizo caso y siguió sujetando la cincha y estirando los estribos.

—¿Necesitas una mano? —preguntó a Kalli cuando ésta se acercó al caballo color canela.

—Sí, por favor.

Trace observó cómo se agarraba a la silla y tomó su pie cuando ella pisó sus manos entrelazadas. Su mano ardía en su hombro, ella se agarraba como si le fuera la vida en ello. Durante un largo momento el tiempo quedó en suspenso, mientras ella se mantenía en el aire entre el caballo y la tierra, entre el ayer y el hoy. Él se sorprendió mirándole a los ojos. Cuando bajó la vista a su boca, recordó su dulce sabor. La vio respirar hondo y dudar. Echó un vistazo a los demás y se alegró que estuvieran hablando y no mirándola a ella.

—Súbete al caballo, Kalli —dijo en un ronco susurro.

Se subió torpemente a la silla y el calor que la invadía, borró el dolor de sus músculos. Se colocó el sombrero en un intento de esconder el desconcierto que le producía la mirada de Trace. Un rápido vistazo a José y Tim, le mostró que ellos no habían advertido nada. Montados y listos para marchar, hablaban tranquilamente.

El cuarteto salió del establo y se dirigió al este, poniéndose al

trote en cuanto hubieron cruzado el patio. Kalli apretaba los dientes, para contener los gemidos que hubiera querido soltar. Sólo le quedaba esperar que el ejercicio relajara sus músculos y disminuyera el dolor.

Kalli cabalgó un rato junto a José y descubrió que a pesar de su nombre español, era un nativo de Wyoming de tercera generación y no había sentido nunca deseos de ver el resto del mundo. A media mañana cambió de lugar con Trace y cabalgó junto a Tim. Era de California, había crecido en ranchos ganaderos y luego se había metido en el circuito de los rodeos. Cuando se enteró de aquello, Kalli empezó a hacerle preguntas entusiasmada. Él le contestó riendo, divertido por su interés.

—Bueno, señorita, casi todos los vaqueros participan en uno o dos rodeos. Sólo los muy buenos ganan dinero con ello. Como Trace.

—¿Trace participaba en rodeos? —lo miró a él y a José, que iban delante, deliberando sobre una alambrada que necesitaba reparación. Podía imaginarlo sobre un caballo o toro.

—A caballo, señorita. Trace iba a los rodeos de caballos. Y lo hacía muy bien.

Ganó mucho dinero antes de dejarlo. Así fue como… —cerró la boca y miró a Trace.

—«¿Así fue como qué…?

Tim espoleó su caballo hasta alcanzar a los otros dos hombres.

—¿Así fue como qué…? —repitió Kalli cuando los alcanzó a su vez, sus ojos posándose involuntariamente sobre Trace, a pesar de que aún esperaba la respuesta de Tim.

—Trace, le estaba contando a Kalli que participabas en los rodeos —dijo Tim, casi desesperado. Trace asintió, sus ojos estudiaban a Kalli.

—No me lo has contado —repuso ella.

—Nunca surgió.

—Tim no me ha querido contar el resto —dijo ella, picada por la curiosidad.

—Era como me ganaba la vida cuando era más joven. Pero es un deporte para jóvenes. Estos viejos huesos ya no lo soportarían.

—Bueno Trace —dijo ella sonriendo—, no pareces tener más de cuarenta.

Esa era su venganza por haber dicho que no servía para llevar un rancho.

—¡Cuarenta! ¡Maldita sea, mujer, tengo sólo treinta y cuatro!

—Perdóname —contestó ella riendo—. Creía que habías dicho que eras viejo.

—Demasiado viejo para los rodeos. ¿Estás aquí para aprender a llevar un rancho o para insultarme?

Kalli se mordió el labio inferior, con la risa aún brillando en sus ojos.

—Para aprender, honorable anciano —dijo, desafiándole a no hacer caso de su chiste.

La suave luz en sus ojos traicionó a Trace. Pero se volvió a José y empezó a exponer planes para reparar la alambrada.

Kalli sólo escuchaba a medias, preguntándose por qué Tim había estado tan asustado. ¿Había algo en la participación de Trace en los rodeos que no querían que ella supiera? Estaba intrigada. ¿Qué más debía saber de su capataz? ¿O era que se estaban preguntando si sabía quién era? ¿Si sabía que era el que le había hecho la oferta de compra?

—¿Soñando despierta otra vez, señora jefa? —preguntó Trace empujando su caballo contra el de ella y rozando las caderas de Kalli con las suyas.

Kalli levantó la vista. José y Tim ya se habían alejado varías docenas de metros y estaban subiendo por una empinada cuesta. Trace la observaba con aquellos ojos oscuros, sosteniendo su mirada.

—Pensaba en rodeos —admitió Kalli de mala gana—. ¿Hay por aquí?

—Habrá más adelante. En Jackson hay uno grande. Si aún estás aquí entonces, te llevaré.

—¿Si aún estoy aquí? Te aseguro, Trace Longford, que aún estaré aquí, no importa cuándo se celebre.

Levantó la cabeza y espoleó su caballo para alcanzar a José y Tim antes de que Trace pudiera pararla.

Era ya pasado mediodía cuando volvieron a la casa. Kalli estaba tan cansada y dolorida, que apenas podía mantenerse en la silla. Pero cada vez que sentía la mirada de Trace, hacía un esfuerzo por incorporarse y parecer cómoda. No admitiría ninguna debilidad

ante él. Él ya pensaba que no daba la talla. Se negaba a darle munición para reforzar esa creencia.

Trace, José y Tim desmontaron rápidamente, ataron sus caballos a la valla y soltaron las cinchas. Trace dio a su montura un cachete en la grupa y se acercó a Kalli, mirándola con desconfianza.

—¿Te vas a quedar en el caballo todo el día?

—Creía que sí —dijo ella, tambaleándose ligeramente.

—¿Cansada? —preguntó él, poniéndole la mano en la cadera.

Kalli tuvo la sensación de un hierro candente. Observó la piel bronceada, los largos dedos, la fuerte muñeca. El calor de la palma la abrasaba. Lo miró a los ojos y le pareció detectar un brillo de simpatía.

—Pensaba echar un vistazo a las montañas. Tal vez ver hasta donde puede subir el caballo… ¡Trace! —gritó cuando él la bajó del caballo a la fuerza. Se quedó apoyada en él como un saco, las piernas como de goma. Él la sostuvo sin esfuerzo y se volvió hacia Tim.

—Venga, ocúpate de su caballo y desensíllalo. No va montar más por hoy —se inclinó y la levantó en sus brazos.

—¡Bájame, Trace!

Pero sus brazos rodearon su cuello y se agarró a él cómo si le fuera la vida en ello. Luchando contra su ardiente deseo de apoyar la cabeza en su hombro y cerrar los ojos, se quedó mirándolo mientras cruzaba con determinación el patio hacia la puerta trasera.

—Creía que habías dicho que habías estado montando a caballo desde que te enteraste de que ibas a heredar el rancho —dijo él.

—Y es verdad. Pero sólo un par de horas por semana. En un picadero. ¿Cómo haces para hacerlo día tras día?

—La práctica. Nosotros montamos a caballo desde niños. Y este ha sido un día fácil. A veces, cuando marcamos el ganado o cuando hace mal tiempo, estamos hasta dieciocho horas en la silla.

Abrió la puerta mosquitera y puso a Kalli en pie.

—¿Serás capaz de darte un baño y meterte en la cama, señora jefa? —preguntó, las manos aún en sus hombros, dándole apoyo.

—Vamos a dejar una cosa clara, Trace. Mi nombre es Kalli. Llamarme señora jefa, no tiene sentido. Los dos sabemos, que desde que he llegado aquí no he dado ni

una sola orden. «¡Hazme algo de comer, vamos a montar a

caballo, haz las cuentas!»

Tú eres el verdadero jefe en Las Tres Tes y hasta que yo aprenda un montón de cosas más, va a seguir siendo así.

—Sí, creo que va a seguir siendo así —dijo él, mirando sonriente sus ojos encendidos.

Los ojos de Trace se volvieron más cálidos y los duros gestos de su rostro se suavizaron un poco con la sonrisa. Y Kalli olvidó de en qué estaba pensando. Era el hombre más atractivo que había visto jamás y su corazón empezó a bombear sangre cálida por las venas. Lo miró, cautivada, deseando ardientemente más, sabiendo que él tenía que volver al trabajo. Sabiendo que ella probablemente no era más que una divertida anécdota para él. Pero no importaba. Su mirada cayó sobre los labios de él y su cuerpo tembló traicioneramente. Quería…

Como si Trace hubiera podido leer sus pensamientos, su boca cubrió la de ella con un beso. Sus labios se movieron persuasivamente, hasta que ella abrió los suyos ante su silenciosa orden y le dio la bienvenida.

Él se separó y la miró, acariciando suavemente los labios de ella con el pulgar.

—Baña tus músculos y luego duerme. Te sentirás mejor en uno o dos días.

Mientras, ponte con esas cuentas —ordenó.

—Sí, señor jefe —susurró ella, sus ojos pendientes de los de él.

—Maldición, Kalli, no me mires así a menos que quieras más de lo que creo que quieres.

Kalli se acordó de que le había dicho que la deseaba. No sería justo continuar si no estaba dispuesta a dar el siguiente paso. Y no lo estaba. Acababa de conocer a aquel hombre. No importaba que la atrajera más que nadie antes. No importaba que se sintiera algo inimaginablemente especial cuando estaba con él. Pero sí importaba que él no parecía apreciarla mucho. Con un suave suspiro, se separó de él a su vez e intentó sonreír.

—Gracias por llevarme a casa —dijo con un susurro.

Se volvió y fue cojeando al baño, negándose a dejar que su mente se regodeara en la idea de la posibilidad de estar los dos juntos en la cama. Pero su cuerpo recordó su tacto y sintió un cosquilleo.

Kalli se quedó en la bañera hasta estar tan arrugada como una ciruela pasa. Se puso una larga camiseta que le había quitado a su hermano Tony y se echó bocabajo en la cama. Su trasero estaba tan llagado, que le hacía daño echarse de espaldas.

Cerró los ojos y relajó sus músculos cansados y doloridos. Se sentía tan bien así.

Había tanto que hacer, sólo descansaría unos minutos, pero se sentía tan bien así…

Estaba oscuro cuando Kalli despertó. Estaba echada en la tranquila noche, demasiado letárgica para levantarse. Su estómago gruñó, recordándole que no había

comido nada desde el desayuno. Lentamente se incorporó y fue descalza a la cocina.

Comió un sándwich apoyada en el mostrador, mientras hacía la lista de la compra.

Cuando hubo terminado, fue al despacho. Se sentó con cuidado en la silla y empezó a colocar las facturas de marzo en orden cronológico. Las apartó inquieta.

No estaba para trabajar con el ordenador aquella noche. Se puso a revolver las cajas en busca de un libro, hasta que encontró su novela favorita de Louis L'Amour. Se la llevó a la cama, se apoyó en la cabecera y empezó a leer.

Cuando sonó el despertador al día siguiente, Kalli lo apagó y se volvió a echar en la cama. ¡Dios mío, no quería levantarse! Estaba tiesa como una tabla y cada movimiento provocaba una punzada de dolor en sus músculos. ¿Cómo podían Trace, José y Tim hacerlo día tras día? Incluso con toda su paciencia, no podía imaginar llegar a acostumbrarse a cabalgar cuatro horas seguidas.

Sonó el teléfono. Dio un respingo. El timbre sonaba muy alto en el silencio del amanecer.

—Dígame.

—¿Kalli? Soy Trace.

—¿Pasa algo? —se volvió para mirar por la ventana. Aún estaba oscuro, pero sólo faltaban unos minutos para el amanecer.

—Sí, hay problemas aquí. He estado levantado toda la noche y estoy que me muero. No puedo pasarme esta mañana.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas mi ayuda?

—No, he tenido una yegua pariendo, hubo problemas,

complicaciones. El veterinario estuvo aquí toda la noche. Da igual, ya ha pasado. Tenemos un potrillo y la yegua está bien. Pero yo estoy hecho polvo.

—Ya, eres demasiado viejo para trasnochar así —dijo ella dulcemente, reclinándose en la almohada.

—Sí —pudo oír su risa a través de la línea—. ¿Tú estás levantada?

—Mi despertador acaba de sonar. Estoy todavía en la cama.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Más vieja que tú.

—Maldición, a lo mejor los dos necesitamos un día en la cama.

«¿Juntos?» pensó Kalli, sonriendo soñadora.

—Sí, puede. ¿Órdenes para hoy, jefe? —preguntó.

—Retoma las cuentas. Puedes sentarte en un cojín.

—¿Cuándo tendré un día libre?

—Acabas de llegar.

—¿Trace?

—¿Sí?

—¿Quieres venir a cenar? Después de todo ahora estoy tan acostumbrada a cocinar para dos, que estoy segura de que haré demasiado para mí sola.

—Normalmente ceno con Becky —dijo él.

—Muy bien, tráetela. Me gustaría conocerla —dijo ella rápidamente antes de que él pudiera negarse.

—Muy bien. Estaré allí sobre las seis.

—Nos vemos pues.

Colgó el teléfono y se recostó con una sonrisa de júbilo. Después de volver a poner su despertador en una hora más razonable, Kalli se durmió feliz.

Más tarde fue a Jackson. La primera parada fue en el abogado que se había ocupado del testamento de su tío. Había mencionado cuentas bancarias y extractos de cuentas el día que lo había conocido. Pero ahora quería aclararlo y ordenarlo todo, para poder extender cheques.

Richard Strominger estaba casualmente libre cuando ella se presentó sin previo aviso y la recibió enseguida.

—¿Cómo van las cosas, señorita Bonotelli?

—Fenomenal. Las Tres Tes es un sitio maravilloso. Estoy muy

contenta con cómo va todo —replicó.

—¿Aún piensa quedarse?

Él la observó por encima de sus dedos entrecruzados. Ella asintió, preguntándose por qué todos los hombres allí pensaban que no debería. ¿Era una forma de machismo vaquero?

—Tiene usted una buena oferta de La Nube Veloz. ¿No le gustaría considerarla al menos? No sé cuanto tiempo permanecerá abierta —le aconsejó Richard.

—No. Ya le he dado a Trace la respuesta. Estoy aprendiendo todo lo que puedo para llevar el rancho yo misma.

—Ya veo. Muy bien, enviaré una negativa formal.

Kalli firmó los papeles para completar el traspaso de todos los títulos a su nombre. Después Richard la acompañó personalmente al banco, le presentó al director y ayudó a facilitar la transición allí.

—Me alegro de tenerla como cliente. Las Tres Tes ha estado con nosotros desde el principio. Aunque he oído que ha habido una oferta de La Nube Veloz —dijo el

director mientras estaban sentados esperando a que se imprimieran los nuevos cheques.

—No voy a vender —dijo ella con calma.

—Comprendo. Bueno, muy bien. Mejor para nosotros —contestó el director sonriendo cordialmente y pasó a preguntarle por Boston.

Kalli quedó sorprendida por la amabilidad de todo el mundo. Incluso en el supermercado la cajera y la dependienta fueron cordiales, aunque también ellas mencionaron la oferta de Trace. Kalli sacudió la cabeza, estupefacta. ¿Le compadecería ahora todo el pueblo por la pérdida de la venta? A él le encantaría.

Movió la cabeza de nuevo y se olvidó del asunto mientras corría a casa. Con algo de suerte tendría ocasión de volver a dar un baño a sus músculos doloridos.

Muy contenta porque Trace y su hija venían a cenar, preparó escalopes de ternera. Era la receta especial de su madre y esperaba que les gustaran. Dudó un momento. ¿Les gustaría la comida italiana? Tonterías, a todo el mundo le gustaba.

Aunque Kalli amaba el Oeste y vestirse como un vaquero, decidió arreglarse un poco para los primeros invitados a cenar que iba a tener en su nueva casa. Se puso una falda rosa oscuro con un corpino a juego, escotado en uve y abotonado por delante y se hizo

después una trenza francesa para mantener su cabello en orden. No quería tener que preocuparse por él mientras cocinaba. Se puso un ligero toque de maquillaje y se echó perfume con moderación.

Cuando Trace entró con el coche en el patio, estaba lista. Un último vistazo a la mesa, reveló que todo estaba perfecto. Le hubiera gustado utilizar el comedor, pero tendrían que contentarse con la cocina.

Trace entró como si la casa le perteneciera. Su hija lo seguía, mirando a Kalli desde detrás de su padre.

—Hola. Bienvenidos. ¿Eres Becky? Soy Kalli.

—Hola.

Becky le dio la mano, luego dio un paso atrás, mirando con descaro a su alrededor. Su mirada volvió a encontrarse con la de Kalli y la observó durante un largo rato.

—¿También eres medio india?

—No ¿tú sí? —contestó Kalli, sorprendida por la pregunta de la niña.

Becky asintió y miró a su padre. Trace había dejado su sombrero en el perchero y se volvió a mirarlas.

Sus ojos se volvieron alerta y su postura cautelosa.

—Somos medio Xoxones —dijo.

—Bueno, y yo soy italiana, aunque mi familia vive aquí desde hace tres generaciones. No es mucho tiempo, supongo, comparado con la vuestra —dijo Kalli desenfadadamente, sonriendo a los dos. Efectivamente se había estado preguntando si él era medio indio—. La cena está casi lista. ¿Queréis comer primero y luego pasar al salón? ¿Creéis que hace suficiente frío para un fuego?

Trace asintió y animó a Becky a sentarse sosteniéndole una silla. Se puso detrás de la silla de Kalli, cuando ésta trajo las cosas a la mesa. La hizo sentar, luego ocupó su lugar habitual.

Kalli sirvió los platos y se aseguró de que sus invitados tuviesen todo lo necesario. Becky la observaba cautelosamente todo el tiempo. Kalli se preguntó si sería simplemente porque no había ninguna mujer en su rancho y Becky sentía curiosidad. ¿O habría algo más?

La conversación era forzada, torpe, irregular. Padre e hija comían sin cesar, aparentemente despreocupados por el silencio.

—Bien —dijo Kalli alegremente, cuando ya no pudo aguantar

más el silencio—.

Contadme de la nueva mamá y su potrillo. ¿Cómo lo vais a llamar?

Trace indicó a Becky que contestara.

—La llamamos Nube Orgullosa. Mi padre es el dueño del rancho Nube Veloz

—dijo Becky con orgullo arrogante—. Y dice que dentro de poco será el dueño de este también.

Capítulo Cuatro

Kalli se quedó mirando a Trace, sintiéndose como si alguno de los caballos del picadero le hubiera dado una coz en el estómago. ¿No escaparía nunca de sus demandas? ¿Fanfarroneaba él delante de su hija? A cada oportunidad, Trace le decía que nunca lo lograría, socavando así toda confianza que ella podía tener en ser capaz de llevar su propio rancho y presionándola constantemente para que aceptara su oferta de compra. ¿Y por qué no? Codiciaba su rancho.

Trace permaneció en silencio, con sus oscuros ojos observándola, sus labios apretados. Becky miraba con grandes ojos a los dos adultos, su expresión insegura y asustada.

—Tienes mucha cara dura si presumes delante de tu hija de que vas a quedarte con este rancho. Estoy harta de que me digas que no pertenezco a este lugar…

—Y no perteneces a este lugar —la interrumpió él—. Eres una ingenua y romántica chica de ciudad que cree que el Salvaje Oeste está vivo y esperando a cumplir sus fantasías. Que vivir en un rancho es lo mismo que visitarlo cuando eras una niña. Cariño, en cuanto se pase la novedad, lo abandonarás tan rápido que tu cabeza te dará vueltas. Yo sólo estoy tratando de evitar que arruines el rancho antes de que te marches.

—¿Y los besos, eran para intentar seducirme y convencerme para que dejara el rancho?

La atravesó un dolor desgarrador. ¿Habían sido sus besos únicamente una forma de manipularla? ¿De conseguir que accediera a vender? Había bajado la guardia con él. Había sido un error. Trace miró a Becky.

—Ve a ver a Josh —le ordenó.

—Quiero quedarme aquí —replicó ella haciendo un mohín.

—¡Vete!

La niña frunció el ceño pero se levantó lentamente de la mesa. Con una mirada a Kalli, salió de la habitación pisando fuerte y dando un portazo. Durante unos segundos se pudieron oír sus pasos sobre la grava, luego se perdieron.

—Lo siento —dijo Kalli—. No debí decir eso delante de Becky.

—No debiste haberlo dicho de ninguna manera.

—Ah, claro, está muy bien para ti entrar aquí mandoneando, pero si yo digo algo, no tengo razón —exclamó, levantándose de un salto y comenzando a andar por la habitación—. Por mí te puedes ir, Trace. No necesito una ayuda como la tuya. Ya encontraré otro capataz.

Se paró al otro lado de la habitación, se apoyó en el mostrador y levantó la cabeza, aparentando sentirse mucho más confiada de lo que se sentía en realidad.

Él se levantó y cruzó el suelo de madera a grandes zancadas, los tacones de sus botas resonando y se paró a unos centímetros de ella, empujándola contra el borde de azulejos. La miró y sacudió la cabeza.

—No, no vas a contratar a otro capataz. Yo lo haré hasta que te decidas a vender.

—¡No voy a vender! —gritó Kalli, frustrada. ¿Por qué no querría escucharla? Si creía que podría hacerla marchar, no la conocía bien.

—Estás despedido —dijo—. Vete y no vuelvas.

—No me iré —dijo él, su voz baja, amenazadora. Levantó la mano.

—No me toques. Si crees que puedes seducirme para que consienta en vender, estás loco.

Él la tomó por la cintura, sentándola con violencia sobre el borde del mostrador.

Le separó las rodillas y se colocó entre sus piernas, levantando su falda, sus manos duras y calientes sobre su vientre, manteniéndola sujeta a pesar de que ella forcejeaba para escapar. Agachándose hasta casi tocar su cara, habló suavemente, casi amenazante.

—Vamos a dejar clara una cosa, cariño. Te deseo. Te dije eso antes. Pero no tiene nada que ver con conseguir tu rancho. Aunque me acueste contigo hasta el día del juicio, seguiré queriendo tu rancho. Si no me dejas tocarte nunca más, seguiré queriendo el rancho y lo conseguiré.

—No quiero que me toques.

Había querido parecer autoritaria, fuerte. Pero su voz salió casi nostálgica.

—Mentirosa. Puedo ver tu pulso en el cuello, tu corazón está

galopando.

—De miedo —dijo ella.

Él se fijó en sus labios, al pasarse ella nerviosa la lengua por ellos. Durante un largo rato se quedó mirando aquella humedad, luego lentamente puso sus labios sobre los de ella, capturándolos con los suyos. Lentamente su lengua trazó el contorno de los labios de Kalli, humedeciéndolos, acariciando los bordes. Sin avanzar, sin intentar conseguir nada más que su sabor.

Kalli cerró los ojos para disfrutar mejor de las sensaciones. El aliento de Trace le abanicaba la mejilla. Su lengua se paseaba lentamente, suavemente, contra sus labios.

Ella los abrió ligeramente para darle acceso a su boca, pero él se mantuvo fuera.

Tomando conciencia, estupefacta, de la intimidad de su posición, Kalli se reclinó en aquel abrazo y sus manos subieron palmo a palmo por los brazos de él hasta rodear su cuello y sujetar su cabeza para que no se pudiera echar atrás.

—Me deseas, Kalli. Lo puedo sentir —dijo él, muy cerca de su boca y luego cubrió de dulces besos su mejilla, bajó por su cuello y lamió el rápido pulso.

—El sexo no es suficiente —dijo ella con pesar, sus dedos enredados en su pelo, sus piernas rodeando sus caderas.

—¿Qué buscas, una declaración de amor?

Trace se separó de ella y se quedó allí, erguido, sus manos apoyadas en los muslos abiertos de Kalli.

—Ni siquiera te caigo bien.

—¿Cómo que no me caes bien? Eres una damita muy atractiva. Pero vas a estar aquí tan poco tiempo… No lo desperdiciemos. Maldita sea, nena, jugarás a la ranchera hasta que te aburras o te lleves el primer disgusto. Entonces te volverás a las luces de la ciudad lo más rápido que pueda llevarte el avión. Conozco a las de tu tipo.

—No me conoces a mí. ¡Yo no soy un tipo!

—Ya lo creo que sí, maldita sea. Me casé con una mujer como tú. Os conozco muy bien. Estáis como locas con vuestro romántico vaquero hasta que la suciedad, el sudor y la monotonía de la vida diaria os disgusta y os aburre. Entonces te largarás para encontrar algo más emocionante.

—¿Ella era una chica de ciudad?

—De Denver. Adicta a los vaqueros de los rodeos. La vida era maravillosa mientras seguíamos el circuito, pero tediosa y aburrida cuando volvimos al rancho para establecernos, intentar sacar las cosas adelante. Ella ansiaba la emoción del rodeo y no le importaba mucho el vaquero en cuestión, mientras fuera parte de la acción.

—¿Te dolió cuando se fue? —preguntó Kalli, asombrada por la amargura de su tono. Claro que le había dolido. La mujer que amaba lo había abandonado.

—Tenía un bebé de un año del que ocuparme.

No tenía tiempo de estar dolido, sólo rabioso como un demonio.

Apoyó las manos en el borde del mostrador, inclinándose sobre ella como para evitar que se moviese jamás. Ya no la tocaba, pero Kalli sentía cada movimiento suyo, su respiración. La tensión crecía.

—Amar a alguien y entonces…

—Dios mío, ves el mundo a través de un cristal de color de rosa. No había amor entre nosotros. Alyssa era fenomenal en la cama. Se quedó embarazada de Becky, así que me casé con ella para dar un apellido a mi hija. No había amor en ello. Por ninguna de las dos partes. Tienes que crecer, Kalli, la gente se junta por motivos muy

diversos y el amor romántico del que hablas no existe más que en los cuentos de hadas.

—Eres tan cínico. El amor está a tu alrededor. ¿No quieres a Becky?

—Claro, es mi hija.

—Bien, hay también otra clase de amor. Y nada es más fuerte que el amor entre hombre y mujer. Puede durar hasta más allá de la tumba. El que tú no lo hayas experimentado, no significa que no exista —replicó ella con agresividad. ¿De dónde salía aquella ira? Él se había portado lealmente con ella al decirle abiertamente lo que quería: a ella y el rancho. No podía estar irritada por su causa, pues.

—Y tú tienes conocimientos de primera mano, supongo.

Por un momento, Trace contuvo el aliento. No quería oírle hablar de su gran amor por un maldito tipo maravilloso que conocía. No quería oír hablar de amor en absoluto. Sólo quería llevársela a la cama. Sentirla moverse debajo de él, satisfacer la necesidad cada vez mayor que tenía de ella. Sacarla de su sistema para poder volver a las cosas importantes en la vida como comprar

Las Tres Tes.

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella, empujándolo por el hombro.

Se sentía vulnerable y expuesta. Él aún estaba de pie entre sus muslos abiertos, sus manos posándose en su falda de algodón.

—Trace, quítate.

—No.

Volvió a bajar la cabeza, sus labios jugaron con los de ella. Dios santo, deseaba a aquella mujer como nunca había deseado a ninguna.

—Trace, por favor.

Sus labios se encontraron con los de él, respondieron. Su boca era firme y cálida. La lengua de Kalli recorrió la forma de sus labios, saboreándolo una y otra vez. Se deslizó dentro de su boca a pesar de que estaba intentando desesperadamente retener su cordura. Enloquecida más allá de lo imaginable, ardía por más.

Las manos de Trace se metieron debajo de su corpiño. Él sintió su sobresalto cuando empezó a acariciar delicadamente su piel suave y satinada, sus dedos y las palmas de sus manos cosquilleaban con aquella sensación. La suavidad de la piel de Kalli era persuasiva. No quería soltarla nunca. Pasó casi rozando por las costillas y se dirigió hacia los pechos, sintió su peso ligero, aprendió su forma. Al sentir la estocada de sus pezones contra sus palmas, suspiró suavemente y la besó de nuevo, con pasión. Era tan femenina, tan dulce. Su sangre se calentó hasta arder. Su deseo se hizo tan fuerte que apenas podía respirar.

—¿Papá? —llamó la voz de Becky desde el exterior.

Trace se echó atrás, abrió los ojos de golpe y se quedó mirando los oscuros ojos de Kalli.

—Becky, creí que te había dicho que fueras con Josh.

—Está viendo un estúpido programa de televisión.

Su voz se acercaba cada vez más. Trace apartó las manos de los senos de Kalli y la bajó del mostrador. Se mesó el cabello, luego se apoyó en el mostrador, agarrando el borde de azulejos con todas sus fuerzas, de espaldas a la puerta cuando su hija entró en la cocina dando un portazo.

—Y yo no lo quería ver —dijo Becky, mirando con desconfianza a Kalli, luego a su padre—. Estás toda despeinada —añadió, mirando a Kalli.

—Hace calor aquí y la trenza era agobiante —replicó Kalli, intentando poner algo de orden en su pelo enredado. En la agonía de la pasión con Trace, no se había dado cuenta de que él le había soltado la trenza.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Becky a su padre.

—Sí, en un momento.

Trace agarraba con fuerza el mostrador. Estaba recobrando toda su fuerza de voluntad para hacer desaparecer de su cara su ostentoso deseo por Kalli y poder así enfrentarse a su impresionable hija de doce años. Maldita sea, ¿por qué no se habría quedado con Josh, viendo aquel condenado programa de televisión?

—¿Por qué estás allí de pie? —preguntó Becky. Kalli miró a Trace y comprendió inmediatamente.

—Está enfadado conmigo y probablemente se agarre al mostrador para no saltarme al cuello —dijo desenfadadamente, apartándose de Trace, esperando distraer a su hija—. He hecho una tarta de postre. ¿Quieres un poco antes de irte?

—¿Por qué está enfadado contigo? —preguntó Becky. Sus sospechas iban creciendo según miraba a su alrededor.

—Porque no quiero venderle mi rancho. Es tarta de chocolate.

—Muy bien —dijo Becky, sentándose a la mesa.

Kalli estaba desesperada por mantener la conversación. Estaba muy nerviosa por Trace y le resultaba embarazoso que casi los hubiera sorprendido su hija.

Deseaba que se marcharan los dos, pero de todas formas ella soportaría aquella velada. Ya tendría tiempo de recuperar el control cuando se hubieran ido.

Se sentó, sus piernas temblaban. Sentía aún la impronta de las manos de Trace en los muslos, las caderas, lo labios, los pechos. El calor la invadía. Aquello era todo lo que podía hacer para ser amable.

—¿Quieres tarta, Trace? —preguntó educadamente.

—No.

Él se volvió y se dirigió a la puerta, recogiendo su sombrero. Se paró y miró a Kalli, sus ojos entreabiertos e intensos.

—Este no es el final, Kalli. Conseguiré lo que quiero.

Kalli sintió un ligero escalofrío, al abandonar él la cocina. Sabía que no se refería al rancho.

—¿Cuándo vas a volver a Boston? —preguntó Becky cuando hubo terminado la tarta de chocolate. Kalli le sirvió un vaso de leche y la niña lo bebió mirando a Kalli con ojos viejos y sabios.

—No voy a volver.

—Papá dice que sí. ¡No te queremos aquí!

—¿Por qué?

Kalli estaba algo sorprendida por la vehemencia en el tono de Becky. ¿Qué le importaba aquello a la niña?

—Te besó otra vez ¿vedad? Tu boca está toda hinchada y roja.

¿Celosa? Kalli se lo preguntó, mirándole a los ojos. Becky era lista. Kalli asintió.

No iba a contar nada, pero no le mentiría a aquella niña.

—Mi madre era muy guapa ¿lo sabías? —preguntó Becky apartando su plato y acercándose el vaso. Echó un vistazo a Kalli para ver cómo reaccionaba ante aquella novedad.

—Estoy segura de que lo era. Tu padre no me parece del tipo al que le gustan feas —contestó ésta secamente.

—He visto una foto de ellos juntos. Papá la tiene en su cuarto. Era alta, rubia y bonita.

—No voy a remplazar a tu madre —dijo Kalli con gentileza. Inquieta por la imagen que pintaba Becky, frunció el ceño. Si a Trace realmente no le importaba su ex-mujer ¿por qué conservaba su foto en su habitación? Sobre todo después de tantos años. Hacía más de una década que se había marchado. Alyssa. Qué nombre tan bonito. Obviamente a juego con una mujer bonita. Kalli se negó a poner nombre a la emoción que despertaba en ella.

—Probablemente voy a ser tan alta como ella —dijo Becky orgullosa, sin querer cambiar de tema—. Ya soy tan alta como tú y sólo tengo doce años.

—Pues tendrás suerte. Lo único que cambiaría de mí es mi estatura. A veces es horrible ser tan bajita —murmuró Kalli.

—Gracias por la cena y la tarta.

Becky se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando llegó a donde se había parado su padre, se detuvo a su vez y se volvió a Kalli.

—Y adiós. Probablemente no te volveré a ver.

—Adiós Becky. Encantada de conocerte —dijo Kalli educadamente, preguntándose si volvería a ver a aquella niña. No si cortaba toda relación con Trace.

Y eso era lo que pensaba hacer la próxima vez que volviera a verle.

Que resultó ser a la mañana siguiente, a las seis, cuando él golpeó violentamente la puerta de su dormitorio.

—¡Vete! —gritó Kalli desde debajo de la almohada.

Había pasado una noche horrible. Los sueños se habían perseguido unos a otros, despertándola, volviendo prácticamente imposible el sueño. Todos se referían a Trace. En algunos la perseguía a caballo, con el revólver en la mano, y la echaba del condado.

En otros la besaba, pasando sus manos ásperas del trabajo por su cuerpo caliente, observándola cuando cedía a las peticiones que constantemente le susurraba al oído. Aquellos habían sido los peores.

—Levántate, señora jefa. Tienes un rancho que dirigir.

—Maldita sea —exclamó Kalli. Se levantó, corrió a la puerta y la abrió de golpe

—. ¡Tienes razón, vaquero! ¡Este es mi rancho y yo lo dirigiré y comenzaré por empezar el día a una hora razonable!

—¿A una hora razonable? Son las seis, cariño.

—Exacto. Y me gusta estar en la cama a las seis de la mañana.

—Muy bien.

Tiró su sombrero, la agarró y la levantó. En sólo dos segundos la había arrojado sobre la cama y la había seguido, aplastándola con su duro pecho contra el colchón, mientras sus manos le cubrían la cara, las puntas de los dedos ensartándose en su cabello enredado. Su boca se posó con dureza sobre la de ella.

Kalli estaba estupefacta, después complaciente, después excitada, confusa, encendida y deseando más de aquel vaquero salvaje, que no podía aceptar un «no»

como respuesta. Sus piernas desnudas sentían la aspereza de sus vaqueros y los arañazos de sus botas. La hebilla de su cinturón se clavaba en su suave piel. Él era pesado y duro. Pero Kalli perdió toda conciencia cuando su dulce boca le hizo el amor a la de ella. Cuando la llevó a un estado de lucidez y deseo más allá de lo que había sentido jamás. En vez de apartarlo, en lugar de montar en cólera porque se había metido en su habitación, recorrió con las manos sus brazos, sus anchos hombros, esculpiendo la forma de sus

músculos, se retorció un poco debajo de Trace para estar más cómoda y disfrutó de su sabor y de su olor.

Ella era suave como el plumón. Dulce como la madreselva. La habría devorado si hubiera podido. Era tan dulce, tan cálida y tan complaciente. ¿Por qué aquel cambio? Había esperado fuegos artificiales de ella y era lo que estaba consiguiendo, pero de forma distinta.

Su mano recorrió su garganta, sus hombros. Cuando sintió la suave camiseta de algodón, tuvo envidia por un momento. La camiseta le cubría completamente el torso, envolvía cada curva, cada monte, cada valle. Así como a él le hubiera gustado envolverla. Conocer cada palmo de ella, cubrir cada palmo de ella, saborear cada palmo de ella. Sus dedos bajaron más allá, sintieron la delicada hinchazón de sus pechos, aplastados por su peso.

Su rodilla se deslizó entre las de ella. Acariciando su cintura con los dedos, levantó la camiseta y acarició sus caderas con los nudillos. Su suavidad embrujó las yemas de sus dedos, envió a sus entrañas el deseo de absorber cada parte de aquella delicada piel con la suya, más áspera.

—¡Maldición! —exclamó incorporándose y mirando a los ojos vidriosos de Kalli, siempre acariciándole las caderas—. No llevas ropa interior.

Ella sacudió la cabeza, demasiado desconcertada para hablar. Sus ojos estaban dulces de pasión, su cuerpo excitado y ansioso.

Lentamente la mano de él se deslizó por su abdomen, bajó hasta sus suaves rizos y aún más.

Ella contuvo el aliento, mirándole con un hambre inconsciente.

—No Trace. Tienes que irte.

Pero sus manos desmintieron sus palabras. Seguían agarrándose a él. Una recorrió sus hombros, bajó hasta el escote de su camisa, acariciándolo sensualmente con un dedo la piel de cobre de su pecho.

—No quieres que me vaya —dijo él dulcemente, encontrándola con sus dedos, acariciándola suavemente. Las caderas de ella se levantaron y cayeron de nuevo.

—Ni siquiera te gusto —susurró ella, encontrando un botón y abriéndolo.

Anegada por sensaciones dulces y cálidas que crecían y crecían.

—Sí me gustas —murmuró él, acariciando sus húmedos labios hinchados con un beso. Sus dedos la acariciaron de nuevo.

Ella tomó aliento, sus ojos abiertos por la sorpresa y el placer. Después frunció el ceño, intentó cerrar las piernas, pero el duro muslo de él se lo impidió.

—No —dijo otra vez.

—Sí —dijo él, moviendo el dedo una y otra vez, suavemente, despacio, delicadamente.

Sus miradas nunca se separaban, menos cuando él bajaba la cabeza para besarla dulcemente. Era embriagador. El crudo deseo sexual había desaparecido y había quedado un deseo exquisitamente tortuoso, lento, dolorosamente dulce e igual de exigente. Su dedo se deslizó dentro de ella. Kalli tomó aliento y sacudió ligeramente la cabeza.

—Trace, no estoy preparada para algo así.

—Tan sólo esto, cariño, sólo esto.

Su dedo volvió a moverse. Un segundo dedo le siguió.

—Esto no está bien —susurró ella, casi incapaz de hablar, de razonar. Las sensaciones que la recorrían eran deliciosas. Tuvo un escalofrío cuando esas sensaciones afloraron. Alcanzó el ritmo de su mano, sintió cada centímetro de aquellos dedos que la templaban como si fuera un delicado instrumento.

—No hay nada malo en que un hombre y una mujer se deseen, si los dos sienten esa atracción y consienten en ello.

—Tú no… sacas nada… de esto.

Su mano había abierto la camisa de Trace. Su mano hambrienta acariciaba los definidos músculos de su pecho, sus dedos acariciaban uno de sus pezones. Era el hombre perfecto. Su cuerpo perfecto bajo sus manos. Su conocimiento de ella perfecto y la sensación de sus dedos en su cuerpo, le causaba a Kalli las sensaciones más exquisitas.

—Sí, sí que lo saco, cariño. Relájate y disfruta. Yo estoy disfrutando un montón con esto.

—Pero podrías disfrutar más.

—Aún no, como tú has dicho. Además hay unos hombres allí fuera esperándonos. No tenemos tiempo.

—Oh, no.

Kalli cerró los ojos, olvidando su rancho, su posición de jefa y la

amenaza de que Trace se lo quitara, mientras su dedo la iba excitando. Él la besó, moviendo ahora su mano con más fuerza, más rápido.

—Venga, Kalli, déjate llevar. Va a ser perfecto.

«Perfecto», repitió ella, mientras su cuerpo cedía a las demandas de él y se movía según su dirección, luchaba contra él, luego se rendía, aceptaba el regalo glorioso de su mano y su boca. Olas de éxtasis la atravesaban, anegando sus sentidos, llenándola de calor, fuego y placer. Cuando él sintió sus primeras contracciones, se echó encima de ella, sintiendo la ondulación de su cuerpo, su boca capturando sus gritos, su cuerpo deseando ardientemente llegar a experimentar la consumación que ella algún día le traería. Por ahora, aquello tenía que bastar. Pero un día ella lo querría todo de él y él no se negaría.

Kalli estaba flotando. Sintió vagamente como su mano se apartaba y su muslo se apretaba contra ella, con dureza. Aquellos dedos levantaron su camiseta, exponiendo su húmeda piel al frescor de la mañana. En menos de un segundo, su boca capturó su pezón y lo llevó hasta aquella cálida caverna. Ella se ladeó ligeramente, para ofrecérselo mejor, sus brazos tan débiles que apenas podía moverlos. Trace besó su otro pecho, luego recorrió con sus labios la húmeda piel de su estómago para alcanzar aquella humedad entre sus piernas y volver a su boca.

Ella suspiró y lo besó. Sintiendo la alta cresta de su deseo, abrió un poco los ojos y miró a los de él, encendidos de pasión.

—¿Estás bien? —preguntó Trace. Ella asintió solemnemente. No se había sentido tan bien en toda su vida, pero se sentía culpable por disfrutar y no darle a él ningún alivio. —Pero tú…

—Yo estoy bien —él apretó sus labios contra los de ella, sabiendo que sentiría su dureza, luego sonrió—. Un día dirás sí a todo.

Ella se sintió conmovida por su gentileza. Aquel ya no era el hombre airado de la noche anterior. No era el vecino implacable que no quería nada más que sus tierras. Aquel hombre era más profundo. Complejo. Le hubiera gustado conocerlo mejor. Dios mío, si lo hubiera conocido mejor, ahora estaría desnudo sobre ella, dentro de ella, sería parte de ella.

—Esos hombres que mencionaste… —empezó Kalli.

—Sí. Pronto nos estarán buscando. Vístete. Prepararé algo de comer. Tenemos mucho que hacer hoy.

—Por si no te has dado cuenta, te he despedido ayer —le recordó ella, resistiéndose a dejarlo marchar. Se sentía protegida y bien amada.

—Sí, recuerdo que dijiste algo de eso, pero sabía que no lo decías en serio. No puedes llevar este rancho y no quiero que se arruine antes de hacerme con él.

—No vas a hacerte con él.

La sensación de ser bien amada desapareció.

—Antes o después te rendirás y entonces yo me quedaré con él. Si quieres quedarte un tiempo, yo no tengo ningún problema. Pero deja que mantenga el rancho en marcha.

—¿Y qué pasa si me quedo para siempre?

—No lo harás.

—¡Eso tú no lo sabes!

La volvía loca. ¡Ella no era Alyssa!

—No, no lo sé.

Él tomó sus manos, las entrelazó con las suyas, las puso detrás de la cabeza de Kalli y se echó a su lado.

—Pero no creo que dures. ¿Qué hay de malo? Si te quedas, tendrás un rancho de primera. Si te vas, yo lo recibiré en buenas condiciones y rentable, no abandonado a la ruina.

¿Qué podía pasar? Ella sabía que necesitaba su ayuda. Y si él se ofrecía ¿por qué no aceptarlo? Tarde o temprano se daría cuenta que ella estaba allí para largo. Lo dejaría ayudarlo.

—Pero nada de sexo —dijo ella, capitulando.

Él se inclinó y la besó, largamente y con calma y las incursiones de su lengua en su boca, hacían a Kalli tensarse toda entera.

La situación era ciertamente decadente. Ella estaba prácticamente desnuda debajo de él y él estaba completamente vestido. Podía sentir cada palmo de él y la estaba volviendo loca. Lo deseaba. Lo deseaba casi tanto como él parecía desearla a ella. Se sintió traviesa y encantada, y… tan erótica.

—Oh sí, cariño, tendremos sexo. Tantas veces como tú lo permitas. Ya te dije que no tenía nada que ver con la propiedad del rancho.

Capítulo Cinco

Trace miraba por la ventana de la cocina, tomando a pequeños tragos el café caliente recién hecho. Josh y Tim estaban cargando alambre de espino en la parte trasera de su camioneta. Habían metido las herramientas unos minutos antes. Charlie salió del barracón y corrió hacia los hombres.

Cambiando de posición, Trace intentó acomodarse sus ajustados vaqueros.

Normalmente le estaban bien, pero con sólo estar cerca de Kalli, encogían varias tallas.

Kalli. Aún podía sentirla moviéndose bajo él. Sentir el calor de su cuerpo, oír los pequeños sonidos extáticos que hacía cuando se contorsionaba bajo él. Maldición, si los hombres no hubieran estado preparándose para la labor del día, si no le hubieran estado esperando en el patio, se habría quitado sus vaqueros y le habría echo el amor lentamente.

Maldición, él no tenía por qué pensar en ella en absoluto. No en la cama. Tenía que deshacerse de ella. No quería un lío con una mujer con los ojos llenos de estrellas y un optimismo ilimitado. La vida en Wyoming era dura. La vida en el rancho aún más. No duraría dos semanas.

«¿Por qué no disfrutar de ella mientras dure?». El pensamiento insidioso entró subrepticiamente en su mente. No podía sacudírselo. Había estado mucho tiempo sin mujer. No era fácil con una niña. Y no muchas mujeres alrededor querían un romance desenfadado y pasajero.

Tiró el resto de su café y salió al patio. Una noche.

Eso era todo lo que quería. Una noche, para sacarla de su sistema antes de que se fuera. Luego volvería a buscar rubias de piernas largas que supieran de qué iba el asunto.

Kalli se entretuvo todo lo posible en vestirse. No podía creerse su respuesta a la invasión por Trace de su dormitorio. No podía creer que hubiera permitido la intimidad que él había establecido, que a la sazón hubiera disfrutado de ella. Estaba aún sonrojada, su corazón todavía latía aceleradamente con sólo pensar en ello. En él.

Por fin no pudo demorarse más. Él había dicho que todo el

mundo estaba esperando ¿qué pensarían que estaba haciendo? Se miró por última vez al espejo y dejó escapar un gruñido. Sus ojos estaban brillantes, las mejillas encendidas, los labios ligeramente hinchados. ¡Se le notaba que era bien amada!

Amada, ¡qué va! No había amor entre ellos. Trace quería una sola cosa, el rancho. Más valía no perder aquello de vista. Los besos, las caricias y hacer el amor, eran medios para conseguir su meta, no el reflejo de un profundo y duradero afecto por ella. Únicamente por que su mera presencia la hacía sentir más viva que nunca,

sólo porque estar con él era más excitante que todo lo que había experimentado jamás, no había razón para perder el control. De renunciar a todo sólo para ganar su aprobación.

Intentó espolear su ira, intentó sentirse utilizada. Sólo sabía de él que quería su rancho. Pero se sentía gloriosamente. Y en lo más íntimo deseaba que la besase de nuevo, con calor y de aquella forma tan devastadora en que lo había hecho aquella mañana.

—Muévete, Kalli —murmuró al salir de su habitación. Enfadada ahora, pero consigo misma por su credulidad, corrió a la cocina.

No había ni rastro de Trace. El café estaba listo y su aroma llenaba la estancia.

Había una taza sucia en el mostrador. Se acercó a la ventana y miró fuera.

Trace estaba hablando con Tim. Los demás estaban ocupados cargando la camioneta. Junto a la de Trace había otra, llena ya hasta los topes. Tomando aliento, Kalli se unió a ellos.

—Buenos días, señorita—exclamó Josh. Los demás la saludaron de buen humor.

—Buenos días.

Sonrió a cada uno de los hombres. Ellos no tenían problemas con el hecho de que le perteneciera el rancho. No habían sido sino amables y entusiastas en su trato con ella. Pero evitó los ojos de Trace. Sencillamente no podía mirarlo a la cara después de lo que habían hecho hacía tan sólo unos minutos.

Le cosquilleaba la piel en su proximidad. Le hubiera gustado echar un rápido vistazo a la cara de Trace, para ver si él sentía alguna del millar de emociones que la recorrían a ella vertiginosamente. Pero tuvo miedo de ver sólo aquella expresión impasible que escondía todos sus sentimientos. Era muy bueno en

eso.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó, advirtiendo los rollos de alambre de espino en la parte trasera del gran camión de Trace.

—Arreglar algunas alambradas —replicó Trace. Señaló con la cabeza a Josh y Tim—. Ellos tomarán el camión y trabajarán a lo largo del río. Charlie, José y yo iremos en mi camioneta y trabajaremos cerca del límite con La Nube Veloz.

—No queremos que el ganado de Las Tres Tes entre en ese terreno ¿verdad?

Podría dar ideas al dueño. Yo iré entonces con Josh y Tim —dijo ella, volviéndose para mirar el polvoriento camión.

—No. Tú hoy te quedas aquí.

—No voy a…

—Cállate Kalli. Vas a hacer lo que te diga. Te quedarás aquí y pondrás al día las cuentas.

—Olvídalo, voy a ir. Permíteme recordarte, Trace, que esto aún es mi rancho y…

—Perdonadme, chicos, ahora vuelvo.

Dicho esto, agarró a Kalli del brazo y la llevó rápidamente consigo hasta la cocina, sin decir una palabra, hasta que la puerta mosquitera se hubo cerrado de golpe tras ellos.

—Trace no puedes ordenarme…

—Kalli, por una vez desde que te conozco, sé sensata. No puedes trabajar poniendo alambradas, no tendrías ni idea de qué hacer. Es demasiado peligroso. Para eso tienes gente contratada. Los pagas por hacer esa clase de trabajo. De todas formas necesitas poner al día tus cuentas. Una vez que hayas hecho esto, no habrá que hacer mucho para mantener el proceso.

—Yo soy la dueña aquí. Yo diré lo que puedo hacer y lo que no. ¡Eres tan mandón! Este lugar no es tuyo.

—Todavía.

—¡Nunca! Si quiero ayudar con las alambradas, lo haré. ¿Por qué es peligroso?

—En primer lugar, no eres suficientemente alta. Es un trabajo físico agotador. Si el alambre se rompe cuando lo estás estirando, es como el filo de una cuchilla, golpeando todo lo que se ponga en su camino.

Ella le miró y estaba abriendo la boca para contradecirlo,

cuando él continuó despiadadamente sin concederle un momento para hablar.

—Segundo, es casi el día de pago. ¿No crees que deberías poner tus cuentas al día para saber si tienes suficiente dinero en el banco para pagar a los hombres?

—Estoy segura de tener dinero suficiente —murmuró, intentando liberar su brazo. Quería poner algo de distancia entre ellos, para no echarse sobre él y mendigar otro beso. O pegarle un puñetazo por ser tan mandón—. ¿Cómo les pagaban antes?

—De la finca, Richard les pagaba de la cuenta.

Ahora que tú eres oficialmente la titular, tienes que pagarles tú.

—¿Cómo sabes…? —se calló. Cotilleos de ciudad pequeña. ¿Es que nada era secreto allí?

—Bien, estaremos fuera la mayor parte del día. ¿Estarás bien aquí sola? —preguntó él, sus dedos soltando su brazo, recorriéndolo lentamente, sintiendo su calor bajo el algodón de la camisa.

—Claro.

Kalli se estiró hasta alcanzar toda su altura de su metro cincuenta y cinco y levantó la barbilla.

Él asintió, sus ojos oscuros y sin comprender. Lentamente, se inclinó y posó su boca contra la de ella.

Él se apartó y la soltó, disponiéndose a marcharse.

—¿Trace?

—¿Sí?

—No dejes que se rompa el alambre.

Él asintió y se marchó.

A media tarde estaba casi ciega de trabajar con el ordenador. Guardó todo lo que había hecho y se reclinó en la silla, masajeando sus doloridos hombros y cuello.

Dios, qué cansada estaba. Miró por la ventana para aliviar la presión en los ojos y sonrió. La vista era impresionante. El granito de los Grandes Tetón se alzaba poderoso en la distancia, agreste y escarpado contra el claro cielo azul. Las colinas estaban verdes por la hierba primaveral, el álamo junto a la casa temblaba en una brisa invisible.

Se estiró lentamente. Se sentía mejor, ya no tan entumecida. Quizá daría un breve paseo a caballo. Quizá incluso fuera a ver como iban las alambradas.

Naturalmente estaba el problema de ensillar el caballo. Tendría que inventar algo.

Apagó el ordenador y fue a ponerse las botas. En un momento estuvo lista.

Cuando Kalli salía de casa por la puerta trasera, Becky Longford entró cabalgando en el patio, su potro Appalloosa del tamaño justo para ella.

—Hola —dijo Kalli cuando la jovencita llegó a su lado. Tendría que conseguir una montura más pequeña, como la de Becky.

—Hola. He venido a ver a mi papá —dijo Becky, mirando hacia el establo.

—Está fuera, arreglando las alambradas.

—Ah. ¿No sabes dónde?

—En el límite de propiedad entre nuestros dos ranchos, creo. ¿No lo has visto cuando venías hacia aquí?

—Fui por la carretera la mayor parte del tiempo. No está muy lejos por ese camino. ¿Por dónde se fueron?

—Si no te importa esperar un minuto, yo también estaba a punto de salir a caballo. Podría hacerte compañía si quieres.

Y ver a Trace. Becky dudó un momento, luego se encogió de hombros.

—Claro ¿por qué no? —llevó su caballo hacia el establo, haciéndole ir al paso junto a Kalli—. ¿Necesitas ayuda para ensillar tu caballo?

—Me vendría muy bien —contestó Kalli, sorprendida por aquella oferta.

Cuando llegó al establo, Kalli esperó en la puerta a que Becky desmontara y atase su caballo a uno de los travesaños del picadero.

—¿Qué caballo quieres? —preguntó Becky, mirando a través de las barras al interior del picadero. Había varios caballos dormitando en el sol de la tarde.

—No sé. ¿Tiene importancia? —preguntó Kalli.

—Supongo que no —dijo Becky tras mirarla un momento—. ¿En cuál montaste la otra vez?

—En uno marrón.

Becky hizo una mueca de impaciencia y miró a los caballos que se movían de un lado a otro.

—La mayoría son marrones. ¿Montaste en Stony, en Billy o en

Román?

—No lo sé. En cualquiera que tu padre me ensillase.

Kalli se acercó para estudiar los caballos, intentando recordar en cuál había montado antes. Le parecían todos iguales, grandes.

—Entonces nos llevamos a Stony —anunció Becky, encaramándose a la valla.

En sólo unos minutos había atado el caballo a la barra superior y estaba acarreando una silla una manta y unas bridas.

—Puedo ayudar —dijo Kalli, tomando la manta y las bridas. Sabía ya que la silla era demasiado pesada. ¿Cómo se las arreglaba Becky?

—Montar es un problema. ¿Tú cómo lo haces? —preguntó cuando Becky dejó la silla junto al caballo.

—Busco una valla o un tocón o algo, si no estoy en casa. ¿Puedes ensillarlo?

—Sé cómo hacerlo, pero la silla es demasiado pesada.

—Haz lo que puedas y te ayudaré a levantar la silla —dijo Becky, dando un paso atrás. Su expresión era desafiante.

«Sabré hacer esto?» se preguntó Kalli mientras se acercaba a aquel caballo tan grande. Pronto había colocado las bridas, luego tomó la manta de manos de Becky y la puso en su sitio.

—¿Cómo te las arreglas para ensillar tu caballo? —preguntó Kalli mientras luchaba con aquella pesada silla vaquera.

—Papá me hizo una plataforma. Ato el caballo junto a ella para cepillarlo y para ponerle los arreos. Mira, nunca conseguirás colocársela así.

Becky le ayudó a subir la pesada silla al lomo del caballo. Cuando estuvo colocada, el caballo se apartó asustado.

Becky agarró la cincha y empezó a apretarla. El caballo resopló, dio otro paso a un lado y caracoleó nervioso en el polvoriento picadero. Perseverando, Becky lo cinchó y estiró los estribos.

—Súbete a las barras y monta —sugirió Becky, escurriéndose entre los barrotes y dirigiéndose hacia su caballo, observando a Kalli.

Kalli intentó acercar a Stony a la valla, pero estaba asustadizo, daba brincos a un lado, caracoleaba, se movía. Kalli se subió a la valla de madera, puso un pie en el estribo y montó rápidamente, antes de que el caballo pudiera alejarse.

Apenas había tocado la silla, cuando el caballo estalló. Dio una coz, encorvó la espalda y se sacudió. Con la cabeza baja, corcoveaba una y otra vez. Kalli sintió como salía despedida de la silla y caía duramente sobre el trasero.

La segunda vez que intentó montar el caballo, éste se apartó. Un momento estaba sentada sobre él, el siguiente estaba volando por el aire. Su pie enganchado en el estribo. Cayó sobre el hombro, sintiendo cómo se le retorcía el tobillo antes de que el caballo saltara a un lado, sacándole la bota del estribo y evitando que fuera arrastrada por el polvo suave y seco. Sintió un duro golpe en las caderas. Anonadada por lo imprevisto de todo aquello, Kalli se quedó quieta, intentando recuperar el aliento, intentando ver si se había roto algo.

Había oído la risa de Becky al montar en el caballo la primera vez. Ahora sólo había silencio.

—¿Kalli? ¿Kalli, estás muerta?

—No, no estoy muerta.

Pero probablemente al día siguiente desearía estarlo. Se sentía como una gigantesca magulladura. Se intentó incorporar cautelosamente.

— No creo que me haya roto nada. ¿Qué ha pasado?

Se recostó sobre la cadera derecha, aliviando así el dolor en la izquierda. En el hombro derecho sentía un dolor punzante, todo su cuerpo estaba tenso y comenzaba a doler. Miró a su alrededor y vio a los demás caballos observándola mansamente. Su sombrero había caído a varios metros. Se puso sobre sus rodillas e intentó levantarse.

—¡Ay!

—Stony se encabritó y saliste volando —dijo Becky, sentándose y observando a Kalli asustada—. ¿Estás bien?

—¿No deberías sujetar el caballo? No quiero que venga dando coces hasta aquí

—dijo Kalli, observando cautelosamente a Stony.

Becky se acercó al asustadizo caballo y agarró las riendas. En un momento lo desensilló y lo dejó suelto. Guardó el equipo, echando todo el tiempo miradas preocupadas a Kalli.

—¿Podrás llegar hasta la casa? ¿Me voy a buscar a papá?

Kalli casi gritó. Lo último que le faltaba era que Trace la

encontrara allí. Ya tenía una opinión muy baja de sus habilidades rancheras, aquello no haría más que confirmarla.

—No, no avises a tu padre. Si me ayudas a levantarme, podré ir a la pata coja hasta casa.

Volvió a ponerse de rodillas, teniendo cuidado con su pie herido. Se puso en pie sobre su pierna buena, utilizando a Becky como apoyo. Lentamente fueron hasta el portón, lo atravesaron y se dirigieron hacia la casa. Cada paso la atravesaba como un cuchillo. Su parte izquierda entera abrasaba.

—Los caballos a veces se encabritan —dijo Becky mientras ayudaba a Kalli—.

Tienes que estar alerta y estar preparada. A mí nunca me tiran —añadió orgullosa—.

Y a mi padre tampoco.

—Bien, bravo por vosotros. Yo todavía soy nueva en esto.

—No perteneces a este lugar. He oído a mi padre decir eso. Deberías irte a tu casa. Esto demuestra que no puedes ser una ranchera. A los rancheros nunca los tiran.

Kalli no iba a discutir con ella. En aquel momento no estaba muy segura de que Becky no tuviera razón.

El ronco rugir de una camioneta sonó en la distancia, se hizo más fuerte hasta estar justo afuera. Kalli sintió tensarse sus entrañas. Quizá era Charlie, quizá le podría ayudar a llegar hasta su cuarto.

—Es papá —dijo Becky con una sonrisa. Salió corriendo de la casa y fue volando al encuentro de su padre—. Papá, más vale que entres a ver a esa señorita de ciudad. Se ha caído y se ha hecho daño. Probablemente tenga que ver al médico —dijo Becky en cuanto Trace hubo parado la camioneta.

Ante estas palabras, Trace olvidó su extrañeza por el hecho de que Becky estuviera allí. Por un momento se sintió enfermo. ¿Qué le había pasado a Kalli?

¿Estaba bien? ¿Necesitaría realmente ver a un médico?

—¿Qué ha pasado?

—Ven a ver.

Becky se volvió y entró corriendo en la casa con Trace pisándole los talones.

—¿Qué te has hecho? —preguntó Trace acercándose e

inclinándose sobre ella.

Parpadeando para controlar las lágrimas, Kalli intentó sonreír.

—Nada, una pequeña caída del caballo. Una gran estrella del rodeo no se habría dado ni cuenta.

—Ah, maldición, nena. ¿Te has hecho daño?

Ella asintió, preparada para su sarcasmo, no para su preocupación.

—Creo que me he torcido el tobillo.

Él tanteó la bota, firmemente pero con suavidad.

—Ya está hinchado. ¿Cómo ha ocurrido?

Continuó examinando su pie, su tobillo, su pierna, mientras ella le contaba su malogrado intento de montar. Cuando Trace hubo terminado, le miró a los ojos brillantes.

—Le he dicho que los rancheros no se caen del caballo —dijo Becky, poniéndose junto a su padre y mirando a Kalli.

—No me caído. Stony me tiró —aclaró Kalli.

—¿Stony? —preguntó Trace incrédulo—. Si es de lo más manso.

—Vaya, pues si es manso, me gustaría ver uno agresivo.

Suavemente, Trace tiró de su bota. Una ardiente punzada de dolor atravesó su pierna.

—¡Ay! Maldita sea, Trace ¿Qué estás intentando hacer, arrancarme el pie?

Se le saltaron las lágrimas y cayeron hasta su sucia camisa. Ahora el dolor era peor. ¿Qué era, una especie de sádico?

—Sólo estoy viendo cómo es de grave. Tendremos que cortar la bota. No habrá manera de sacártela si ese tironcillo ya te dolió tanto.

—No, mis botas nuevas no —protestó ella.

—Estoy abierto a otras sugerencias —dijo él, mientras se levantaba y tomaba un cuchillo del cajón de la cubertería.

Ella lo vio acercarse, luego miró con tristeza sus elegantes botas vaqueras.

—Te compraré otro par —dijo él sardónicamente mientras se arrodillaba a su lado. Dejó su sombrero en la mesa y deslizó la cuchilla entre su pierna y el borde de la bota, cortando el blando cuero como si fuera mantequilla.

Ella apretó los dientes. Sabía que estaba intentando ser cuidadoso, pero aun así dolía. Finalmente la bota estaba fuera.

Inmediatamente se sintió mejor.

Él se levantó y la tomó en brazos. Se dirigió hacia la habitación e indicó a Becky que preparara una bolsa de hielo.

Cuando abrió la puerta con el hombro, advirtió que ella había hecho la cama.

Por un momento sus ojos se encontraron y ambos recordaron aquella mañana.

Lentamente la colocó en el colchón, cuidando de evitar que se lastimara el pie.

Kalli se recostó, gimió débilmente y se echó sobre el lado derecho.

—¿Qué más? —preguntó él.

—Aterricé en mi hombro, supongo que estará también contusionado.

El le desabrochó la camisa y descubrió sus brazos. La pálida piel del hombro mostraba una fea mancha morada, mayor que su mano.

Kalli sujetó la parte delantera de su camisa sobre sus pechos. Miró su hombro y frunció el ceño.

—Estoy segura de que no es más que un moretón.

Él tomó su brazo, haciendo que ella soltara la tela y lo dobló lentamente, con delicadeza.

—¿Qué tal esto?

—Muy bien, doctor.

Tiraba un poco, pero estaba segura de que no había nada roto.

—No seré un médico, pero sé algo de las heridas que se hace la gente al caer del caballo. Probablemente tengo más experiencia en esto que la mayoría de tus médicos de Boston juntos.

—Probablemente —dijo ella sonriendo—.Y apuesto a que también de primera mano.

—Ganarías la apuesta.

—Aquí está el hielo.

Becky estaba en la puerta, observándolos con desconfianza.

Trace se levantó y fue a por él.

—¿La vas a llevar a la ciudad? —preguntó la niña.

—No.

—Pero seguramente tenga que ver a un médico. Y luego podrá volver a su casa.

—¿A su casa?

—No es una ranchera, papá. Eso has dicho y lo de hoy lo demuestra. Debería volverse a Boston y dejarte a ti el rancho.

—Eso debería, cielo —dijo Trace sonriendo y acariciándole el pelo—. Pero apuesto a que no lo hará.

—Y ganarías —exclamó Kalli, fastidiada porque incluso su hija quería que se fuera.

Becky miró a Kalli desde detrás de su padre, con una expresión que denotaba ira y frustración.

—Si mi Papá no te estuviera ayudando, te habrías ido en menos que canta un gallo. No sabes nada de ranchos.

—Ya basta, Becky —dijo Trace severamente. Puso la bolsa de hielo en el borde de la cama y miró a Kalli—. ¿Dónde guardas los camisones?

—Duermo en camiseta —contestó ella, recordando aquella mañana—. En el segundo cajón a la izquierda.

Trace sacó una camiseta de marinero que llevaba Boston Red Sox escrito en grandes letras rojas.

—¿De quién es esto?

—Esa es una de mi hermano Pete —dijo ella.

—¿Puedes arreglártelas sola o necesitas ayuda?

—Me las arreglaré.

—¿Qué pasa con tus vaqueros?

Sus vaqueros. ¿Cómo iba a quitárselos sin lastimarse el tobillo?

—Becky, ve al baño a buscar una aspirina. Trae también un vaso de agua —ordenó Trace.

Cuando la niña se hubo ido, se acercó para ayudar a Kalli. Abrió el cierre, bajó la cremallera. Sin reparar en las braguitas de color rosa pálido que apenas la cubrían, levantó sus caderas e hizo pasar los vaqueros por ellas. La dejó de nuevo en la cama y le quitó los vaqueros delicadamente, como si fueran una piel, teniendo cuidado con el tobillo herido. Su frente se cubrió de sudor por el esfuerzo que le suponía no buscar con la mirada la sombra oscura detrás de aquel encaje rosa pálido. Los muslos de Kalli eran esbeltos, bien formados, suaves. Cuando le quitó los calcetines, descubrió que su pie era pequeño, delicado, como todo lo demás en ella. Sus dedos deseaban desesperadamente acariciar aquella piel satinada, subir hasta la cima de sus muslos y sentir de nuevo su ardor profundo y fogoso.

Kalli intentaba cubrirse los senos con la camiseta de marinero, sintiéndose desorientada y temblorosa. Sabía que él sólo le estaba ayudando, pero el tacto de sus manos en sus piernas era casi más de lo que podía soportar.

Sus miradas se encontraron, largo rato. El fuego que había sido almacenado, comenzaba de nuevo a crecer. Trace se inclinó lentamente y la incorporó, sin dejar nunca de mirarle a los ojos. Y como si fuera en cámara lenta, le puso la mano en la espalda y le soltó el sujetador. Le quitó la camiseta de los dedos sin vida y acabó de quitarle la camisa y el sujetador. Era tan hermosa. Sus pechos eran firmes y redondos, coronados por pezones rosados que ya estaban tensos, llenos de promesas.

Era tan esbelta y suave, como la más dulce flor en primavera.

Trace quería tocarla, sentir la textura de seda de su suave piel. Probar el singular sabor de su cuerpo. Perderse en ella y olvidarlo todo. Pero escuchó el agua

corriendo en el baño y supo que su hija volvería en unos momentos. Apenado, entregó la camiseta a Kalli y se levantó, dando tres difíciles pasos atrás.

Mientras Becky doblaba la ropa de Kalli y la colgaba en una silla, Trace encontró un pañuelo y vendó el tobillo.

—Esto tendrá que bastar de momento. Tenemos un botiquín completo en casa y voy a traer una buena venda para inmovilizarte el pie. Si no te sientes mejor mañana, quizá vayamos a la ciudad a hacerte una radiografía.

—Sólo es un esguince. Ya está mejor —dijo Kalli, recostándose en las almohadas. Le dolía todo de los pies a la cabeza y probablemente sería así durante un par de días. Pero no era nada serio. Y aún dirigía su rancho. Esperaba que Trace comprendiera aquello.

—Gracias por vuestra ayuda —los dijo.

Trace asintió, poco dispuesto a irse. Parecía tan pequeña, tan indefensa en aquella cama tan grande. ¿Cómo iba a apañárselas?

—Trace, antes de irte díselo a Charlie y Josh ¿vale? Pueden venir a ver cómo estoy —dijo Kalli.

—Volveré para hacerte la cena, asegúrate de estar bien para la noche.

—No hace falta. Puede encargarse uno de los hombres.



—¡Volveré yo!

Capítulo Seis

Cuando Kalli despertó, estaba oscuro. Se quedó quieta en la noche silenciosa, reacia a moverse. Le dolía todo de pies a cabeza. El tobillo escocía ligeramente, lo suficiente para recordarle que estaba allí pero no para despertarla. Su hombro estaba tenso. Se echó sobre un lado, reprimiendo un gemido. Se sentó en el borde de la cama. Lentamente se levantó y fue saltando sobre una pierna hasta el baño, cada paso traspasando su cuerpo ya dolorido.

Cuando volvía, la luz de la entrada se encendió, luego la puerta de su cuarto, que había quedado entornada, se abrió de golpe. La silueta de Trace se recortó en el umbral.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, percatándose de su aspecto desaliñado, su pelo despeinado, la camiseta que le llegaba a los muslos, la pierna doblada que estaba intentando evitar poner en el suelo.

—Tenía que ir al baño. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella beligerante, agarrándose a la jamba de la puerta del baño. «Esto será el mejor ataque», se dijo a sí misma mientras sentía que una ola de puro placer se rompía sobre ella meramente ante la vista de él.

—Cuidarte.

Trace cruzó la habitación y la levantó en los brazos. Volviéndose, empezó a caminar hacia la cama.

—No quiero volver a la cama. He estado durmiendo durante horas y tengo hambre —dijo ella, rodeando su cuello con un brazo, intentando mantener algo de prudente distancia entre ellos.

Lo que era tan fácil como mantenerse sobre un caballo encabritado. Por fuerza estaba apretada contra su pecho. Los fuertes brazos que la mantenían aprisionada eran cálidos bajo sus piernas desnudas, a través del fino algodón de su camiseta. La cara de Trace sólo estaba a unos centímetros de la suya. Podía ver las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos negros y sentir su olor penetrante. Él dudó, después se volvió hacia la puerta abierta.

—Te haré algo de comer.

—Pensé que te había dicho que se lo dijeras a Charlie o a Josh. Charlie me podría haber traído algo de cenar.

—No tengo la intención de dejar que una panda de vaqueros asalten tu cuarto contigo vestida así —murmuró él cuando llegaron a la cocina.

—Yo soy la dueña aquí —dijo ella, impotente.

—Tú eres la dueña, pero las órdenes las doy yo —replicó Trace, dejándola suavemente en una silla—. ¿Qué quieres comer?

—¿Qué más da? Tu decidirás y me darás lo que quieras.

—No te enfurruñes, es impropio —le reprendió él con delicadeza. Después de tan sólo unos minutos estaba cortando verduras y queso para una tortilla.

—No estoy enfurruñada. Me frustras un montón, Trace — rezongó ella, observándolo trabajar. Era extraño tener a un hombre tan ostentosamente masculino en la cocina cocinando para ella. A pesar de su desenvoltura en la tarea, parecía fuera de lugar.

—Frustrada ¿eh? —repitió él, esbozando una sonrisa—. Puedo ocuparme de eso cuando hayas comido, nena.

—¡Maldita sea! Eso no es lo que quiero decir y tú lo sabes. No me escuchas nunca. Te digo todo el tiempo que estoy aquí para quedarme y tú actúas como si estuviera de visita y me fuera a marchar antes o después. Te digo todo el rato que este lugar es mío y que yo lo llevaré y tú me ignoras como si fuera una mosca molesta. Estoy harta.

—¿Qué esperabas? —dijo él, dejando el cuchillo en la mesa y mirándola—. Has conseguido este rancho por un golpe de suerte, como si hubieras ganado un juego de poker en el que se apostaba alto. No sabes nada de ranchos o ganado. Ni siquiera vienes del mundo de los negocios. Y si no te basta con tu falta de conocimientos, además no perteneces aquí. Eres enfermera. De Boston. Una chica de ciudad. La soledad de Wyoming te vencerá en poco tiempo. No aguantarás un invierno aquí, bloqueada por la nieve durante semanas interminables, sin vecinos, sin fiestas, tiendas, cines. Nada, salvo el frío, el viento y la nieve.

Kalli golpeó la mesa con el puño.

—No sabes nada de mí. ¡Quiero estar aquí! Y sacaré esto adelante. No me marcharé ante los primeros problemas. Si fuera a hacer eso, ya me habría ido hace tiempo, porque problemas es lo único que me has dado. Lo siento, si no has conseguido el rancho como querías. Siento interponerme en tu camino, pero tío Philip fue

el dueño de todo esto durante años y después de todo tú sobreviviste.

Ahora seguirás sobreviviendo sin el rancho. ¡Estoy aquí para quedarme, así que déjame en paz!

Él se puso derecho. Asintió lentamente.

—Es verdad. Es lo que debería haber hecho todo este tiempo. Dejarte en paz. Lo último que puede soportar una mujer, es que la dejen en paz.

—¡Vete al infierno! —gritó ella enfurecida—. Te crees que eres irresistible, pues muy bien, yo puedo resistir al más pintado.

—¿Como hiciste esta mañana? —dijo él, sarcástico, sus ojos negros como la tinta amenazándola con mirada severa.

—Aquello fue especial —dijo quedamente, con dolor. Sus dudas volvieron a despertarse. ¿Había estado sólo seduciéndola a causa del rancho? ¿No había significado nada para él?

—Me mantendré al margen. Desde ahora estarás sola, nena. La oferta de compra se mantendrá. Cuando te canses de jugar a los rancheros, avisa a Richard y podremos cerrar el negocio.

Trace pasó junto a ella, el ruido de sus botas resonando en el súbito silencio.

Recuperó su sombrero y salió por la puerta trasera. Kalli se quedó quieta, sintiendo disolverse sus entrañas. Quería que se quedase. Que terminara la cena que le estaba preparando. Quería su ayuda. Quería sus órdenes autoritarias. Quería más de sus besos.

Se levantó y fue lo más rápido que pudo a la puerta, sin poder evitar que su pie herido tocara el suelo a cada paso. El dolor subió como un disparo por su pierna, pero ella no hizo caso. Abrió con violencia la puerta de madera, empujó la mosquitera y gritó en el porche:

—¡Trace!

Ya estaba en su camioneta, con el motor encendido. Durante un largo momento el aire vibró con el ronco rugido de la gran camioneta. Luego él paró el motor y el silencio fue ensordecedor.

La sangre bombeaba por sus venas, rugiendo en sus oídos mientras se esforzaba por ver algo en la oscuridad. A su izquierda el suave resplandor del barracón iluminaba una parte del patio. Detrás de ella brillaba la luz de la cocina, pero más allá sólo había oscuridad. Intentó distinguirlo, pero solamente pudo oír abrirse la

puerta de la camioneta y cerrarse después. Sólo pudo oír el crujir de la grava bajo sus botas según él se iba acercando.

—¿Qué?

Trace entró en el círculo de luz que se derramaba por la puerta y se quedó mirándola. Tenía el sombrero calado hasta las cejas y las piernas abiertas en una pose arrogante. Ella estaba dos escalones más arriba y aquello la hacía una pizca más alta de lo que era.

—Lo siento. Por favor, lo siento. Intenta entender mi punto de vista. He querido vivir en un rancho desde que era una niña, desde mi primera visita. Toda mi vida he estado deseando esto. El que me dieran esta oportunidad ha sido como un sueño que se hace realidad. ¿Es que tú nunca has tenido un sueño? ¿Un sueño maravilloso que es tan especial que no puedes creértelo cuando se hace realidad?

Él la miraba, observando cómo intentaba explicarle aquello, los labios tensos, los ojos entrecerrados.

—Sé que no sé nada de ranchos, pero estoy dispuesta a aprender. Sin embargo tú no estás dispuesto a darme la oportunidad de hacerlo. Cada vez que hago algo, me choco contra el sólido muro de tu desaprobación y aversión.

—Ya te dije antes que no es que me disgustes —dijo él, su voz dura, fría.

—Quizá físicamente. Pero aparte de eso no me quieres tener aquí. Lo has vuelto a decir hace unos minutos. Pero déjame decirte que me quedo. Estoy aquí para quedarme. Aunque acabe pegándole un tiro a mis reses una a una para comer para vivir, me quedaré. Si tengo que comprarme un pony porque no pueda ensillar un caballo grande, lo haré. Si tengo que inventar mi propio sistema de cuentas porque no sea capaz de entender ese maldito ordenador, lo haré. Pero estoy aquí para largo

—tomó aliento, los ojos fijos en los de él—. Quiero que me ayudes. Dame una oportunidad. Una verdadera oportunidad. Por favor, Trace. Sé que a ti no te va a traer ventajas, pero por favor, dame una oportunidad. Enséñame lo que necesito saber. Déjame tener la posibilidad de quedarme.

—Puedes quedarte, no me necesitas.

—Sí te necesito para sacar esto adelante. Por favor, Trace, te daré todo lo que quieras menos el rancho. Ayúdame.

—¿Y si el precio es demasiado alto?

Iba a hacerlo. ¡Iba a ayudarla!

—No lo será.

—¿Y si te deseo a ti?

—Tonto, ya sé que me deseas. Lo has dejado muy claro todo el tiempo. Y todo el tiempo has dicho que no tenía nada que ver con el rancho.

—¿Y bien?

—Y yo te deseo a ti —contestó Kalli tragando saliva—. No te estaba engañando antes, lo de esta mañana fue muy especial para mí.

—Maldición.

Tiró de ella, haciéndola perder el equilibrio y chocar contra él. Sus brazos se estrecharon a su alrededor hasta que pudo sentir sus senos presionando con intimidad contra su pecho, pudo sentir el calor de su vientre en el suyo, la suave fuerza de sus muslos haciendo juego con los suyos. Apretó su cara en la fragancia de fresa de su pelo, la abrazó estrechamente, dejando que su misterio femenino lo calmara, lo inflamara. ¡Dios santo, cómo la deseaba!

Con un gemido él le echó la cabeza hacia atrás y capturó aquellos labios con los suyos. Llamas de deseo ardían entre ellos mientras se esforzaban por acercarse el uno al otro. Su boca abrió la de ella y cuando su lengua empezó con sus exploraciones, ella le secundó, atrayéndolo, tentándolo.

Al cambiar ligeramente de posición, Kalli apoyó su peso en el pie herido y se le clavó el dolor. Gimió involuntariamente, alejándose de aquello.

Trace se echó hacia atrás con los ojos confusos por un momento, luego la realidad se impuso.

—Un movimiento estúpido por mi parte.

La levantó y se dirigió hacia la habitación iluminada, al otro lado de la puerta mosquitera. La dejó en una silla, se sentó en cuclillas y se quedó mirándola, apartando delicadamente con una mano lon mechones de pelo que le caían a Kalli por la cara.

—No pares —susurró ella acariciándolo la mejilla con la mano, sintiendo la rasposa barba de todo el día—. En cualquier caso no necesito ese pie para nada —añadió, inclinándose hacia adelante y acariciando sus labios con los suyos.

—Estás llena de moretones y tienes un esguince en el tobillo. Y tienes hambre, o al menos eso es lo que dijiste —contestó él levantándose.

Colgó su sombrero en el perchero y se volvió hacia el mostrador. Ella frunció el ceño.

—No quiero parar —dijo observándolo. ¿Por qué habría parado?

—Cariño, cuando tú y yo nos amemos, será algo salvaje, y no quiero tener que echarme atrás por miedo a hacerte daño. Podemos esperar. Después de todo ¿no acabas de insistir en que estás aquí para largo?

Su voz tenía un filo duro. Ella asintió. Qué hombre tan complejo. Había estado segura de que la llevaría directamente a la cama y le haría el amor hasta el amanecer.

Sin embargo parecía dispuesto a esperar.

Cerró los ojos, crepitando con el recuerdo de aquella mañana. Recordando lo que él acababa de decir. Cuando se amaran sería algo salvaje. Su corazón latía deprisa. Ya el mero hecho de estar a su lado era algo salvaje. ¿Cómo sería hacer el amor?

—¿Así que me vas a ayudar a aprender a llevar un rancho? —preguntó.

—A llevar un rancho —contestó él con una sonrisa torcida—. Maldición, supongo que sí. No vas a durar.

—¡Déjalo! No quiero oírlo. Puede que tengas razón, pero eso no significa que quiera oírlo todo el rato. Además si no me ayudas, se lo venderé a otro si no me las arreglo yo misma —dijo Kalli, amenazante.

—¿Ah sí? Nadie más ha hecho una oferta que yo sepa —dijo él tranquilamente.

No estaba preocupado. El único que podía querer las tierras de Kalli, era el rancho Barra M, que colindaba con una esquina de sus tierras cerca del río. Y Bob Marshall nunca había expresado deseo alguno de expandir su rancho. Trace no

estaba preocupado. Antes o después aquella señorita de Boston reconocería que no era una ranchera y se largaría a la gran ciudad a donde pertenecía.

Lo que le preocupaba era su propia reacción personal ante ella. Muy personal.

La deseaba corno no había deseado nunca a nadie. Incluso la

atracción sexual de Alyssa cuando él era un joven y mujeriego vaquero de rodeo, empezaba a no poder compararse con la de Kalli Bonotelli. ¿Era solamente el celibato lo que lo empujaba?

Hacía mucho tiempo, pero ya antes había pasado largos periodos de tiempo sin mujer y nunca había sentido aquel… aquella ansia. Sabía que no tenía nada que ver con el hecho de desear su tierra. Si le traspasaba todo aquel mismo día, aún la querría en la cama.

Aquello no le gustaba. No le gustaba estar tan dominado por sus emociones que casi perdía el control. Y esa había sido la razón por la cual se había echado atrás aquella noche. Simplemente para probarse que podía. Que controlaba aquello.

Cuando juzgara que era el momento, la llevaría a la cama. Pero no cedería a sus instintos ante su bonita boca. Él elegiría el lugar y el momento.

—Mirar los huevos no los hará cocer —dijo ella suavemente y la cadencia provocadora en su voz le hizo volver en sí de un salto. La miró por encima de aquellos altos pómulos, su mirada fría y dura.

—No muerdas la mano que te da de comer.

Ella sonrió lentamente, seductoramente y sacudió la cabeza.

—No lo haría nunca —dijo en tono quedo, sosteniendo su mirada—. Quizá podría mordisquearla. Incluso mordisquear otra cosa…

El contuvo el aliento ante la imagen que danzaba ante él de ella echada en su cama, su boca en la de él, caliente y sexy. Quizá el momento y el lugar eran aquí y ahora después de todo.

Ella se rió de su reacción, complacida hasta lo indecible de ser capaz de despertar una reacción. Tal vez él no era tan inmune contra ella, como había pensado cuando la había apartado. Quizá quería realmente esperar hasta que estuviera curada para amarla mejor. Estaba excitada. Cuidadosamente hizo rotar su pie, incapaz de evitar una mueca de dolor. Maldita sea, quería curarse rápidamente, para ver lo que tenía en mente aquel vaquero para los dos.

Mientras, ocuparía su tiempo en aprenderlo todo acerca de llevar un rancho.

La tortilla estaba deliciosa. Trace encontró una vieja botella de vino y la compartieron, mientras Kalli le hacía cumplidos por la cena.

—No sabía que tuvieras tanto talento —dijo apartando su plato vacío—. Esto es mejor que cualquier cosa que podría haber traído Charlie.

—Charlie es un buen cocinero.

—Eso he oído. Pero esto ha sido maravilloso. ¿Cocinas en casa?

—No. Tengo un ama de llaves, Betty. Cocina, y se queda cuando necesito a alguien que esté con Becky.

—¿Es joven y bonita? —preguntó Kalli, jugueteando con el vaso de vino, dándole vueltas y vueltas al pálido líquido. Casi contenía el aliento esperando su respuesta.

Él se rió, se echó para atrás en la silla, sus largas piernas cruzadas por los tobillos. Enganchó los pulgares en su cinturón y se encogió de hombros.

—Supongo que su marido, Ed, piensa que es guapa. En cuanto a la edad, tiene unos cincuenta años.

¿Eso dónde queda, en tu escala de joven a viejo?

—Déjame ver, si un vaquero de rodeos es viejo a los treinta y cuatro…

—Bruja —dijo él, sin enfadarse.

Ella se rio y flirteó con él. Arrancándole cada momento de placer a la velada.

Temerariamente se alzó sobre su pierna sana y fue saltando hasta él, dejándose caer en su regazo. Le encantó su sorpresa cuando él se incorporó, juntó sus piernas para sostenerla, sus brazos rodeándola para que no cayera.

—¿Qué demonios…?

—Quiero que me beses —dijo ella, rodeando su cuello con los brazos, acurrucándose, sus pechos apretados contra él.

—Kalli, no. Te he dicho…

—Sólo un beso, Trace, nada más.

—Kalli.

—Sólo unos pocos besos, Trace. Luego me iré a la cama como una buena chica.

Kalli se rio y le besó la mandíbula. Pasó la boca abierta por su barba, saboreándolo con la lengua.

Él posó sus labios en los suyos y la encerró en un abrazo que los abrasó a los dos. Una mano la levantó por el trasero para subirla hasta el pecho mientras la otra se ensartó en sus suaves cabellos,

sujetándola para el beso. Su lengua la atormentaba, ahondando en la cálida dulzura de su boca para saborear cada parte de ella, saborear el vino y el sabor peculiar de Kalli. Los labios de Kalli se movían a la par que los suyos al contestar su ofensiva con abandono salvaje, al devolverle cada golpe de placer con uno propio.

—Basta.

Él se detuvo, abrazándola aún con fuerza contra su pecho, su aliento cálido derramándose por los hombros de Kalli. Kalli advirtió inconscientemente que estaba respirando tan irregularmente como ella. Perfecto, no quería ser la única a la que

afectara aquel beso. Se sentía como si fuese a derretirse en un diminuto charco.

Lentamente su respiración se hizo más firme. Volvió la conciencia y con ella un dolor acuciante.

—Trace, me estás tirando del pelo —susurró, incapaz de moverse.

—Lo siento, pero tenía que agarrarme a algo o arrancarte esta camiseta, arrojarte sobre la mesa y tomarte allí mismo. Te dije que esperaríamos.

—Siempre me estás mandando cosas. ¿Por qué no me las explicas para que comprenda, en vez de estar dándome órdenes? —dijo ella, echándose para atrás lo suficiente como para mirarlo a los ojos.

—He sido el jefe tanto tiempo, que no estoy acostumbrado a explicar las cosas

—contestó él, mirándola.

—Incluso los cirujanos explican a sus humildes enfermeras por qué prescriben un tratamiento u otro a los pacientes. Si me dieras razones, a lo mejor no reaccionaría tan agresivamente ante tus órdenes.

—¿Así que darte razones hará que dejes de discutir a cada paso?

—Bueno, no he prometido exactamente eso. Pero contribuiría mucho a una mejor armonía entre nosotros.

—Creo que la armonía que hay entre nosotros es suficiente —dijo él, acariciando levemente su cadera con su áspera mano.

—Deja eso o no me iré a dormir nunca.

—Que es lo que te hace falta —dijo él, levantándose y llevándola sin esfuerzo alguno al dormitorio—. ¿Estarás bien

durante la noche?

—Si estás preocupado por mí, podrías quedarte —dijo ella, tapándose con la sábana, intentando distinguir su expresión a la tenue luz que entraba desde el pasillo. Trace no había encendido la luz del cuarto.

—Ni hablar. ¿Qué pensaría mi hija?

—¿No está ya durmiendo?

—Sí, desde hace horas. Es más de medianoche, cariño, concédeme una pausa.

Necesito descansar.

—¿Y no lo conseguirías aquí? —preguntó ella con fingida incredulidad, temblando de placer al hacerlo rabiar.

—No, y lo sabes. Volveré antes del desayune.

—Charlie…

—Maldita sea, Kalli, déjalo. Dije que yo cuidaría de ti y lo haré.

—¿Qué eres, el perro dominante y yo tu hueso? Muy bien. Vuelve por la mañana.

—Kalli, ¿sabes que todavía quiero tu rancho? —su voz era baja su tono serio.

—Creía que no sacarías todo el tiempo ese tema.

—No lo haré. Ya no hablaré más de ello— Pero quiero que sepas que quiero tus tierras. No importa lo que pase, no pienses que está ocurriendo lo que no está ocurriendo. Antes o después poseeré las Tres Tes.

—Olvídalo, Trace.

—Sólo quiero que lo sepas.

—Ya lo sé. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo que tome demasiado en serio este asunto entre nosotros y crea que estás enamorándote de mí? ¿O yo de ti?

—Yo soy inmune, pero, ¿y tú?

—¿Te crees que soy una jovencita ingenua que se enamora del primer vaquero que pasa, verdad?

Ahora su corazón golpeaba alocadamente. No tenía nada que ver con él. Era atractivo. Era tentador. Le hacía experimentar sensaciones que antes no había sabido que existieran siquiera. Pero no se enamoraría de un hombre que desconfiaba de las mujeres tanto como él. ¡Desde luego que no!

—Desde luego que no. ¿Con cinco hermanos, me tomas el pelo?

—No vivías en casa, estoy seguro de que sabías ser discreta.

—Lárgate, Trace. Esta conversación se está volviendo más personal de lo que quisiera. Puede que no sea tan diestra en estas cosas como tú, pero no soy virgen, si es eso lo que te preocupa.

Él estaba intrigado. Ella era de Boston y hacía una década que había salido del instituto. Con toda seguridad habría tenido unos cuantos romances. ¿Cómo habrían sido los hombres? ¿La habrían satisfecho? ¿Estaría buscando todavía el amor de los cuentos de hadas o estaba intentando conseguir un buen partido?

—Nunca creí que fueras virgen. No besando así.

Kalli se puso contenta. Por lo menos hacía algo bien.

—¿Quieres otro antes de irte?

—Sí, sólo que entonces no me iría. Buenas noches Kalli. Espero que duermas bien.

—Gracias. Tú también.

Ya, muy bien. Él tenía tantas posibilidades de dormir, como ella de correr una maratón al día siguiente. Estaba cansado, pero su mente estaba demasiado llena de ella para relajarse, para dormir. Apenas llegaría a casa antes de que fuera hora de levantarse. Iba a ser una larga noche.

Capítulo Siete

Era media mañana cuando Trace entró con la camioneta en el patio de Kalli y se detuvo junto a la puerta de la cocina. Se había ocupado de algunas cosas en casa, dejando dormir a Kalli. Cuando abrió la puerta mosquitera, se sorprendió de verla junto al fregadero, lavando los platos. Se sostenía en un par de viejas muletas, sus largas piernas desnudas y morenas bajo un par de shorts blancos, indecentemente cortos. Su camisa de algodón amarilla era ajustada y mostraba cada curva visible, mejor incluso que las camisetas con las que dormía. Se paró de golpe y se quedó mirándola.

Ella se volvió y le sonrió. Sus ojos estaban brillantes y refulgentes, su pelo negro recogido en una gruesa coleta.

—Te has dormido —dijo.

—Pensé dejarte hacerlo a ti. ¿Desde cuándo estás levantada?

—Desde hace siglos. Charlie pasó a ver cómo estaba, pero ya estaba levantada y vestida, así que deja de hacer esa mueca de disgusto. Encontró estas muletas para mí.

Parece que hace unos años un vaquero se rompió la pierna y las utilizó. Hubo que ajustarías para mí, claro.

Dejó su sombrero en el perchero y cruzó la habitación para servirse una taza de café. Se la tomó apoyado en el mostrador.

—¿Así que ya has comido?

—Sí, estoy terminando de recoger. ¿Qué has planeado hoy para mí?

—El rancho va atrasado con el recuento de reses de primavera. Hablaremos de eso.

—¿Vamos al despacho? —preguntó ella radiante.

—Sí, el despacho está bien.

Sin esperarla, Trace se separó del mostrador y cruzó la sala.

Cuando Kalli llegó a la habitación que su tío había utilizado como oficina del rancho, Trace estaba sentado ante el escritorio, mirando las pilas de facturas e informes.

—¿Por dónde vas?

—He llegado a abril —contestó ella, dejándose caer en una de las confortables sillas al otro lado del escritorio. Dio la vuelta a otra

silla y colocó en ella su tobillo herido.

—¿Cómo va el tobillo? —preguntó él, sin dejar de mirar las pilas que había hecho ella al organizar el material para pasarlo al ordenador, temiendo que si volvía a mirar aquellas piernas de seda, olvidaría a qué había venido.

—Mejor. Con las muletas me puedo mover más sin apoyarlo.

Él hizo girar la silla, se reclinó y la observó, cuidando siempre de mirarle sólo a la cara.

—Bueno, cuéntame lo que necesito saber sobre el recuento de primavera —dijo ella al prolongarse demasiado aquel silencio.

—Es un trabajo duro y sucio, se pasa calor. Hay dos opciones, tomárselo con tranquilidad y tardar varios días o ponerse con ello a tope y hacerlo lo antes posible.

—¿Cuál recomiendas?

—En mi rancho lo hago lo más rápidamente posible. Pero significa levantarse antes del amanecer y no parar hasta que ya no haya luz para ver nada.

—Haciéndolo así ¿cuánto se tarda?

—¿En La Nube Veloz? Una semana o más. Tiene una extensión mayor que esto.

Aquí sólo serán unos días. Pero necesitas un equipo mayor.

—¿Quieres decir que contrate a algunos vaqueros más?

—Sí. O que te ayuden tus vecinos. Aquí los ranchos normalmente escalonan sus recuentos, de manera que puedan ayudarse unos a otros. Además siempre hay gente que va de un lado a otro y busca un trabajo breve antes de marcharse al siguiente lugar.

—No conozco a ningún vecino más que a ti.

—Pero todos ellos conocen Las Tres Tes, y la mayoría ya lo habrán oído todo sobre ti. ¿Quieres pedirles ayuda?

—¿Y a cambio yo los ayudaré cuando lo necesiten?

—Tú y tus hombres, cuando os lo pidan —contestó él asintiendo.

—De acuerdo, si crees que funcionará. Puedo empezar a llamar hoy mismo. ¿A quién llamo?

Trace estuvo a punto de decir que él se encargaría de eso. Que él se encargaría de todo, pero dudó. Ella quería llevar aquel rancho ella misma, aquel era un momento como otro cualquiera para empezar. Para darse cuenta de todo lo que implicaba y de lo

complejo y difícil que era realmente.

—Te haré una lista de los hombres que deberías llamar. Diles que lo haces de mi parte —dijo él, sacando un bloc y empezando a escribir nombres en él.

—¿Si no te mencionase, obtendría la misma respuesta? —preguntó ella con cierta sospecha.

—Probablemente no —dijo él levantando la vista. Luego siguió escribiendo.

—No hay más rancheras por aquí. La mayoría de los hombres tienen puntos de vista un poco machistas.

—¿No me digas? —repuso ella sonriendo con sorna. Aquellos días había estado con el hombre más machista que había visto desde hacía años. ¿Cómo no habría sospechado que todo el mundo allí sería así?

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó él entrecerrando los ojos al levantar la vista.

—No, estoy acostumbrada a ello.

—Aquí está la lista. Escoge una fecha, empieza a llamar. Consigue reunir a tantos hombres como puedas. Cuando sepas cuantos vienen, tendrás que planear la logística del recuento. ¿Dónde vas a hacerlo, cómo vas a llevar comida y bebida a los hombres, qué pasa con el alimento de los caballos? ¿Los proporcionarás un sitio para dormir o volverán a sus ranchos cada noche? Según la distancia, eso acortaría la jornada de trabajo.

—Espera un momento. Tengo que poner todo esto sobre el papel.

Se acercó el bloc y empezó a tomar notas. Trace pasó el resto de la mañana discutiendo todos los aspectos con ella, explicándole cuando tenía preguntas, haciendo sugerencias cuando estaba completamente perdida. Un par de veces dio una orden para retirarla rápidamente ante una mirada de Kalli. Cuando él se levantó para marcharse, ella tenía un millón de cosas que hacer para organizar su primer recuento. Las tareas parecían insuperables y aquel era sólo un aspecto de un rancho en funcionamiento. Kalli tomó aliento. Iría paso a paso.

—¿Quieres quedarte a comer? —propuso, cuando Trace llegó a la puerta.

—No, tengo que volver a mi propio rancho antes de que se

arruine.

Ella dudaba de que hubiera sufrido en absoluto durante el tiempo que él había estado allí. Apostaba a que cada hombre en su rancho conocía su trabajo y lo hacía bien sin supervisión alguna. Trace no toleraría vagos.

Aquella tarde, Kalli empezó a llamar a sus vecinos, presentándose por teléfono y pidiendo su ayuda.

Según pasaba el día, no sabía si estar divertida o contrariada. Desde luego estaba exasperada por el tema común de todas las llamadas. «Creía que Trace iba a comprar ese lugar», había sido el comentario más común, o bien «Trace puede hacerlo». Pero en cuanto oían que era él quien le había dicho que llamara, rápidamente consentían en ayudarle. Se preguntó cual habría sido el resultado si Trace no hubiera estado de su lado.

Estaba haciendo más por ella de lo que se había dado cuenta. Habría sido más fácil para él, y le hubiera beneficiado más, ignorarla y dejarla ir sola dando tumbos.

Quizá hubiera acabado comiéndose sus propias reses para sobrevivir, como había amenazado.

Kalli consiguió ir hasta el barracón para cenar. Charlie había hecho un estofado delicioso y disfrutó de la camaradería de los hombres mientras compartían la cena.

Se empapó con las historias que contaban de calamidades y glorias pasadas.

Mientras se preparaba para acostarse, Kalli reflexionó sobre aquel día. Había sido magnífico. Excepto por el hecho de que echaba de menos a Trace ahora que se había ido. Ni siquiera la había tocado. Había pensado que sería más cariñoso, después de la noche anterior. Los besos que habían compartido, habían sido casi eróticos. Las sensaciones que despertaba en ella eran tan eróticas, que apenas podía soportar estar separada de él. Al menos podría haberla besado.

Sonó el teléfono. Se dejó caer en la cama y lo descolgó.

—¿Kalli?

—Trace, precisamente estaba pensando en ti.

—Sí, yo también. ¿Estás bien?

—Claro. Estoy en la cama.

Él permaneció silencioso, imaginándola en la cama. Quería estar

allí con ella.

—¿Trace? —dijo ella dulcemente, al alargarse el silencio.

—¿Sí?

—¿Has llamado por algo?

—Sólo para ver cómo estabas. ¿Qué tal tu tobillo?

—Está mejor. Sigue doliendo si cargo peso en él.

Se acordó de aquello en lo que había estado pensando y decidió ver como estaba la situación. Se sentía segura con él a varios kilómetros. En el peor caso, siempre podía colgarle.

—De hecho tengo otras parte que me duelen más.

Se reclinó en la almohada, sonriendo al teléfono, su voz baja y ronca.

—¿Cuáles, tu hombro?

—No, mis labios. Mis… pechos. ¿Sabes de alguien que pudiera besarlos y hacer que me sintiera mejor?

Su voz provocaba, deseaba, tentaba.

—Ay Dios —gimió él—. Maldición, Kalli, ¿por qué no caminas directamente desnuda delante de mí?

—¿Eso serviría de algo? —preguntó ella, sonriendo con tranquila satisfacción.

Tal vez él aún la deseara, aunque tuviera una extraña forma de demostrarlo, no haciéndole caso en todo el día.

—Iré para allá y veremos.

La dureza en su tono estaba falta de los tonos románticos que ella deseaba oír.

—¡No te atrevas! Estoy a punto de irme a dormir. Siento el cuerpo como si le hubiera pasado por encima una apisonadora. Mi tobillo me duele de verdad. Tengo que ponerme mejor antes de…

—¿Antes de…?

—Ya sabes.

—Tal vez sea mejor que me lo digas —dijo él con una risita.

—Trace, eres un ranchero, puedes imaginártelo.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes vacas y toros, caballos y yeguas.

—Cariño, lo que hay entre nosotros es más de lo que hay entre animales en celo.

Kalli sintió un calor que se extendía por todas sus células.

—Tienes razón —susurró.

—Ya lo creo, maldita sea. Vete a dormir —gruñó él.

Trace colgó el teléfono y fue a la ventana, mirando en la oscuridad en dirección a donde sabía estaba su casa. No podía dejar de pensar en ella. Y aquella provocadora conversación no le ayudaba. No podía negar el dolor que llevaba a todas partes al desearla. No estaba acostumbrado a mujeres como ella. Había estado encantada, entusiasmada cuando discutieron el recuento. No se había dejado vencer por todos aquellos detalles que requerían atención. No se había asustado por el trabajo que suponía. Se había tirado de cabeza. Feliz.

Había oído ya algo de Bob Marshall y Tom Hyden. Iban a mandar hombres al recuento y venir también ellos mismos para conocer a la nueva vecina y ver si era tan refinada como había dicho el director del banco.

Parecían contentos con Kalli. Frunció el ceño por un momento. No quería otros hombres a su alrededor. No quería que se integrara en la comunidad e hiciera amistades. No quería que hiciera nada que después le hiciera más difícil marcharse.

Era ya tan terca, el más mínimo apoyo sólo reforzaría su resolución de quedarse.

Apoyó el brazo en el marco de la ventana y se acercó al cristal, viendo su reflejo, viendo como éste desaparecía cuando la imaginaba a ella en la cama, con una de aquellas suaves camisetas que llevaba. Sus piernas estarían desnudas. Su negro cabello de seda estaría derramado por la blanca funda de la almohada, suave y

ondulado. Cerró el puño, intentando borrar la sensación de su pelo de las yemas de sus dedos. Le había respondido tan bien, a pesar de sus heridas, la noche pasada.

Dios santo, cuando había estado debajo de él aquella mañana en la cama, había necesitado de todo su control para no arrancarse los vaqueros y zambullirse en su húmedo calor.

Era tan bonita. Toda ella. Su pelo siempre estaba limpio y brillante y olía ligeramente a fresa. Amaba la sensación que le causaba en sus manos, tan ásperas. Se preguntó cómo era que le gustaban las rubias. Sus ojos brillantes siempre reían.

Bueno, casi siempre. Otras veces le miraban centelleando de ira. Y cuando la besaba, eran dulces como una aterciopelada noche de verano. Y tenía más pasión en aquel cuerpecillo suyo, que ninguna

que hubiera conocido antes.

Incluso más que Alyssa.

Maldición, no quería pensar en Alyssa. Pero debía hacerlo. Conservaba su foto junto a la cama para acordarse todos los días. Debía recordar lo loco que había estado por ella, casi tan loco como ahora por Kalli. Tan loco como para casarse con ella. Pero resultó ser un desastre. Ella se marchó, abandonándolo a él y a su hija. Llevándose todo el dinero que habían ahorrado para expandir el rancho. Dejando que su marido e hija tuvieran que luchar durante años para mantenerlo. Y había estado más acostumbrada a ranchos, vaqueros y a la vida que él llevaba que Kalli. Ingenua, optimista Kalli, que quería vivir en un rancho pero no tenía ni idea de lo que eso suponía. No, sería mejor que no olvidara a Alyssa y la lección que le había enseñado.

Se volvió disgustado y se fue a dormir.

Cuando Kalli despertó al día siguiente, se sentía mejor. A no ser por el dolor en su tobillo y el moretón en su hombro, se sentía normal. Cuando se preparaba el desayuno, advirtió que la camioneta de Trace estaba aparcada en el lugar habitual.

Sin embargo no había entrado a verla. ¿Habría llegado temprano, cuando ella aún dormía? Seguramente entraría antes de irse a casa. Lo vería entonces.

Aunque molesta por estar confinada en casa en un día tan hermoso, Kalli se dirigió al despacho en cuanto hubo desayunado. Quería ponerse al día con aquellas dichosas cuentas, para poder pasar a otras actividades. Su tobillo le proporcionaba la excusa perfecta para terminar el trabajo de ordenador. En cuanto estuviera en forma de nuevo, quería estar fuera haciendo cosas, no metida en un despacho. Y en cuanto Trace le enseñara como llevar la contabilidad y lo que significaba, estaría mucho más cerca de ser una verdadera ranchera.

A primera hora de la tarde había acabado abril. Ya sólo le quedaban las facturas, los informes y los pagos del mes en curso y estaría al día. Se estiró, retorciéndose un poco cuando su hombro dolorido protestó y se relajó de nuevo en la silla. Era hora de hacer una pausa.

Salió al porche y contempló las montañas más allá de los campos. ¿Se cansaría alguna vez de aquel panorama? La ligera brisa

parecía venir directamente del pico más alto, llevando el fresco olor a nieve, hierba y aire puro. Muy distinto de Boston.

Cuando se sintiera mejor y el rancho andará bien, le gustaría hacer una escapada a Yellowstone, ver más del campo. Suspiró, deseando que Trace se ofreciera a llevarla. Pero conociéndolo, probablemente nunca hiciera nada que no tuviera que ver con su rancho. ¿Se divertiría alguna vez?

Divisó a Becky en su caballo, subiendo por el camino. La saludó sonriendo.

—Hola ¿qué te trae por aquí?

—Hola Kalli, estoy buscando otra vez a Papá. ¿Está aquí?

—No, su camioneta está aquí desde esta mañana, pero no lo he visto ni a él ni a ninguno de los hombres en todo el día. Entra un rato.

Becky dudó, asintió luego.

—Voy a dejar mi caballo en el picadero.

Kalli observó a la niña desmontar hábilmente y soltar la cincha del caballo.

Becky se aseguró de que tuviera agua y luego lo dejó atado a la sombra del gran establo.

—Estaba haciendo una pausa —dijo Kalli cuando Becky se unió a ella en el porche.

—¿De qué? ¿Qué puedes hacer con un tobillo roto?

—Sólo es un esguince, gracias a Dios. He estado liada con el ordenador toda la mañana. Me siento como si mi mente fuera un gran número.

—Papá tiene un ordenador.

—¿Lo usa todo el tiempo?

—Mucho. Trabaja con él casi todas las noches. Así no se le acumula el trabajo —dijo la niña, como si estuviera citando a su padre.

—Vaya, pues me gustaría que hubiera hecho más para mantener al día éste. No es que sea su rancho —dijo Kalli rápidamente, al advertir la mirada de Becky—, pero me habría sido de gran ayuda. Para empezar, no sé mucho de ordenadores, y no vine a Wyoming para tener que pasarme varias horas al día con ellos.

—¿Y por qué viniste? ¿Sólo para ver el rancho?

—Sí. Y para vivir aquí. Me encanta.

—Es pronto aún. No te gustará mucho tiempo.

—Yo creo que sí. Solía venir aquí de visita cuando era una jovencita. Siempre me encantó.

—Mi madre era de Colorado, acostumbrada a los ranchos y a todo y se marchó.

Papá dice que pensaba que era demasiado… demasiado algo que significa en el quinto pino.

—¿Aislado?

—Sí, supongo.

—¿A ti te parece aislado? —preguntó Kalli.

—No, a mí me gusta.

—¿Todavía tienes clase?

—No, estamos de vacaciones de verano.

—¿Y qué haces para divertirte?

—Montar a caballo, nadar, ayudar a papá. Me está enseñando a ser ranchera.

Algún día La Nube Veloz será mío.

—¿Y qué pasa si vuelve a casarse y tiene más niños? ¿No tendrías que compartirlo?

—No creo que vuelva a casarse —dijo Becky encogiéndose de hombros—. Mi madre se fue cuando yo era un bebé y ahora ya casi soy mayor.

Kalli disimuló una sonrisa intentando acordarse de cuando ella tenía doce años.

Parecía tanto tiempo atrás. Pero recordaba haberse sentido bastante mayor.

—Puede que encuentre a alguien algún día y se case.

—Le pregunté una vez, pero dijo que no necesitaba una mujer, que las cosas estaban bien como estaban. Cuando yo era una niña, quería una madre. Soy la única en mi clase que no tiene. Quiero decir, una que viva con nosotros.

—Trace me ha dicho, que no ves a tu madre.

—No, no quería que la molestaran conmigo.

Kalli no sabía qué decir. No sabía lo suficiente de lo que había pasado realmente como para ofrecerle a Becky una perogrullada. Y no era del tipo que disimulaba. La vida era dura y Becky parecía bien adaptada a ella, a pesar de no tener madre.

—¿Así que cuando eras una niña querías una madre, pero ahora

no?

—No sé —Becky se encogió de hombros—. Podría estar bien. Alguien con quien ir de compras que no sea papá. A él no le gusta ver ropa o discos o cosas así.

—Me imagino que tu padre es un hombre difícil para ir de compras —observó Kalli con una sonrisa—. Probablemente tiene una lista, va directo a por lo que hay apuntado en ella y se marcha.

Becky la miró y sonrió asintiendo.

—Exactamente.

—Mis hermanos son así. Mientras que nosotras, las mujeres, sabemos que la mejor forma de ir de compras es examinarlo todo para poder seleccionar precisamente lo adecuado. Y a veces es divertido ir sólo a mirar. A mi madre y a mí nos encanta ir de compras juntas. Hay un sitio en Boston que se llama Filen's, donde puedes conseguir las mejores ofertas. Nos pasamos horas allí y a veces no compramos ni una sola cosa. Pero es divertido. Hablamos, nos vemos y nos libramos de los hombres. ¿Sabías que tengo cinco hermanos?

—Madre mía. ¿Cómo aguantas?

—Son geniales. Podrás conocerlos cuando me vengan a ver.

—Si te quedas hasta entonces —dijo Becky.

—Ahora pareces tu padre. ¿Quieres que hagamos unos pastelillos de chocolate?

—¿Qué?

—Podríamos hacer pastelillos de chocolate. Me apetece algo de chocolate y es más divertido hacer las cosas con alguien.

Becky dudó, miró hacia otro lado.

—Nunca he hecho pastelillos —dijo finalmente.

—Bueno, ya es hora de aprender. La verdad es que tú harás la mayor parte del trabajo, porque yo estoy casi inválida.

—Siento que te hicieras daño —dijo Becky lentamente.

—No es nada. Si no consigo arreglármelas con un caballo, a lo mejor me compro un poni.

—Los rancheros no van en ponis —se rió Becky.

—Tu padre también me miró de forma algo rara cuando se lo dije. Supongo que eso significa, que tendré que conseguir dominar la equitación. Ven, vamos a hacer los pastelillos.

Cuando Becky estaba sacando la última tanda del horno, entró

Trace. La cocina era un caos. Había varios cuencos en la mesa y todo estaba manchado de harina, azúcar y chocolate. Kalli estaba dirigiendo a Becky, sentada en una silla con el tobillo malo apoyado en otra.

—Algo huele bien.

Trace miró inquisitivamente a Kalli.

—¡He hecho pasteles de chocolate, papá! —exclamó Becky entusiasmada—.

¿Quieres uno?

—Ya lo creo. No sabía que supieras hacerlos.

Tomó uno grande del plato y le dio un mordisco, siempre mirando a Kalli.

—Antes no sabía. Kalli me lo ha enseñado ahora.

—¿Quieres leche? —preguntó Kalli, incorporándose un poco. De repente se sintió llena de júbilo, la presencia de él había hecho aún mayor el placer de aquella tarde.

—Voy por ella —Becky dejó la bandeja de pastelillos y fue a la nevera.

—Trae para nosotras también, acompañaremos a tu padre.

—¿No habéis comido ninguno todavía? —preguntó Trace, sentándose junto a Kalli. Dejó que sus ojos la recorrieran y advirtió su respiración acelerada, de nuevo sus largas piernas en pantalones cortos. Miró hacia otro lado. Estaría contento cuando volviese a los vaqueros. Cerró un momento los ojos y recordó como los había rellenado. Quizá aquello no iba a ser una mejora para su equilibrio después de todo.

¡Maldición!

—Bueno, probamos un par, sólo para asegurarnos de que no eran veneno —dijo Kalli despacio, sus ojos centelleando.

Becky se rió, puso los vasos en la mesa y sirvió la leche.

—Kalli sabe cocinar y ha dicho que va a enseñarme —dijo Becky, sentándose muy contenta junto a su padre y tomando un pastel.

—Vaya, ¿así que sabes cocinar además de hacer de enfermera?

—Claro. Mi madre se aseguró que todos supiéramos cocinar. Aunque debo decirte que no suelo cocinar para mí. Más que nada sé cocinar para una multitud.

Con tantos que somos en casa, se aprende a preparar grandes

cantidades de comida.

Además siempre teníamos invitados. Dos de mis hermanos tenían unos amigos que parecía que hubiéramos adoptado, de tantas veces como se quedaban a comer.

—¿Y tú tenías también amigos? —preguntó Trace, escuchándola hablar de su casa y su familia, encantado por la chispeante felicidad que se reflejaba en sus expresión. Le hubiera gustado ver a sus padres en casa. Verla a ella de pequeña.

—Claro, pero no venían siempre a comer. Y desde luego que no, si cocinaba yo.

Entonces quería que hubiera el menor número de gente posible.

—¿Cual es tu especialidad?

—Cualquier cosa italiana ¿Qué va a ser? Mamá siempre hacía la mejor pasta. La elaboraba ella misma ¿sabes? Luego aprendimos a hacer todas esas ricas salsas que te vuelven loco de lo buenas que están. Papá siempre juzgaba nuestros esfuerzos y proclamaba ganadora a mamá.

—Parece que tienes una familia muy unida —dijo Trace.

—Sí lo estamos. Nos juntamos todos los meses, toda la tropa, y comemos y charlamos. Es muy divertido.

—Lo echarás de menos.

—Bueno, sí. Pero pueden venir a verme. Después de todo, no es como si todavía hubiera estado viviendo en casa. Y mis hermanos también tienen su propia vida.

—A pesar de eso, Wyoming está muy lejos de Boston.

—Olvídalo Trace —dijo Kalli, entrecerrando los ojos—. Tengo teléfono y podemos escribir cartas. Puedo ir a verlos una vez al año y ellos pueden venir aquí.

No está tan lejos. Estoy aquí…

—Para quedarme —terminó por ella. Kalli se rió.

—¿Quieres más pasteles?

—Están muy buenos. Buen trabajo, Becky.

—Gracias, papá.

—Tu familia también está bastante unida, Trace —dijo Kalli dulcemente. Le gustaba aquella relación entre ellos. Aunque Becky podía echar en falta a su madre, no le faltaba el amor de su padre. Ella evidentemente lo adoraba.

—Somos todo lo que tenemos —dijo Trace, sonriendo

cálidamente a su hija.

Kalli sintió una punzada de celos. No le gustó aquello, pero era así. Le habría gustado que la incluyera en aquella familia unida y cálida. Sorprendida ante los derroteros que tomaban sus pensamientos, tomó rápidamente un trago de leche. De acuerdo, sentía algo diferente respecto a Trace que a otros hombres que había conocido, pero no podía estar enamorándose de él. Había dejado tan claro que no estaba interesado. Sólo la veía como un obstáculo a vencer para adquirir el rancho.

Quería que él la quisiera. Quería que le pidiese que se quedara, que olvidara el rancho y su opinión de que ella no encajaba allí. Que la amara.

Confusa por aquellos pensamientos que daban vueltas y vueltas en su cabeza, apenas se dio cuenta de que Trace ordenó recoger a Becky y pidió ver a Kalli en el despacho.

Ella se levantó despacio y fue delante, consciente de que él la seguía a sólo unos centímetros. Consciente de su altura que se levantaba por encima de ella, de sus fuertes brazos y hombros que la habían llevado sin esfuerzo alguno en varias ocasiones. Consciente de su mirada adusta y sus propósitos decididos. Enternecida por aquel fiero amor por su hija. Amándolo todo en él.

Él cerró la puerta del estudio y la tomó en sus brazos sin una palabra. Kalli dejó caer las muletas, no haciendo caso del ruido que hicieron, le echó los brazos al cuello y se acercó lo más que pudo a él buscando el éxtasis de sus besos.

—Si te llamo esta noche —dijo él, sus labios— en los de ella—, quiero un «sí» o

«no» claro a mis preguntas.

Su lengua se deslizó en la boca de Kalli, reclamándola para sí. Conociéndola, saboreándola, juntándose con su lengua. Cuando ella aceptó su invitación y metió su lengua en su boca, él sintió el deseo inundar su interior. La deseaba. Maldición, cómo deseaba a aquella mujercilla chiquitaja.

Interrumpió el beso, retrocediendo un centímetro pero manteniéndola tan fuertemente apretada, que no les separaba ni una brizna de aire.

—Nada de esas otras partes del cuerpo que te duelen. Las voy a besar ahora para que se pongan bien y con eso tendrás que

apañarme ¿entendido?

Ella asintió, perdida en la dicha de sus caricias, su tono burlón se filtraba por ella como un buen vino. Los dedos de Trace buscaron los botones de la camisa de Kalli y los abrieron lentamente, uno por uno. Su boca continuaba unida a la de ella, sus labios hacían maravillas, mientras Kalli disfrutaba con las sensaciones eróticas y sensuales que fluían por ella. No podía ya pensar, sólo sentir. Sentir crecer el amor que tenía a aquel hombre cautivada por su abrazo.

Cuando la camisa estuvo abierta, él bajó con sus besos amplios y bien trazados por su cuello, cruzó los delicados huesos de sus hombros, bajando, hasta capturar una punta rosa a través de su sujetador de encaje. La capturó en su boca.

Kalli flotaba en un mar de sensualidad, mientras que la boca de Trace aventaba el fuego entre ellos. Cada chupada la adentraba más profundamente en aquella llama, cada nervio acababa enredado en el deseo, cada fibra de su ser ansiaba un contacto más cercano.

Sus manos buscaron, temblorosas, los botones de Trace, abriéndolos frenéticamente en su prisa por sentir aquellos músculos prietos sobre la piel desnuda. Sus dedos recorrieron los fuertes músculos de su pecho, encontrando sus pezones duros y tensos y saboreando su tacto.

Cuando él le abrió el sujetador, Kalli se encogió de hombros y lo hizo caer junto con la camisa. Luego volvió a abrazarlo. Cerró sus ojos con placer al sentir su duro pecho contra sus propios pechos hinchados, su boca buscó la de él. Suspiró con dulce satisfacción, cuando él encontró sus labios y la besó duramente largo rato.

Las manos endurecidas de Trace acariciaban la delicada piel de la espalda de Kalli, enviando escalofríos de placer que la atravesaban. Ella se excitaba ante la idea de que la aplastara bajo él, de que la dominara con su amor y la condujese a través de aquel torbellino que amenazaba con consumirla.

—¿Papá? He terminado —llamó Becky desde la cocina.

Trace dio la vuelta a Kalli y la apretó contra la puerta, abrazándola mientras mantenía la puerta cerrada a su hija.

—Tengo que terminar unas cuantas cosas aquí, cielo. ¿Por qué no te vas yendo para casa y yo te alcanzo luego con la furgoneta?

Respiraba con dificultad, esforzándose por que su voz sonara normal. El sudor le brillaba en la frente.

Kalli lo miró con ojos brillantes de deseo y ansia, su cuerpo disfrutando con la sensación de su peso mientras la aprisionaba contra la fresca madera. El peligro de ser descubiertos por Becky, solamente hacía crecer la emoción del momento. La piel de él estaba caliente, húmeda, resbaladiza. Su peso la mantenía aprisionada contra la puerta, olvidando el dolor en el tobillo.

—Vale. Hasta luego Kalli, gracias por enseriarme a hacer pasteles.

Ahora le tocaba a ella. Se aclaró la garganta.

—Lo volveremos a hacer muy pronto.

Estaba segura de no haber quedado mal. No se movieron, quietos como estatuas. Kalli contuvo el aliento esforzándose por oír a Becky, deseando inclinarse hacia delante y tocar con sus labios el pulso que golpeaba con fuerza en aquel cuello.

Adoraba cada centímetro de aquel duro cuerpo que apretaba contra el suyo, su pecho cálido y desnudo contra el de ella, sus muslos largos y musculosos en los de ella, más delicados. Sentía la fresca madera en su espalda, el suave aliento de Trace acariciando sus mejillas mientras esperaba, sin apartar los ojos de los de ella.

Finalmente escucharon el suave trote del caballo a través de la ventana. Poco a poco fue perdiéndose.

Capítulo Ocho

Kalli permaneció quieta, mirando a los ojos excitados de Trace, mientras el sonido de los cascos del caballo iba desapareciendo. Podía oír el tictac del reloj de pared. Podía sentir el latir desbocado de su corazón. Su piel ardía allí donde tocaba la de él. Su aliento se mezcló con el de Trace cuando él se inclinó sobre ella, su cara a sólo unos centímetros, su mirada aprisionada en la suya, sus ojos negros reluciendo.

Él también esperaba. Kalli lo observó quedarse inmóvil como una estatua, apretado contra ella, con el rápido pulso en la base del cuello como única señal de vida.

A Kalli le temblaban las piernas. El calor se arremolinaba entre sus muslos, sus pechos le dolían con el deseo de su tacto, de su mano acariciadora, de su cálida boca.

No podría soportarlo si él paraba en aquel momento. Le deseaba tanto…

—No te vayas —susurró.

—No voy a ninguna parte —dijo él con voz queda. Su mano retiró algunos mechones de cabello de la cara de Kalli, cubrió su mejilla, recorrió con los dedos la curva de su oreja. Trace miró largo rato los líquidos ojos de Kalli, casi ahogándose en ellos. Nunca se había sentido tan vivo. Lentamente, su boca se movió para cubrir la de ella. Lentamente, restregó sus labios contra los de Kalli, abiertos, húmedos, cálidos. Era como la miel y el brillo del sol. La besó de nuevo, sintiendo su frustración, el deseo llamear en ella como un faro ardiente, atrayéndolo más y más cerca.

Las manos de Kalli se tensaron sobre la espalda de Trace, sus dedos acariciaron la espalda, ansiosos por conocer cada centímetro de su cuerpo. Con un suave gemido, Trace se separó y la levantó en brazos.

—Nuestra primera vez no va a ser en el maldito suelo —gruñó, dirigiéndose hacia la puerta abierta. Unos segundos después estaba cruzando la sala a grandes zancadas, hacia el dormitorio.

Kalli era presa de un torbellino de sensaciones. La inundó la felicidad, cuando él la depositó en la cama y se echó sobre ella. ¿La primera vez? ¿Quería eso decir que quería que hubiera otras veces?

¿Que harían el amor montones de veces, compartiéndose, conociéndose?

La boca de Trace era cálida y exigente. Sus dedos eran suaves como plumas, pero su tacto le llegó a Kalli al alma. Iba deprisa, lo cual a Kalli le parecía bien, ardía por él. Cuanto antes mejor. Con las manos, buscó la espalda de Trace, lo acarició, reconociéndolo. Cuando se encontró con la barrera de sus vaqueros, intentó deslizarse bajo la cintura, pero eran demasiado ajustados.

La mano de Trace capturó un pezón robado, su pulgar lo acarició lentamente, lo presionó. Observó cómo ella respondía. Los ojos de Kalli estaban vidriosos de pasión, su boca húmeda e hinchada por sus besos. Su lengua salió como una flecha para capturar el sabor de Trace.

Lentamente, con dolorosa lentitud, Trace jugó con aquel pecho, excitándolo, atormentándolo, hasta que los dedos de Kalli se clavaron en su espalda, urgiéndolo a hacer más. Deliberadamente, él prolongó aquel juego previo. Metódicamente, se restregó contra ella, se apretó contra ella, mientras Kalli se retorcía y se movía con inquietud bajo él.

—Por favor, Trace, me estás matando —dijo ella jadeando.

Su cálida boca se movió para apresar aquel pezón.

Encontró la cremallera de sus pantalones y se la bajó. Ella era cálida, húmeda y estaba llena de deseo. Su calor le abrasó la mano.

Luchando por ayudarlo, Kalli se deshizo de sus pantalones y de sus bragas.

Estaba desnuda y había esperado que el aire refrescara sus carnes enardecidas. Pero la llama que Trace encendía era demasiado caliente, demasiado intensa.

—Tú también —dijo ella. No iba a hacer aquello sola aquella vez —. Tú también

—repitió, tirando de la cintura de sus ajustados vaqueros. Intentando desabrochar el botón.

—Sí, yo también.

Se incorporó un momento y se quitó rápidamente los vaqueros. Kalli dejó que sus ojos vidriosos de pasión lo recorrieran. Era hermoso. Fuerte y musculoso, masculino de la manera más gloriosa diseñada por Dios. Podía ver su deseo ante ella, y su corazón latió aún más rápido. El vacío en su interior clamaba por él. Su cuerpo

temblaba saboreando ya lo que iba a venir, exigiendo un alivio que sólo él podía dar.

Trace recogió los vaqueros y sacó un sobre de papel de aluminio del bolsillo trasero. Enseguida estuvo listo, inclinado sobre ella, recorriéndola con los dedos, acariciando su cuerpo febril. Aumentando el ansia de Kalli, aumentando la tensión más y más.

—Ahora, maldita sea Trace. ¡Ahora!

Él se arrodilló entre sus piernas, acariciando eróticamente la suave piel del interior de sus muslos. Los separó con delicadeza y vio la brillante bienvenida que lo esperaba. Lentamente entró en ella, cubriéndola con su duro cuerpo, tomando su rostro entre las manos y sosteniendo su mirada con la suya, que era tan caliente como el sol de Wyoming.

Kalli contuvo el aliento, lo contuvo mientras él la llenaba. La llenaba como nadie la había llenado jamás. Por un momento Kalli supo, que había encontrado su

otra parte. Nunca volvería a estar sola. Nunca volvería a estar incompleta. Lo amaba y estaba compartiendo aquel amor con él. Le daría lodo lo que tenía.

Los ojos negros de Trace se clavaron en los suyos largo rato. Ella apenas podía respirar, pero sonrió débilmente, el corazón rebosante de amor.

Cuando los alcanzó el torbellino, Kalli cedió. Aquella satisfacción demoledora era intensa y estaba al rojo vivo. Las ondas de choque eran electrificantes, dejándola anonadada con el placer que le corría por cada célula. Aquel ímpetu crecía y crecía, después la atravesó como un rayo. Contundentes olas rompían y rompían contra ella, abrasándola, fundiéndola, hasta que ya no fue capaz de ver a Trace, no fue capaz de sentir nada más que aquel éxtasis que le traía, el éxtasis de su mutuo amor que la consumía.

Trace se contuvo todo el tiempo que pudo, pero las sensaciones eran demasiado intensas. Estalló dentro de ella, llegando con ella a la cima, sintiendo como su cuerpo caliente conseguía placer a la par que el de él. Se desplomó sobre ella cuando estuvieron saciados y sintió su olor a fresas, a mujer y a amor.

Kalli estaba allí tumbada, quieta, acariciándole la espalda, la respiración irregular y áspera, su cuerpo zumbando con la luminiscencia de la perfección. Cerró los ojos e intentó alargar

aquel momento. Era perfecto, Trace era perfecto. Y ahora ella lo quería aún más que antes.

Súbitamente una sombra oscureció su felicidad. ¿Qué iba a hacer? Él no la quería. No quería ni siquiera intentar quererla. Quería que se fuera.

Abrió los ojos y volvió la cabeza para verlo. ¿Cambiaría de idea después de aquello? ¿Se daría cuenta de que juntos podrían construir algo maravilloso? ¿Algo perdurable? ¿Vería las posibilidades que se abrían ante ellos o sólo se acordaría de su doloroso pasado y la relacionaría con la mujer que había sido su esposa?

Él se revolcó, llevándola consigo, presionando dentro de ella para recordarle que aún estaba allí. Ella sonrió y apoyó la cabeza en su pecho, saboreando cada momento que compartía con él. Había sido glorioso. Lo mejor que le había ocurrido jamás, mejor incluso que haber heredado el rancho.

—¿Estás bien? —preguntó él, su mano bajando por la suave espalda de Kalli, posándose en su trasero y atrayéndola hacia sí.

—Nunca he estado mejor.

—Sí, yo tampoco.

Kalli se estiró llena de satisfacción, restregándose contra él como una gata saciada. «Te quiero» susurraba su corazón al de Trace y se preguntó si él podría sentirlo. Quizá si le enviaba ondas de pensamiento… Él se movió.

—No te vayas —protestó ella.

—Vuelvo ahora mismo —dijo él, levantándole la barbilla y dejando caer un rápido beso en su boca.

Kalli frunció el ceño cuando oyó la ducha. Estaría ausente más de cinco minutos. Consideró unirse a él, pero en vez de eso se dio la vuelta y se hizo un ovillo.

Estaba demasiado cansada, demasiado aletargada para moverse.

Él sólo se había ido hacía un momento, pero Kalli ya se sentía privada de él.

¿Cómo iba a soportarlo cuando se marchara aquella noche? ¿Cuando le dijera adiós definitivamente? No quería pensar en ello. Iría paso a paso. Tal vez consiguiera encontrar el secreto para llegar a su corazón.

Cuando Trace volvió, se metió debajo de las sábanas y la tomó

en sus brazos.

Con un suspiro agradecido ella se acurrucó contra él, su brazo rodeando su pecho, su muslo descansando en el de él.

—Debería haberme duchado antes.

—¿Por qué? —inquirió ella, incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Sé que habré olido a caballo, ganado y sudor.

—No me acuerdo, pero ahora hueles a jabón y champú.

—Sí, champú de fresa —dijo él con disgusto. Ella se rió quedamente.

—¿Quieres dormir? —preguntó él.

Ella asintió, sintiéndose repleta, segura, mimada.

Más tarde, cuando ya había anochecido, Kalli despertó para encontrarse con la boca de Trace en su cuello, sus manos ya ocupadas en despertarla. Su respuesta fue inmediata. Sonriendo soñolienta, se volvió hacia él para abrazarlo y atraerlo hacia sí.

Hicieron el amor despacio, delicadamente, profundamente. Fue tan bueno como la primera vez. Quizá aún mejor.

—Quédate a dormir —susurró ella, su boca reacia a dejar la suya. Quería fundirse con él y que no les separan nunca.

—Cariño, no puedo. Mi furgoneta está fuera, totalmente visible.

—¿Y…?

—Y tienes cuatro hombres trabajando para ti que viven a un tiro de piedra. No quiero estropear tu reputación.

—Déjame a mí preocuparme por mi reputación. Soy su jefa. No dirán nada.

—No. No voy a quedarme —en su voz había una huella de acero.

—Quizá más bien estés preocupado por tu propia preciosa reputación —dijo ella enfurruñada. Se apartó, airada porque él no quería quedarse cuando ella deseaba tanto que lo hiciera.

—¿Qué quieres decir con eso? —su tono se volvió duro como el acero.

—No me gustaría estropear tu reputación de lobo solitario, del que todos piensan que ni quiere, ni necesita una mujer. Vete pues y demuestra a todo el mundo lo duro que eres.

—¿Que demonios significa eso?

—Eres un solitario y te encanta. No quieres que nadie piense que

necesitas una mujer. No sales con nadie. Que yo sepa, no haces nada más que trabajar en tu rancho y codiciar el mío. Así que supongo que aunque eres hombre, te aferras a esa reputación. Y dejar que se sepa que has pasado la noche con una mujer, la empañaría sin remedio. Y eso no nos gustaría ¿verdad? Por Dios, alguien podría pensar que esto podría comprometerte.

—¿Qué estás buscando, Kalli? ¿Un compromiso? ¿El matrimonio? Maldita sea, yo ya estuve casado. Y no voy a pasar por ello de nuevo.

—Bueno, yo no he estado casada aunque puede que quiera casarme. Pero no con alguien a quien no le caigo bien. Todo lo que quería de ti esta noche, era que te quedases a dormir. Ya hemos hecho el amor dos veces, ahora. Puede que lo hiciéramos de nuevo. Pero no estaría mal, que después de estar tan cerca, de llegar a esta intimidad, durmiéramos juntos.

Él le miró a los ojos, intentando leer en ellos las emociones que la embargaban.

Sus propios ojos no revelaban nada.

—Dime por qué no quieres volver a casarte —dijo ella desafiante.

—No volveré a dejarme enganchar por una mujer en la vida —dijo. Y pensó

«Como me está ocurriendo contigo»—. Sólo para que destruya todo marchándose.

Fue un infierno y no volveré a meterme deliberadamente en algo así.

Kalli se apoyó en el codo y se inclinó sobre él, intentando distinguir su expresión.

—Creí que no la querías —dijo suavemente, calmándolo. Deseaba ardientemente abrazarlo, llevarle algo de consuelo. Pero quería oír aquello. Quería comprender.

—No se vive con alguien un par de años y se tiene una hija con ella sin algo de sentimientos. Ella me importaba, creí que construiríamos una vida juntos. Luego se marchó, sin decir antes una palabra. Y se fue. Me dejó. Dejó a Becky. Yo tenía veintidós años. El rancho pertenecía a mi abuelo. No tenía nada. No sabía hacer nada aparte de trabajar en un rancho o en los rodeos. Y tenía un bebé del que ocuparme yo solo.

A Kalli se le encogió el corazón. Le dolía aquel joven abandonado, abandonado con un bebé. Cualquier sueño que hubiera tenido para el futuro, se había perdido para siempre cuando Alyssa se marchó.

Por un momento odió a aquella mujer. Luego la razón se impuso. Si Alyssa no se hubiera marchado, Trace no estaría libre. Y Kalli se juró hacer todo lo que estuviera en su mano para que tuviera un futuro feliz. Que la incluyera a ella a ser posible.

—No voy a casarme contigo —dijo él con calma.

—Y nadie te lo ha pedido —repuso ella, intentando no hacer caso del dolor punzante que la golpeó. Alargó una mano para acariciar su pecho, deseando echarse en sus brazos y tenerlo abrazado toda la noche, pero sólo dijo:

—Vete a casa, Trace. Me has puesto de mal humor.

Él volvió la cabeza. Kalli pudo ver el brillo de sus ojos.

—De verdad que estaba preocupado por tu reputación —dijo Trace—. Los hombres ganan puntos si duermen con mujeres. Pero no funciona al revés.

—Lo sé.

—¿Quieres que me quede?

Ella dudó. Debería decirle que se fuera. Debería decirle que no volviera más.

Debería hacer un montón de cosas. Pero se aferraría a aquella única noche con todas sus fuerzas.

—Sí, quiero que te quedes.

Cuando Trace despertó al día siguiente, estaba solo en la gran cama. Se vistió rápidamente y en el baño encontró una cuchilla de afeitar nueva y la usó. Su camisa estaba en la silla. Kalli debía haberla traído del despacho. Se preguntó con qué se encontraría cuando la localizase. ¿Se pondría pesada y querría más de él de lo que él podía darle? ¿O sería más reservada con él a partir de entonces? Esperaba que no tuviera remordimientos.

Percibió olor a café y se dirigió a la cocina. Ella estaba haciendo tortitas y la fragancia de sirope calentado y de café llenaba la cocina.

—Buenos días —dijo Kalli, contenta, dirigiéndole una rápida sonrisa y ocupándose de nuevo de las tortitas en la plancha.

—Buenos días.

Se acercó a ella y le levantó la barbilla para mirarlo a la cara. Su sonrisa radiante era normal. Sus ojos claros y danzando con una especie de diversión. Gracias a Dios no vio remordimientos. Trace la besó.

—¿Quieres tortitas o amor? —preguntó ella, echando un vistazo al fuego.

«¿Amor?» pensó Trace y se echó atrás.

—Comida. Tengo hambre. Anoche no cené.

—Estaría más preocupada si no te hubiera visto tragarte todos esos pastelillos antes de que se fuera Becky. ¿Cuántas tortitas puedes comerte?

—Una docena —ante la expresión sorprendida de Kalli, Trace la miró de arriba abajo—. ¿Y tú cuantas comes, pequeñaja? ¿Una?

—Cállate, o te las preparas tú mismo.

—Sí señorita —dijo él mansamente, los ojos divertidos.

Ahora sabía cómo sería despertar junto a ella. Estaba contenta y feliz, rebosando buen humor y expectación ente el nuevo día. El desayuno fue delicioso, aunque Trace apenas se dio cuenta de lo que comía. Estaba demasiado encantado con ella para preocuparse de la comida.

—No me has dicho nada del heno —dijo ella, sirviéndose una segunda taza de café.

—¿Qué heno?

—Que yo sepa tengo algunos acres plantados con alfalfa. Hay que cortarla en verano y embalarla para el invierno. Si tengo una buena cosecha, podré vender una parte.

El asintió.

—Bien, ¿y por qué no me hablaste de ello? —inquirió ella.

—No surgió.

—Se supone que me estás enseñando a llevar un rancho. ¿No sería eso parte de ello?

—Kalli ¿qué estás intentando, hacer que parezca que te oculto algo deliberadamente? No es tiempo de segar el heno. Tienes otras cosas de qué preocuparte. Como el recuento. Tus finanzas. ¿Estás al día con Hacienda? Ya habrá tiempo de ocuparse del heno cuando sea época de siega.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho? —preguntó ella.

—¡Maldición, sí! Hay mucho más que no sabes. Deja que

acabemos con el recuento y abordaremos el siguiente paso. No puedes aprenderlo todo en un día. Te ensañaré lo que necesites saber sobre la marcha.

Kalli asintió, no sabiendo si creerle o no. ¿Había dejado de decírselo porque realmente aquello no era importante en aquellos momentos? ¿O era que sólo le transmitía la información que creía que necesitaba saber? Nunca podía olvidar el hecho de que él quería Las Tres Tes. ¿Hasta dónde llegaría para conseguirlo?

Trace terminó de comer, se tomó lo que le quedaba de café y dejó la taza en la mesa.

—Gracias por el desayuno. Eres buena cocinera.

—¿Tortitas? —repuso ella sonriendo—. ¿Quieres probar fettuccine?

—Cuando quieras —asintió él.

—¿Qué tal esta noche?

Kalli contuvo el aliento. Trace la miró, sus ojos negros sabían, esperaban.

—Sí, volveré esta noche, si estás segura.

—Lo estoy —dijo ella, besando su mejilla.

—Entonces me voy ahora a casa, arreglaré algunas cosas allí. ¿Cuándo quieres que vuelva?

—No sé. Supongo que sobre las siete.

—Te veré entonces.

La besó larga e intensamente, después la puso de pie y se levantó. Le dio un golpecillo en la barbilla con el dedo y se marchó.

En cuanto hubo fregado las cosas del desayuno, Kalli se dirigió resueltamente al despacho. Acabaría con aquel maldito trabajo del ordenador, aunque la matara. No podía esperar el momento de tener todos los informes al día y saber dónde estaba.

Entonces podría empezar a hacer planes. Ver lo que había que hacer para asegurar el futuro de Las Tres Tes. Durante unos minutos se permitió considerar lo que significaría para Trace que ella se quedara. ¿Cuándo se convencería de que no iba a regresar a Boston? ¿Cambiaría entonces su actitud hacia ella? ¿Seguiría ayudándole en el rancho?

Lo que se preguntaba realmente era, si continuaría viéndola, naciendo el amor con ella. ¿O era que aquel era un enrevasado modo de conseguir que vendiera? No quería creer aquello.

¡Éxito! Unas horas después había terminado. Todas las facturas, recibos y los pagos del libro de cheques estaban en el ordenador; todas las notas a mano sobre vacas, toros y ventas también. Era una sensación maravillosa. El mes siguiente, llevaría las cuentas todos los días, para tener que trabajar en ello solamente unos minutos cada vez. Así funcionaba el hospital. Así había manejado los expedientes de sus pacientes, de manera que nunca se acumulara una gran cantidad de trabajo burocrático. Y sabía que el trabajo burocrático no era lo suyo. Prefería a la gente.

—Hola, Kalli.

Becky estaba en la puerta.

—Hola, cariño. Pasa. No te he oído llegar. Claro que estaba tan ocupada con este dichoso ordenador, que probablemente no habría oído ni siquiera la furgoneta de tu padre.

Becky entró, mirando a Kalli con desconfianza.

—Mi padre se quedó aquí ayer por la noche, ¿verdad?

Kalli se quedó callada. No podía mentir a aquella niña. Pero nunca había pensado en decir a Becky que Trace se había quedado con ella. Súbitamente se sintió extraña, azorada.

—Pasa demasiado tiempo aquí —dijo Becky sin esperar respuesta—. Si no tuviera que ayudarte a ti con este rancho, podría trabajar más en el nuestro.

—Él se ofreció a ayudarme —observó Kalli, incómoda.

—Tú no sabes nada de cómo llevar un rancho ganadero. ¿Por qué no te vas a casa y dejas a Papá que se lo quede? Entonces se quedaría más en casa.

—En cuanto sepa lo suficiente para llevarlo yo sola, también podrá quedarse más en casa —explicó Kalli dulcemente.

Becky se dejó caer en una silla y dijo como si tal cosa:

—¿Se acabaron todos los pastelillos?

Kalli sonrió aliviada. La niña no iba a seguir investigando por qué su padre no había regresado a casa aquella noche.

—No. Traeré unos cuantos. ¿Quieres leche también?

—Vale —dijo Becky encogiéndose de hombros—. ¿Hoy no vas con muletas? —inquirió al cruzar Kalli la habitación renqueando.

—No. Mi tobillo está mucho mejor. Lo he tenido vendado, pero ahora me manejo bien sin las muletas mientras ande despacio. Ahora vuelvo.

Kalli se preguntó cuanto tiempo le estaba quitando a Trace de su propio trabajo.

Demasiado, si había que creer a su hija. ¿Estaba la niña echando de menos a su padre? Había venido ya un par de veces buscándolo. Por lo que decía, Kalli sospechaba, que normalmente pasaban mucho tiempo juntos.

Becky se unió a ella unos minutos después, parándose indecisa en la puerta.

—Es una estupidez que lleves todo eso hasta el despacho. Podemos comer aquí, si quieres —dijo.

—Buena idea. Sin las muletas estoy un poco temblona en este tobillo. La fuente de pastelillos está en el mostrador. Yo llevo la leche.

Pronto estuvieron sentadas a la mesa, una frente a otra. Becky parecía nerviosa, no tan cómoda con ella como el día anterior. ¿Habría provocado algún cambio el saber que su padre había pasado allí la noche? ¿Lo desaprobaba? ¿O estaba dolida, porque su padre no había vuelto a casa? ¿Y cómo se sentiría si Trace se quedaba allí aquella noche?

Mientras buscaba en su mente algo que decir, todo en lo que Kalli podía pensar, era en que Trace vendría a cenar, en que se quedaría de nuevo la noche con ella. Se

sentía extraña e insegura ante su hija. Quizá debían tomarse las cosas con más calma, más lentamente. Estaba allí para quedarse, no había necesidad de hacer las cosas inmediatamente.

—¿Te gustaría ir un día de compras? ¿Cuándo esté mejor mi tobillo? —preguntó Kalli.

—Creo que sí —dijo Becky, mirándola con sorpresa—. ¿Pero no estarás muy ocupada? Papá dijo que pronto tendrías tu recuento de primavera.

—Sí, estaré ocupada, aunque todavía no sé que parte del trabajo en cuestión seré capaz de hacer. Pero no durará para siempre y entonces nos podremos escapar un día e ir de compras. Jackson parecía tener un montón de buenas tiendas.

—Sí. La mayoría son para turistas, pero algunas son realmente fantásticas —por un momento, una chispa de entusiasmo iluminó su expresión. Luego bajó la mirada

—. Tendré que preguntar a papá y decirte lo que piensa.

—Muy bien. Cuando quieras.

Cuando Becky se marchó poco después, Kalli empezó con los preparativos de la cena. Quería echarse una corta siesta. No había dormido mucho la noche anterior y quería estar muy despierta cuando llegara Trace. Su tobillo le dolía un poco. Sabía que debía intentar en lo posible no apoyarlo. En cuanto todo estuviera listo para la cena, se echaría un rato. Tenía mucho tiempo hasta las siete.

Capítulo Nueve

Kalli se despertó recuperada de su siesta. Tomó una rápida ducha y se puso un vestido de tirantes verde oscuro.

Se cepilló el pelo y lo dejó caer por la espalda, recogiéndolo a los lados con peinetas. Un toque de maquillaje y estaba lista. Cojeando apenas, salió hacia la cocina. Casi eran las siete. Controló todo, puso un gran puchero con agua a hervir en el fuego y miró por la ventana. La furgoneta de Trace relampagueaba al calor de la tarde. Tenía que haber llegado mientras ella estaba en la ducha. ¿Dónde estaba?

—¿Trace?

Abrió la puerta mosquitera y miró al patio.

—Kalli.

Kalli se dio la vuelta. Trace entraba en la cocina desde la parte delantera de la casa.

—Hola, ¿cuándo has llegado? No te he oído.

—Te he traído algunas revistas de ganadería y las he dejado en tu escritorio.

Puedes leer algo sobre ganado —dijo él. Inspiró profundamente —. Algo huele bien.

—Es la cena. He tenido la salsa hirviendo a fuego lento todo el día. Siéntate y hazme compañía mientras termino. ¿Qué has hecho hoy?

—Fui a la ciudad a arreglar algunos asuntos en el banco, a controlar algunas cosas. ¿Y tú?

—¡Acabé con el ordenador! Después de la cena me puedes enseñar cómo hacer los informes y explicarme lo que significan —dijo ella, mirándole provocadoramente por encima del hombro—. Quiero saberlo todo sobre el rancho, lo bueno y lo malo.

—En su mayor parte es una buena operación. Philip sabía lo que hacía.

—Mmm. Apuesto a que nunca pensó que yo conservaría el lugar. Hace años desde que venía de visita. Todo era tan ajetreado en Boston y siempre pensé que tendría un montón de tiempo.

—¿Habría supuesto para ti alguna diferencia si hubieras sabido de mí, si hubieras conocido mi oferta de compra? —preguntó él con

curiosidad.

—No. De hecho la conocía. Richard me escribió y me llamó. Pero desde que oí que Las Tres Tes eran mías, sabía que vendría aquí. Me encanta. ¿Que aliño quieres para la ensalada?

—¿Italiano?

—¿No quieres ranchero? —flirteó ella.

—Italiano —repitió él, con una risita.

Kalli puso la mesa, sirvió los platos y se sentó enfrente de él. Le observó con ansia mientras tomaba el primer bocado y se relajó visiblemente cuando Trace sonrió y asintió.

—Está buenísimo.

—Gracias. Quería que te gustara.

La cena fue agradable. En el curso de la desenfadada conversación, Kalli mencionó la visita de Becky y pidió permiso para llevarla de compras.

—¿A comprar el qué? —preguntó él, sorprendido.

—Quién sabe, quizá nada. Sólo queremos ir de compras, nada más.

—Bueno, sé que estás loca, pero quién soy yo para interponerme en tu camino.

Vete, por supuesto. Yo odio ir de compras.

—Mmm, eso he oído. Sigue queriendo que me vaya ¿lo sabías?

—¿Por qué? —dijo Trace estupefacto—. Acabas de decir que la ibas a llevar de compras.

—Dice que ocupo demasiado de tu tiempo. Sabe que te quedaste anoche.

—Maldición. No creía que lo fuera a descubrir —comentó él, frunciendo el ceño.

—¿Está sufriendo tu rancho porque me estás ayudando aquí? —preguntó.

—No —dijo él sonriendo y sacudiendo la cabeza—. Todo va bien en La Nube Veloz. Estamos más adelantados que tú en marcar las reses y reparar las alambradas.

Tengo tiempo para enseñarte lo que necesitas saber.

—Cuéntame más del recuento —le animó ella.

Trace le contó lo que debía esperarse, cómo Philip había llevado las cosas en el pasado. Le contó cosas de varios recuentos en los que había participado, tanto en su propio rancho como en los de sus

vecinos. Sus historias transmitían todo el duro trabajo, pero también mostraban a los diferentes hombres que poseían ganado. El amor de todos ellos por aquella tierra y el Oeste se hacía evidente en sus palabras.

—¿Listo para el postre? —preguntó ella, levantándose para quitar los platos.

—Depende de lo que sirvas —replicó él, rodeándola con el brazo cuando se le acercó. La sentó en su regazo y le sonrió mientras acariciaba su mejilla sonrojada. Era tan bonita.

—Pastelillos de chocolate ¿qué si no? Incluso dando unos cuantos a los hombres, tenemos un montón. Después de haber tenido amplia evidencia de tu apetito, estoy segura de que tienes sitio para unos cuantos.

—¿Estás diciendo que como mucho, pequeñaja?

—Deja eso o te echo encima a mis hermanos.

—¿Son tan pequeñajos como tú? —preguntó él, recorriendo aquellos finos tirantes sobre los hombros.

—Son todos altos, sobre todo Tom.

—¿Debo asustarme? ¿Sobre todo durmiendo con su hermana pequeña?

—¿Durmiendo? —se rió ella—. No recuerdo haber dormido mucho esta noche.

—Bueno, hubo ciertos juegos antes de dormir.

—¿Juegos? Eso fue antes de hacer el amor y eso fue antes de dormir —contestó ella con los ojos relampagueantes y una sonrisa contagiosa.

Él la miró con el corazón encogido ante sus palabras provocadoras. Hacer el amor. Tenía razón. Habían hecho el amor. Maldición. Lo último que quería era enamorarse de aquella mujer, de cualquier mujer. Lo último que necesitaban era un lazo emocional. Ella se iría pronto. Pero al abrazarla, se dio cuenta de que todas las razones del mundo no tenían importancia. No se enamoraría de aquella mujer. A pesar del hecho de que estaba tan bien en sus brazos. A pesar de que su aire alegre le embrujaba, que su entusiasmo le hacía examinar su propia forma de ver el mundo.

De repente se dio cuenta de que no quería que se marchara. Sabía que lo haría, pero deseaba que no lo hiciera. No estaba dispuesto a pensar mucho más allá de los próximos días, pero

quería que estuviera con él durante aquellos días. Y aquellas noches. Luego podría volver a Boston. Entonces él estaría preparado.

—¿Te estás quedando en trance? —preguntó ella, confundida por su expresión.

Él sacudió la cabeza y acercó su boca a la suya. Bebiendo profundamente la besó largo tiempo y con calma, tomándose tiempo, disfrutando de las dulces sensaciones que recorrían su cuerpo ante su contacto, su sabor. La levantó con facilidad y se dirigió a la habitación. El tiempo para comer había pasado, ahora era tiempo para el amor.

La piel de seda de Kalli se inflamó bajo el tacto de Trace. Su pelo brillante se extendía por la blanca almohada como terciopelo negro. Sus ojos luminosos le miraban confiados mientras él la acariciaba, la mimaba, hacía el amor a su pequeño cuerpo.

Trace prolongó su amor lo más que pudo aguantar. Una y otra vez la llevaba al borde del cataclismo, pero se detenía, la enfriaba y comenzaba de nuevo. Ella estaba frenética de deseo, pero él retrasaba la cópula final. No quería que la noche acabase nunca. Quería suspender el tiempo, sostener aquel momento para siempre. Tenía miedo de no recuperarse nunca de su pérdida y deseaba ardientemente que el tiempo se detuviera. Capturar y congelar aquel único instante.

A la mañana siguiente, Kalli se despertó con un cálido beso. Abrió lentamente los ojos y sonrió a Trace.

—Qué forma tan agradable de despertar —murmuró, volviéndose para apretar su pecho desnudo contra él.

—Mmm —aquello podía crear adicción. Tenía que volver atrás. Había tomado la decisión la noche anterior, ahora debía cumplirla.

—¿Por qué no te duchas y yo preparo el desayuno? —dijo ella, al ver que él no daba muestras de ir a hacer nada más que abrazarla.

—Muy bien. Hoy tengo un montón de cosas que hacer.

Mientras lo observaba dirigirse al cuarto de baño, Kalli se preguntó si estaba más distante que el día anterior. ¿O era que ella se lo estaba imaginando?

Se encogió de hombros, se levantó y cruzando la sala fue al segundo baño, se duchó rápidamente y se vistió. Una vez en la

cocina, apiló los platos de la cena y llenó el fregadero de agua caliente. Luego sacó huevos y empezó a preparar el desayuno.

—¿Suficiente? —preguntó cuando Trace apartó el plato y tomó un último sorbo de café.

—Más que suficiente, gracias.

—¿Me vas a enseñar ahora a hacer los informes? —preguntó Kalli alegremente.

Algo iba mal. No estaba segura de qué era, pero él estaba siendo decididamente más distante. Como si se acabaran de conocer. La conversación era casi forzada.

Trace dudó, luego asintió.

—Vale, veamos lo que tienes, así podré empezar. Tengo cosas que hacer, hoy.

Trace se sentó al ordenador y lo encendió. Tecleó varios comandos, encendió la impresora y se reclinó en la silla. No pasó nada.

Apretó unas cuantas teclas más. Nada. Confusa, Kalli observaba por encima de su hombro.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentar sacar los informes. Déjame probar esto.

Tecleó algunos comandos más. Nada. La miró de un modo extraño, luego tecleó algunas letras más.

—Kalli, aquí no hay datos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiero decir, que no hay nada aquí. Creí que habías metido toda la información.

—Lo hice —se sintió mal de golpe—. ¿Quieres decir que no hay nada?

—¿Lo guardaste todo cada día como te enseñé?

—Claro.

—¿Dónde está el diskette con la copia de seguridad?

—¿Qué copia de seguridad? —dijo ella, perpleja. Trace suspiró y miró el ordenador.

—Algo va mal. Dijiste que habías terminado de pasar todos los datos, pero aquí no hay nada. La última entrada es de diciembre.

—¿No está nada de lo que metí? —Dios mío, las horas y horas que había pasado como una esclava delante de aquella máquina ¿y para nada? ¿Lo habría hecho mal?

—. ¿Cómo puede ser eso? Seguí perfectamente tus instrucciones. Metí todas las células, como me enseñaste. Puse cada documento al día, como me explicaste.

—Aquí no hay nada, Kalli. Lo siento.

Kalli miraba el ordenador completamente incrédula. No podía comprender cómo podía haber desaparecido todo su arduo trabajo. Había seguido perfectamente las instrucciones. Sabía que lo había hecho.

Súbitamente miró a Trace. La observaba con desconfianza. ¿Esperaba una explosión de ira? ¿O había algo más? No podía evitarlo. Algo iba mal y no sólo con el ordenador. Trace había estado raro toda la mañana. Había evitado que fueran allí la noche anterior, llevándola a la cama. Primero había pensado marcharse, pero ella le había recordado el ordenador. Ahora no había nada. Horribles sospechas se despertaban.

Había sido él quien le había enseñado a guardar los datos. ¿Y si se lo había dicho mal. ¿Y si aquello no era más que una manera de sabotear sus esfuerzos para que se desanimara y renunciara al rancho? Había estado actuando de forma extraña toda la mañana. ¿Había sabido que no habría nada? ¿La había llevado deliberadamente a la cama la noche anterior para distraerla cuando ella había dicho que quería hacer los informes? Dios santo, se sentía enferma. Él no habría hecho eso.

No podía haberlo hecho. Tenía que haber otra explicación. Se aclaró la garganta.

—Supongo que tengo que volver a pasarlo todo —dijo con calma.

—Kalli… —empezó él.

—No, no me digas otra vez lo inepta que soy como ranchera. Voy a ver lo que ha pasado y meteré de nuevo todos los datos.

—Kalli.

—Será mejor que vuelvas a tu rancho. Sé que tienes trabajo que hacer.

Kalli se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Rígida, de pie junto a la mesa, evitaba su mirada. Trace sólo dudó un momento antes de recoger su sombrero. Se fue sin decir una palabra. Ella se quedó quieta, luchando contra lágrimas de frustración, mientras oía partir la furgoneta. Tomó aliento y se volvió al despacho.

Él martes era el día que había elegido para empezar con el recuento. Por la mañana temprano, camiones que tiraban de remolques para caballos, empezaron a llegar. Después de no mucho, su patio entero estaba lleno de furgonetas polvorientas, varios camiones y más de una docena de hombres y caballos.

Kalli no había visto a Trace en los últimos cuatro días. Pero se negó a dejarse incomodar por ello. Por la noche soñaba con él, soñaba con ellos dos juntos. Pero cuando estaba despierta, estaba demasiado ocupada para echarlo de menos, demasiado dolida y orgullosa para llamarlo y preguntarlo por qué la evitaba. Las sospechas que tenía de que había saboteado el ordenador, sólo se hacían más sólidas por su continuada ausencia. Pero simplemente no podía creer que él hubiera hecho algo tan rastrero.

Saludó a sus vecinos y sus vaqueros. Josh estaba a su lado, dándole pistas de quien era cada uno y de la importancia que tenía en la zona. Muchos ya habían ayudado en recuentos anteriores y Josh y los demás vaqueros del rancho Las Tres Tes habían correspondido. Kalli saludó a cada uno de forma amable y pronto se sintió cómoda con aquellos hombres del Oeste.

Tom Hyden la abordó con palabras amables, mientras los hombres empezaban a ensillar sus caballos, lanzándose unos a otros insultos amistosos y discutiendo el plan de ataque.

—Mi mujer quiere que venga usted a cenar en cuanto tengamos hecho este recuento. Se muere por conocer a la bostoniana auténtica que se ha atrevido a desafiar la naturaleza salvaje de Wyoming —dijo con una sonrisa provocadora.

A Kalli le resultó simpático inmediatamente. Riéndose gentilmente a su vez, asintió con la cabeza.

—Creo que la voy a decepcionar. Incluso mi familia tuvo que admitir que no consiguieron convertirme en una bostoniana auténtica. Piensan que tienen un ternero no marcado en su seno.

—Bueno, creo que entonces encaja usted muy bien aquí. Veo que acaba de entrar Bob Marshall y Trace detrás de él.

En contra de su voluntad, sus ojos se volvieron hacia la entrada de coches. Miró ansiosa la furgoneta de Trace, que encontraba un sitio y aparcaba. Él descendió al mismo tiempo que otro hombre lo hacía por el otro lado. El vaquero fue a la rampa del remolque y empezó a descargar los caballos.

La mirada de Trace encontró la de Kalli y saludó con la cabeza, mientras sus ojos recorrían el patio. No hizo caso del calor que chispeaba en su cuerpo al verla.

Cuatro días habían sido demasiado tiempo. Debería haber venido antes y haber controlado las cosas. Ahora forzó su mente a ocuparse del recuento. Eso debía mantenerlo suficientemente ocupado para no pensar en Kalli. Aquello era un buen

resultado. No había esperado menos de sus vecinos. Todos habían estado deseosos de ayudar, sabiendo que Kalli era nueva y queriendo mostrar su mejor cara.

Sin embargo no había esperado aquel golpe en sus entrañas al verla hablar con Tom. Maldición, Tom estaba felizmente casado. ¿Para qué rondaba a Kalli entonces?

Aquellos últimos días habían sido interminables. Había querido llamarla una docena de veces. Había deseado aún más pasar a verla. Pero no iba a sucumbir ante la tentación. Ella no duraría. Y él lo sabía.

Decepcionada al ver que Trace continuaba sin hacerle caso, Kalli escuchó atentamente como explicaba el plan de trabajo a los hombres, señalaba la dirección en que estaba el campamento que había elegido y asignaba tareas por orden rotativo.

—Bien, el campamento está lo suficientemente cerca como para que se pueda transportar con facilidad la comida desde aquí, pero lo suficientemente alejado para evitar que las moscas, el ganado y el polvo se infiltren en la casa. ¿Alguna pregunta antes de empezar?

Hubo una o dos, luego los hombres montaron y se alejaron, cada uno conociendo su responsabilidad, dispuesto a cumplir con su parte.

En tan sólo unos momentos, Kalli se quedó sola en el patio, con el polvo de muchos caballos asentándose aún. Suspiró y volvió al barracón. Ella y Charlie alimentarían a aquella horda, y él le había dicho que era una tarea de jornada completa cada día.

Cuando estuvieron listos para llevar la comida al campamento, Kalli apreciaba de manera enteramente nueva a Charlie y su cocina. Había suficiente comida para un pequeño ejército. Sabiendo cuánto comía Trace, podía imaginar que cada hombre se zamparía una cantidad igual.

Charlie dominaba sin dificultad la logística de manejar la

comida y mantenerla caliente, a causa de años de práctica. Listos para marchar, subieron al camión y partieron rumbo a la acción.

Cuando coronaron la elevación que separaba el área de mareaje de la base, todo parecía un puro caos, pero en tan sólo unos segundos, Kalli pudo distinguir una tosca coreografía. Cada hombre llevaba a cabo la tarea que le habían asignado. Había laceros que cazaban los terneros y los llevaban a los hombres en el suelo. Los equipos tumbaban los terneros sobre el costado, los castraban rápidamente, luego los hacían un corte en la oreja, mientras un tercer hombre los hincaba el hierro de marcar ardiente en el flanco. En menos de dos minutos, el ternero era liberado y corría berreando hacia el rebaño, buscando a su madre. Otros hombres traían ganado desde las áreas alejadas del rancho. Unos cuantos impedían que los terneros marcados se mezclaran con los que aún no lo estaban.

Todo era caluroso, polvoriento y ruidoso. Kalli lo observó asombrada durante un largo rato, mucho tiempo después de que Charlie hubiese bajado del camión y

comenzado a colocar la comida. Era impresionante. Y no era la noción romántica que había tenido de los recuentos de ganado. El ruido era atroz, los terneros berreando, los hombres blasfemando, crepitantes chispas de los hierros de marcar, profundos mugidos de las vacas. Caballos que resoplaban y golpeaban sus cascos. El hedor de carne quemada, sangre y sudor se mezclaba con el polvo que revoloteaba sobre aquel campo, que por la mañana había presumido con verde hierba. El sol caía implacable sobre la escena. Arrugando la nariz con disgusto, Kalli recordó sus impolutos hospitales. La atmósfera aséptica era a veces rota por los dolores de los heridos, pero se restauraba rápidamente. Qué contraste.

—¿Ha venido a ayudar o a quedarse sentada? —preguntó Charlie parándose en uno de sus viajes desde la cabina del camión al tenderete montado para los hombres.

—A ayudar.

Se bajó del camión y se puso a trabajar. No obstante, lo absorbía todo. Buscó y encontró a Trace. Parecía acalorado y cansado. Incluso a aquella distancia y por encima del ruido, le oía blasfemar cuando un ternero le coceaba en el muslo.

Cuando Charlie comenzó a golpear la tapa metálica del cubo de la basura, anunciando que la comida estaba lista, varios hombres se

acercaron al tenderete y ayudaron a servir los platos. El resto continuó trabajando. Cuando el primer grupo hubo terminado, remplazaron a otros. El proceso se repitió hasta que todos hubieron comido.

Kalli reía, hablaba y hacía un millón de preguntas. Todo el mundo estaba dispuesto a contarle todo lo que quisiera saber y más. Disfrutó de aquel encuentro con sus vecinos, de sus bromas y chistes. El único punto negro era la manera en que Trace la evitaba. Pero Kalli sacudió la cabeza y sonrió a todos los demás. Nadie habría pensado que su corazón estaba herido y destrozado.

Tres días. Trace observó los últimos terneros trotar lentamente hacia el campamento. Acabarían aquel día, aunque tuviera que tenerlos trabajando hasta medianoche. No podía seguir viéndola cada día y no hablarle, no tocarla. Aquellos habían sido los tres días más largos de su vida. Veía a Kalli cada vez que ella se acercaba. Estaba siempre alegre y simpática. Maldición, la mitad de los vaqueros que trabajaban allí ya estaban quedados con ella. Sabía que decir, como ser amable sin cruzar la línea que hubiera llevado a despertar esperanzas. Bob y Tom pensaban que era maravillosa. La comida que había encargado y servido era incomparablemente mejor que la que había servido Philip los otros años, sabrosa y abundante. Y a él le había ignorado como si hubiera sido invisible.

«Qué es lo que quieres» se dijo a sí mismo. Sabía que no tenían futuro, pero, maldita sea, aquello dolía. Quería que ella le hablara, que flirteara con él. Que le echara de menos.

No le gustaba la manera que tenía de flirtear con los demás hombres. Claro que otros podían no verlo como tal, pero sólo mirar a un hombre con esos brillantes ojos

negros suyos, sólo sonreír a alguien como si compartiera con él un chiste privado que sólo ellos dos conocían… maldición, cosas así podían hacer a un hombre pensar lo que no tenía por qué pensar.

Trace sabía que debería haber ido a donde ella estaba en aquel momento y hacer saber a Rory Jefferies que Kalli se marcharía pronto. Asegurarse de que Bob y Tom advirtiesen a cada uno de sus vaqueros que no se enamoraran de una chica de ciudad que estaba allí como parte de una fantasía y se marcharía a la primera señal de problemas.

Pero no lo hizo, temeroso de perder el poco control de su genio

que tenía y golpear a uno o dos de los hombres en la cara.

Frunció el ceño, espoleando su caballo hacia el pequeño rebaño de vacas y terneros que bajaban la colina. Había trabajado tanto como cualquiera aquellos últimos días. Intentado quedarse exhausto para dormir por las noches. Pero sólo había recordado a Kalli durmiendo con él. Que suave, dulce y femenina había estado acurrucada junto a él en aquella cama suya. Lo bien que había olido, como una mujer, no como una vaca hedionda o un ternero sangrante. Su voz había estado llena de risa y excitación. No gruñía y blasfemaba como los vaqueros.

Maldición, no quería que nadie la mirara más que él. Y no había nada que pudiera hacer al respecto. Espoleó el caballo y trató de huir de sus pensamientos.

Capítulo Diez

Kalli luchaba con la pesada silla de montar. Había instalado un jalón cruzado cerca del picadero y colocado una caja de madera al lado. Usando eso, ganaba suficiente altura, para alzar la silla hasta el lomo del caballo. Ahora a cincharlo. No era fácil, pero quería ver algo del recuento desde un caballo. Y decían que aquel sería el último día. Su tobillo estaba mejor. Incluso el estar largo rato de pie al servir la comida durante aquellos últimos días no había sido un problema. Era hora de ver algo de la acción desde el caballo.

Se colgó de la cincha con todo su peso, luego estiró los estribos y tomó las riendas. Desde lo alto de la caja, se subió a la silla y se colocó. Lo había logrado.

—Bien, ¿me vas a enseñar lo buen vaquero que eres? —preguntó, golpeando suavemente con los talones.

El caballo empezó a caminar lentamente hacia campo abierto. Le hizo andar a un paso más rápido, hasta que estuvieron trotando hacia el campamento. Sólo unos minutos después, cuando coronaba la colina que daba al lugar de mareaje, sonó el atronador rugir de los caballos. Divisó a Trace, Josh y José cabalgando como alma que lleva el diablo tras un grupo de terneros fugitivos. Sonriendo se detuvo y observó cómo los hacían volver, los paraban y llevaban el recalcitrante grupo hacia el campamento.

Espoleó su montura e interceptó a Trace cuando se acercaba al lugar de mareaje. Él se detuvo y la observó acercarse.

—Hola —dijo ella alegremente, no haciendo caso del hecho de que no le hubiera hablado desde hacía una semana.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Vine a participar en el recuento. Estoy harta de cocinar. Quiero algo de acción.

—Este no es tu sitio. No tienes ni idea de lo que hay que hacer. Esto es peligroso, Kalli, no es un picnic.

—Creo que esto aún es mi rancho. Y que mi sitio es participar en mi recuento.

Tú estás al cargo ¿que hago? —le miró levantando la barbilla. ¡No se dejaría enviar a casa como una niña!

—Tim —gritó Trace, llamando al joven, que estaba castrando un

ternero berreante—. Ve con Kalli, enséñale las cuerdas.

Trace saludó tocando el ala de su sombrero y se alejó sin mirar atrás. Kalli volvió su caballo hacia Tim, intentando que el dolor no se apoderara de ella. Después

de una semana sin hablarle, la había tratado como a una conocida molesta. ¡Maldito sea!

—Hola, Kalli. Me estaba preparando para traer otro rebaño. Ven, te enseñaré cómo.

Por lo menos había alguien que se alegraba de verla, pensó mientras se ponía al lado de Tim.

—Las vacas son tontas —murmuró Kalli mientras se echaba champú en el pelo por segunda vez y dejaba el agua caliente correr por su cuerpo—. Casi tan tontas como un cierto ranchero que yo me sé —dijo, consiguiendo sacar los últimos restos de suciedad y gravilla de sus largo cabello.

Perseguir terneros y separarlos de sus madres, había resultado ser mucho más difícil y sucio de lo que jamás había sospechado. Una capa de polvo de casi un centímetro la cubría. Su tobillo le dolía de nuevo por haber permanecido en la silla, mientras el caballo corría como una flecha y giraba bruscamente, haciendo su trabajo.

Sus brazos estaban débiles de lanzar el lazo. Y sólo había aguantado cuatro horas.

Aquellos hombres lo hacían un día tras otro, durante todo el día. No era de extrañar que los músculos de Trace estuvieran tan marcados.

—Estúpido bastardo —dijo, mientras cortaba el agua y tomaba una gruesa toalla para secarse. ¿A qué estaba jugando? Si creía que la iba a poder expulsar para quedarse con su rancho, estaba muy equivocado. ¿Qué habría causado aquella actitud distante? ¿Qué había cambiado aquella última noche? A ella le había parecido espectacular. ¿Habría dicho algo que le había ofendido?

«Nunca llegaré a entender a los hombres»; pensó, mientras se ponía un caftán.

Encendió el secador y comenzó a secarse el pelo, reflexionando sobre el misterio de Trace Longford.

La cálida mano de Trace cubrió la suya y apagó el secador. Sobresaltada, Kalli se volvió.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó.

Pero el miedo desapareció instantáneamente al verlo. Estaba cubierto de polvo, barro y sangre. Su expresión parecía asustada.

—Tenemos un hombre herido. ¿Puedes echarlo un vistazo? Puede que tengamos que llamar una ambulancia.

—Claro. ¿Dónde está?

Siguió a Trace a la cocina, donde vio a uno de los jóvenes apoyado en una de las sillas. Le corría sangre por la cara. Su camisa estaba rota y ensangrentada. Tim y Bob Marshall lo sujetaban y él se apoyaba en ellos como un saco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kalli, precipitándose hacia el herido.

—Me topé con una mamá vaca enfadada —dijo él joven, intentando trivializar la grave situación.

—Parece que ganó ella. ¿Podéis subirlo a la mesa, chicos? Será suficiente para examinarlo. Tim, corre al barracón y trae el botiquín de primeros auxilios que compramos hace un par de semanas. Bob, ayúdame a quitarle la camisa. Trace

¿puedes dejar correr el agua hasta que esté caliente, pero que no queme?

Tranquilamente Kalli dirigió a los hombres hacia las tareas que quería que hicieran mientras ayudaba al vaquero a subir a la mesa. Su formación y trabajo como enfermera de urgencias le resultó muy útil. Trabajó rápida y eficazmente. Daba gracias por el hecho de haber tenido la previsión de hacer comprar a Charlie un botiquín de primeros auxilios de tamaño industrial la última vez que había ido a la ciudad; sabía que ahora tenía suficiente material para una urgencia. Ahora habría que ver el alcance de las heridas.

Mientras trabajaba y bromeaba con el herido, Jerry Williams, era consciente de que Trace la miraba. Estaba apoyado en la pared y la observaba trabajar, la observaba bromear y lavar la sangre. La observó evaluar el alcance de las heridas y hacer una llamada al hospital local. La observó vendar al herido y ayudar a Bob y Tim a llevarlo a su cuarto de invitados.

—Duerme esta noche y luego veremos cómo te sientes. Si todo está bien por la mañana, te puedes ir. Ni siquiera hizo falta que diera puntos al corte que te hiciste y si no das señales de conmoción cerebral, te daré de alta —dijo Kalli cubriéndolo con una manta

ligera.

—Siento causar tantas molestias —murmuró él, ya bajo el efecto de los analgésicos que le había dado.

—Nada de molestias. Echaba de menos hacer de enfermera, hasta ahora no me había dado cuenta cuánto. Veré que tal estás esta noche. Si te despiertas y necesitas algo, llámame. Dejaré la puerta abierta.

Kalli dio las gracias a Bob y Tim y los siguió a la cocina. Trace se había marchado. Les deseó buenas noches y se puso a limpiar. Cuando su cocina estuvo en orden, salió al porche delantero y se sentó. La mayoría de los remolques se habían marchado. El recuento había acabado, los terneros estaban marcados y el rebaño pastaría suelto hasta el otoño.

Kalli observó las estrellas salir, perforando aquella negra manta que escondía las montañas a la vista, que lo tapaba todo en su vasta expansión. Lentamente empezó a pensar. Era hora de renunciar a algo. No podía tener todo lo que deseaba.

Y tan sólo desear no hacía que algo fuera posible. Había dado lo mejor de sí misma, pero algunas cosas simplemente no debían ser.

Por la mañana se ocuparía de ello. Pero en aquellos momentos quería estar sentada allí en su porche pensando y recordando. Las lágrimas empañaban su visión

y parpadeó desesperada para aclarar sus ojos. Lo quería tanto y le dolía el saber que él no la deseaba. Quería permanecer junto a él, construir un futuro juntos. Pero él sólo quería sus tierras. Lentamente se levantó y se fue a la cama.

Kalli fue a ver a Jerry varias veces durante la noche, pero él durmió de un tirón.

Cuando se despertó por la mañana, insistió en levantarse e irse a casa.

—Aunque aprecio todo lo que ha hecho por mí, señorita —dijo cuando acabó con los huevos que ella le había preparado.

—Era lo menos que podía hacer, hicisteis tanto por mí en el recuento.

Solamente lamento que te hirieses ayudándome. En cuanto me haya vestido, te llevo a casa.

—El jefe dijo que mandaría a alguien —protestó Jerry.

—No es problema, tengo que ir a la ciudad por algunos asuntos

de todas formas. Estaré lista en unos minutos.

Durante los siguientes tres días, Kalli pasó horas a caballo, recorriendo cada centímetro del rancho. Cada noche se zambullía en la bañera, tratando de mantener sus músculos en orden de alguna manera. No supo nada de Trace.

Por las tardes Kalli se sentaba en su porche. Contemplaba ponerse el sol detrás de los Tetón, ordenaba sus sentimientos y disfrutaba de su rancho. Amaba Wyoming.

Sentía como su paz y sus maravillas la invadían, fluían por ella como una bendición.

Pensó mucho y seriamente en su futuro, en el rancho y en Trace. Principalmente pensó en Trace.

Finalmente había tomado una decisión. La mañana del miércoles fue a la ciudad a ver a Richard Strominger.

Era mediodía cuando Kalli volvió a Las Tres Tes. Había reflexionado durante días y había tomado una decisión. Ahora el plan estaba en marcha. Estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que supiera algo de Trace Longford.

Solamente se preguntaba el qué.

Dos días más tarde Kalli estaba en la cocina, cuando la sorprendieron unos golpes en la puerta. Había estado tan sumida en sus pensamientos, que no había oído llegar a nadie.

Cuando Kalli abrió, Becky estaba en la puerta, pálida.

—¿Puedo hablar contigo, Kalli? —preguntó. Parecía desconcertada.

—Sí cariño, cuando quieras. Pasa.

De repente Becky estalló en lágrimas.

—Es mi culpa —sollozó Becky después de un rato, obviamente intentando controlarse.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué te ha puesto así?

—Quería que te fueras —dijo Becky bañada en lágrimas.

—Eso lo sé —dijo Kalli, sentándose y observando a la niña—. Tú y tu padre queríais que me marchara.

—Quería que te fueras para que papá se quedara en casa y pasara el verano conmigo como hacía otros años. Y él quería este rancho. Creía que si te ibas, lo conseguiría.

—Pero este es mi hogar —dijo Kalli dulcemente.

—Papá dijo que no te quedarías. Al primer contratiempo, te

irías. Como no ibas a quedarte, pensé que debías irte ya, no quedarte durante el verano. Sólo quería que te fueras.

—¿Y entonces estás enfadada porque todavía estoy aquí? —preguntó Kalli con dulzura.

—No. No está funcionando y papá está peor que nunca. Está todo el día hecho un cascarrabias.

«¿Desde cuándo?» se preguntó Kalli y su corazón cesó un segundo de latir.

¿Desde su última noche juntos? ¿La estaba echando de menos tanto como ella a él?

—He intentado hacer que te fueras y tú simplemente no te vas —dijo Becky, con una sombra de confusión en la mirada—. Lo he intentado con el caballo, creí que entonces te irías. Pero no te fuiste. Después estropeé tu ordenador y tampoco te marchaste.

—Espera un momento. ¿Qué estás diciendo? ¿Le hiciste algo a Stony para que se encabritara?

Becky asintió con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¿Y fuiste tú quien borró todo mi trabajo en el ordenador?

Ella volvió a asentir.

—Papá había dicho, que si las cosas iban mal, te marcharías.

—Tu padre está muy equivocado. Me voy a quedar. Sólo que él tiene problemas para enterarse. Pero creía que tú y yo nos estábamos haciendo amigas. Creía que íbamos a ir de compras juntas y hacer más pasteles…

—Me caes bien, Kalli —dijo Becky, rompiendo de nuevo a llorar—. Pero quería hacer feliz a papá. Y pensé que conseguir este rancho le haría feliz.

Escondió la cara entre las manos y lloró. Kalli estaba más confusa que nunca. Le dolía la tristeza de aquella niña, se alegraba de que no hubiera sido Trace quien había saboteado el ordenador, pero no sabía qué hacer con las revelaciones de Becky. La niña sólo había estado intentando ayudar a su padre. Al no tener madre, su relación era más estrecha de lo normal y Becky luchaba por su padre como él hubiera luchado por ella. Kalli se indignó un poco al ver que el constante insistir de Trace en su

ineptitud hubiera echado raíces de aquella forma tan enrevesada. Pero era tiempo de acabar con todos aquellos líos.

—Tendrás que decírselo a tu padre, Becky. Y tienes que dejar de

hacer cosas así.

—Se enfadará muchísimo conmigo —dijo Becky. Parecía desamparada.

—Ya lo creo que se enfadará. Yo misma estoy algo ofendida —dijo Kalli levantándose—. Lo que has hecho está mal ¿no lo sabes?

Becky asintió.

—Pero no quería que nadie se hiciera daño. Siento lo de tu tobillo. Yo me he caído un montón de veces y nunca me he hecho daño.

—¿Cómo lo hiciste? Yo creía que Stony simplemente era asustadizo.

—Un cardo debajo de la manta de la silla —explicó Becky encogiéndose de hombros—. Pensé que no sospecharías nada. Siendo una señorita de ciudad y eso. Y

luego quité la manta y tiré el cardo.

—Bueno, para el futuro, las mujeres adultas no son tan ágiles como las niñas. Y

ese caballo es bastan te más grande que el tuyo. Me podía haber hecho daño seriamente.

—Lo sé. Me asusté cuando te caíste y no te levantaste enseguida.

Kalli se acordó de que Becky le había preguntado si se había muerto.

Sacudiendo la cabeza, ayudó a Becky a levantarse, luego le dio un puñado de pañuelos de papel. Aquello era problema de Trace, no suyo. Llevó a Becky al cuarto de baño y le dijo que se lavara la cara y se peinara.

—Cuando acabes, sal al porche. Nos tomaremos una limonada y hablaremos un poco más. Luego tendrás que irte a casa y contárselo a tu padre.

Kalli preparó limonada y galletas. Lo sacó todo al porche y se sentó, sus pensamientos dando vueltas. Nunca había sospechado de Becky. Durante un momento se sintió culpable al recordar que había sospechado de Trace, aun sabiendo que él no habría hecho tal cosa.

Becky salió y se sentó cautelosamente en el borde de la silla, con aspecto perdido e inseguro. Kalli le pasó un vaso y le ofreció un plato de galletas.

—¿Cómo saboteaste mi ordenador?

—Cuando te fuiste a por los pasteles aquella tarde, simplemente lo borré todo.

—¿Cómo es que sabías hacer eso? —preguntó Kalli frunciendo el ceño—. Yo no sé nada de ordenadores más allá de pasar datos a pantallas ya diseñadas.

—Papá me enseñó un montón. También he tenido uno en el colegio. Sé mucho de ellos. Y el programa que usas es tan fácil…

—Genial. He contratado a una chica del instituto para que vuelva a pasar toda la información que tú has borrado. Si lo hubiera sabido, podrías haberlo hecho tú.

—Seguramente papá te devolverá el dinero —dijo Becky con tristeza—. Estará tan enfadado conmigo.

—Sí, seguramente. Pero te quiere y comprenderá que sólo estabas intentando ayudarle.

—Seguramente me gritará —dijo Becky con voz triste.

—Sí, pero los gritos sólo pueden hacer daño a tus tímpanos —dijo Kalli despreocupadamente—. Y yo te protegeré si las cosas se ponen feas.

—No eres ni siquiera tan alta como yo —repuso Becky, mirándola asombrada.

—Ah, pero soy más dura, cariño. Eso me viene de hacerle frente a cinco hermanos. Y todos ellos son del tamaño de tu padre.

Trace miraba la carta de Richard Strominger, incapaz de creer lo que estaba leyendo. Se sentía mal. Kalli estaba ofreciéndole el rancho en arriendo. Se marchaba.

Después de asegurar tantas veces que se quedaría para largo, se marchaba.

«Maldita sea» pensó, reclinándose y cerrando los ojos para hacer desaparecer la imagen que danzaba ante sus ojos. No funcionó. La podía ver tan claramente como la había visto aquel primer día cuando se había bajado tan segura de sí misma de su camioneta. Como aquella mañana en la cama, cuando se había desmayado en sus brazos. Como cuando cabalgaban y ella estaba tan dolorida que apenas podía mantenerse en la silla.

Sus entrañas se tensaron y abrió los ojos. Apretó los dientes e intentó ignorar aquel dolor que cortaba como un cuchillo, intentó acordarse de que había sabido todo el tiempo que ella se marcharía. Pero tener razón aquella vez no disminuía el dolor que le

atormentaba. De alguna forma había esperado equivocarse.

«Estoy aquí para largo», había dicho. Pero él había sabido que no se quedaría.

Alyssa no lo había hecho. Kalli era de Boston, a años luz de un solitario, aislado rancho en Wyoming. Lo había sabido, pero aquello no hacía más fácil la realidad.

Maldición, ya no quería su maldito rancho. No, si significaba perderla. La quería a ella.

Capítulo Once

Kalli oyó el ronco rugir de la gran furgoneta de Trace antes de verla. Miró hacia la avenida de gravilla y lo observó acercarse. Por primera vez desde hacía días se sintió viva, gloriosamente viva. Él venía y seguramente tendrían unas cuantas cosas que decirse. Sonrió con esperanza. Su visita a Richard había sido una apuesta. Pero quizá sería una que iba a ganar.

No podía verlo claramente detrás de los cristales ahumados, pero sabía que estaba enfadado como un demonio por la forma en que la furgoneta se acercaba rugiendo a la casa. Se paró con un torbellino de polvo y gravilla. Kalli sonrió. Era hora de que aquel vaquero sabelotodo aprendiera algo nuevo.

—Becky, hazme un favor y lleva unas galletas para Charlie al barracón —murmuró Kalli sin dejar de mirar la furgoneta. Era un momento de vida o muerte.

Curiosamente, casi estaba tranquila.

Becky se fue corriendo sin rechistar, feliz de retrasar la confesión a su padre de lo que había hecho.

Kalli se reclinó en la silla y observó, su corazón palpitando. Obviamente Trace había recibido la carta de Richard. Ahora ella esperaba ver su reacción. No cedería a la incertidumbre que la atormentaba. Vería lo que él tenía que decir.

Tomó la carta del asiento y abrió de un golpe la portezuela, cerrándola violentamente tras de sí como un disparo. Cruzó la corta distancia con calma, implacable, como un lobo de caza. Kalli tembló de placer, sosteniendo su mirada, observando como se acercaba lentamente al porche, sus ojos sujetos a los de ella, su mirada dura e impasible.

—Hola, Trace —dijo, mirándole con desconfianza.

Él se sorprendió de ver una chispa de miedo en su expresión. ¿De él?

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —preguntó amenazadoramente, agitando la arrugada carta delante de las narices de Kalli. Ella la miró, luego le miró a él.

—Deduzco que esa es la carta de Richard. ¿Es que él no fue claro?

—Me dejas el rancho en arriendo.

—Dijiste que lo querías —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Lo has estado diciendo desde que llegué.

—Quiero comprarlo, maldita sea, no arrendarlo. ¡Quería que me lo vendieras y te volvieras, para no tener que verte más! Arrendármelo nos atará el uno al otro para siempre.

—Te dije que no vendía —dijo ella pedantemente, intentando aún juzgar su reacción. ¿Era sólo ira?

—Maldición, también me dijiste que no te irías ¿y qué estás haciendo sino volverte a la costa este lo más rápidamente que puedes?

—Yo…

—No puedes aceptarlo tal como lo he dicho ¿verdad? —gruñó Trace, subiendo al primer escalón—. ¿Qué pasa con todas tus aseveraciones de que te quedabas en Wyoming para largo? ¿Qué era toda esa palabrería de que eras una mujer decidida?

—¿Que qué pasa con eso? —preguntó Kalli ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos con desconfianza—. Quizá sea que llega un tiempo cuando tienes que reducir pérdidas. Darte cuenta de que las cosas no serán nunca como querrías que fueran, no importa cuánto lo desees. Admitirlo y seguir tu camino.

Él cerró los ojos, se restregó los párpados y los abrió de golpe.

—No te vayas, Kalli —dijo suavemente, suplicando.

—¿Por qué no? —ella contuvo el aliento.

—Porque quiero que te quedes.

El corazón de Kalli empezó a latir con fuerza. Su piel se tensó y se sonrojó.

Floreció la esperanza.

—¿Por qué?

—¡Porque te deseo, maldita sea!

—¿Eso es todo? —amenazaba la decepción.

—¿No es suficiente?

—Eso suena como a sexo nada más —repuso ella, sacudiendo la cabeza.

—No es sólo sexo. Te quiero en la cama, no lo puedo negar. Pero también te quiero fuera de ella.

El corazón de Kalli latía más y más fuerte. «Venga» le suplicaba «dilo, por favor, dilo». Se acercó un paso a él y sonrió.

—¿Así que debo quedarme porque me deseas?

Él asintió, humedeciéndose unos labios súbitamente secos. Ella sacudió la cabeza.

—No es suficiente.

—Maldición ¿qué es lo que quieres? Nunca he pedido a nadie que se quede.

Hay algo especial entre nosotros. Quédate a ver que pasa.

—Necesito más que el deseo.

—Yo necesito que te quedes.

—¿Aquí? ¿Llevando mi rancho con tu ayuda?

Intentó poner las cosas claras. Si la deseaba tanto ¿que paso habría desde allí al amor? Ella lo quería todo. Era ávida y exigente y él debía decir aquellas palabras para que ella dijera que sí.

—Creí que lo que querías era Las Tres Tes —dijo ella, haciendo tiempo.

Intentaba encontrar una manera de conseguir que él admitiera que la amaba. Tenía que amarla para pedirle que se quedara ¿verdad? «Por favor, Dios mío, haz que me ame» pensó.

—Cuando supe por Richard que te marchabas, me di cuenta de que el rancho no significaba nada para mí. Te quiero a ti.

—¿Richard te dijo que me marchaba?

Frunció el ceño. ¿Realmente le habría dicho aquello?

—La carta decía que me arrendabas las tierras. Maldición, nena, no puedes marcharte.

—¿Por qué no?

Los dedos de Kalli se deslizaron entre los botones de la camisa de Trace, acariciaron suavemente su cálida piel. Inspiró su penetrante aroma, aquella mezcla de caballo, sol y fuerza masculina.

—¿Por qué no?

Él apoyó su frente en la de Kalli, su aliento le acariciaba las mejillas.

—Kalli, eres la luz del sol en una vida oscura. Eres la risa, el entusiasmo y la alegría. Me has dado más de lo que jamás podré darte. No puedo dejar que te marches.

—Estás siempre dando órdenes.

—Sí y tú siempre estás discutiendo conmigo. Pero no discutas conmigo esta vez, Kalli. Quédate.

—Dame una buena razón, vaquero, y veré que puedo hacer —dijo Kalli sonriendo, amor por aquel hombre derramándose de su corazón.

—Nunca has hecho nada para ponérmelo fácil.

Ella sonrió con sorna, sacudiendo lentamente la cabeza, pero se acercó un paso más. Casi se tocaban.

—Eres duro, Trace. No necesitas que se te facilite nada.

—Quédate conmigo, Kalli. Construye una vida conmigo. No vuelvas a Boston.

—Dime por qué me deseas —suspiró ella acariciándole la mejilla con un dedo, sintiendo como el músculo de su mandíbula se tensaba al apretar los dientes—. ¿Es que es tan difícil?

—¡Maldita seas, sí!

La levantó en brazos y acercó la boca a la suya, zambulléndose despiadadamente en su calor. Sus labios encontraron una apasionada respuesta, su lengua su pareja. Sus manos la moldeaban contra sí, subiendo y bajando por su espalda, acercándola aún más a él. Disfrutó de la sensación de sus pechos apretados contra el suyo.

La puso de pie y apoyó su frente en la de ella. Su respiración era dura y rápida.

—Estoy incompleto sin ti —gruñó.

Ella apretó suavemente sus labios en los de Trace y habló sin separarse.

—¿Incompleto?

—Sí.

—Hay más. Dilo, Trace. ¡Dilo!

Los ojos de Trace se abrieron para encontrar los de Kalli, se clavaron profundamente en ellos mientras decía lentamente:

—Maldición, me vuelves tan loco, que quisiera estrangularte. Pero no lo haré…

porque te amo Kalli. Tan fuerte y profundamente como puede un hombre. No quiero hacerlo. Estaba contento con mi vida antes de que vinieras y sé que vas a traerme complicaciones, pero no puedo remediarlo. Te amo más que a nada. ¡Quédate!

Kalli se acurrucó contra él y acarició de nuevo sus labios con los suyos.

—Bésame —exigió ella, casi enloquecida de amor y deseo. Él

accedió y su abrazo fue interminable, glorioso e interminable.

—Becky me ha dicho que últimamente no eras muy feliz — murmuró ella, luego se echó atrás para respirar. Su corazón se derretía ante las palabras de amor de Trace.

¿Quien hubiera pensado que su vaquero fuera capaz de aquel giro tan romántico?

—Cuando estoy contigo sí lo soy —Dios santo, la amaba tanto. ¿Realmente iba a quedarse?—. Estos últimos días han sido un infierno. Y luego recibir aquella maldita carta de Richard…

—Dime lo que decía Richard —murmuró ella, acurrucándose contra él, queriendo arrancarle la camisa y apretar sus senos desnudos contra su pecho.

Deseando acercar su boca y saquearla. Capturar aquel éxtasis ascendente que sólo él proporcionaba. Reafirmar juntos el amor que acababan de confesarse.

—¿Y a quién demonios importa lo que dijera Richard?

Estaba frustrado. Ella no estaba diciendo que sí. Aunque tampoco había dicho que no.

—Dímelo.

Trace se separó de golpe, cruzó el porche y apoyó el antebrazo en una columna.

Contempló aquellos acres cubiertos de hierba que había deseado poseer.

—Me estás volviendo loco ¿sabes?

—Ya te acostumbrarás. Dímelo.

—Dijo que estabas dispuesta a arrendarme Las Tres Tes. Y repartir lo recaudado del ganado si yo me encargaba de ello. El rancho no estaba en venta.

—Eso es verdad.

—¿Por qué? —exclamó él volviéndose.

—Ya te lo he dicho.

—¿Ibas a despedirte o te ibas a marchar sin una palabra?

—¿Te dijo Richard que había un par de restricciones en el negocio?

—Sí, mencionó algo de eso. Pero no lo llamé para enterarme de los detalles, tenía que verte.

Tenía que convencerse de que ella aún estaba allí. Tenía que convencerla de que se quedara. Incluso ahora tenía sus dudas.

—Quería mantener a Charlie, Tim, Josh y José. Este es su hogar y no quería que los echaran de él.

—No hay problema, son buenos hombres. Y hubiera necesitado más vaqueros con el aumento de tierras. Pero he cambiado de idea. Ahora no quiero las tierras. Te quiero a ti. Tuve que enfrentarme a ello cuando recibí la carta. Cuando pensé en lo que significaba. He hecho un buen trabajo con La Nube Veloz, pero durante años mi vida ha estado muy vacía. Excepto ocuparme de Becky, no hago nada que no tenga que ver con el rancho. Tu llegada cambió eso. No quiero volver atrás.

—Tendré acceso ilimitado a la propiedad, cuando y donde quiera —continuó Kalli como si él no hubiera hablado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Y me quedo con la casa, el establo y los diez acres que los rodean. Tus hombres pueden vivir en el barracón como siempre, si quieres.

El se la quedó mirando.

—No me marcho —dijo Kalli suavemente, observando como él iba dándose cuenta de lo que ella había hecho—. Nunca iba a marcharme. Te dije que estaba aquí a para largo.

—¿Pero renunciaste a tu rancho?

—Te dije que había pensado mucho sobre ello. Me encanta esto, pero tenías razón. No soy una ranchera. No sé lo suficiente y no creo que pueda aprender. No estoy loca por el ganado, el recuento me lo demostró. Y desde luego no estoy loca por

el maldito ordenador. Me encantaba visitar a tío Philip, pensaba que podía instalarme y llevar esto, pero es más de lo que puedo manejar. Además, me gusta la gente. Prefiero ayudar a gente que me necesita, que preocuparme de recuentos, cortar el heno o de los impuestos. Te dije que era hora de admitir que esto no es lo mío y seguir mi camino. He solicitado un trabajo como enfermera en Jackson. No estoy hecha para ser ranchera.

—¿Y qué tal ser la mujer de un ranchero? —preguntó Trace. El tiempo se detuvo mientras esperaba su respuesta.

—Quizá, por el motivo adecuado —dijo ella, una lenta sonrisa iluminándole el rostro.

—¿Que sería?

Trace se acertó un paso, mutilando discernir qué motivo podía

pedir, para poder arreglarlo lodo.

—Amor—dijo ella dulcemente, sus ojos mirándolo llameantes, reluciendo de amor por él.

—Dios mío, Kalli, te amo más que a mi vida —dijo él levantándola en brazos, dando vueltas con ella—. Eso ya lo tienes. Cásate conmigo, vive aquí conmigo, ámame. Para siempre.

Ella rió encantada, abrazándolo estrechamente, sin poner aún los pies en el suelo.

—¡Sí, sí, sí ! Te amo, Trace. Estaré tan orgullosa de ser la mujer de un ranchero.

Tu mujer.

Sus bocas se encontraron y Kalli supo que estaba en casa. La apuesta de ofrecerle su rancho, había valido la pena y ella había ganado. Estaba en casa, para siempre.